

14

00482

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES



EL NACIONALISMO MEXICANO EN LOS TIEMPOS DE LA
GLOBALIZACION Y EL MULTICULTURALISMO.

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:
DOCTOR EN CIENCIAS POLITICAS
P R E S E N T A :
FERNANDO VIZCAINO GUERRA

DIRECTOR: RICARDO POZAS HORCASITAS

MEXICO, D. F.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

2002



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

- I INTRODUCCIÓN 3
- II DE LA LITERATURA DEL NACIONALISMO MEXICANO 15
- III NACIONALISMO, ESTADO Y NACIÓN 41
- IV CÓMO ESTUDIAR EL NACIONALISMO HOY 87
- V NACIONALISMO Y APERTURA ECONÓMICA 143
- VI DOCE REFERENTES EN LA HISTORIA ACTUAL 175
- VII LA PERSISTENCIA DEL NACIONALISMO EN LA DEMOCRACIA 221
- VIII CONCLUSIÓN 239
- IX BIBLIOGRAFÍA 251

I INTRODUCCIÓN

Me ocupo en éstas páginas del nacionalismo de Estado y no de los nacionalismos de las minorías culturales constituidos, muchas veces, en movimientos contra el gobierno central y, por tanto, contra el nacionalismo de Estado. Este enfoque no indica que los nacionalismos no estatales carezcan de importancia. Por el contrario, los reconoce en la política cultural y lingüística de Cataluña; en la lucha por la autonomía de Gales, Irlanda del Norte y Escocia; en Chechenia o Kosovo; en Taiwan, Quebec, Mosquitia y en general los pueblos indios de las Américas. En los últimos años estos nacionalismos se han desarrollado con la ola universal en favor de las minorías, la pérdida de capacidades de los gobiernos centrales, el debilitamiento de su soberanía y el desdibujo de la frontera entre lo propio y lo ajeno, lo nativo y lo universal¹. Es cierto, además, que en las ciencias sociales ha perdido interés académico el nacionalismo histórico y, en cambio, lo ha ganado este nacionalismo relacionado con asuntos de la etnicidad y los movimientos por la autonomía o la secesión².

¹ “Con la globalidad, el ámbito internacional ha dejado de ser lo extranjero por contraste con lo nativo y la soberanía no es ya el horizonte posible de la defensa de la identidad de los grupos sociales que formaron y dieron contenido a las sociedades modernas. [...] Las contradicciones en las que la sociedad moderna se movió entre lo interno y lo externo, entre lo propio y lo ajeno, se disolvieron en los contenidos de la globalidad y no se excluyen más; conviven con tensión y muestran el desarrollo paradójico y abierto del mundo contemporáneo”. (Pozas 1999: 150-151).

² El congreso Nacionalismo, Identidad y Derechos de las Minorías, uno de los últimos encuentros académicos internacionales importantes sobre el tema, organizado por la Universidad de Bristol y realizado en esta ciudad en septiembre de 1999, reflejó la agenda reciente de investigación y el peso que la comunidad académica internacional

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**

No sigo, entonces, el camino hoy más transitado, en boga, sino la historia reciente del nacionalismo de Estado que en México amaneció en la Independencia y en la derrota de 1848 con los Estados Unidos, para luego ver su largo día con la Reforma, la Revolución y el Cardenismo hasta el punto, ya poco sostenible, que en 1982 hizo decir a López Portillo que iba a defender el peso “como un perro” al tiempo que gritaba mueras contra los “desnacionalizados”³.

está dando al nacionalismo de las minorías. De 210 ponencias que se presentaron, según un análisis que he podido hacer, el 50 por ciento se orientó hacia los asuntos de los nacionalismos étnicos y las identidades locales de casos específicos; el 40, a asuntos teóricos sobre el multiculturalismo, la ciudadanía diferenciada y la tolerancia; y el 10, a temas como los nacionalismos cívicos y de Estado, por ejemplo el nuevo nacionalismo de la reconciliación en Sud África, indispensable ante la persistencia del *Afrikaner nationalism* y el *Black nationalism*, y las campañas simbólicas en Alemania contra el racismo. Expresión de este panorama fueron las referencias frecuentes a Will Kymlicka y Michael Walzer. Los “viejos autores” de la Nación Estado y el nacionalismo de Estado, como Gellner y Hobsbawm, han perdido interés relativo en la agenda de discusión. Tres autores me parecen fundamentales para entender este nuevo interés por los etnonacionalismos y los derechos de las minorías culturales: Anthony Smith, (1983, 1995), Charls Taylor (1983) y Will Kymlika (1995, 1999). Sin embargo, es inmensa la bibliografía teórica e histórica reciente sobre el tema.

³ En febrero de febrero de 1982, el presidente López Portillo habló de defender como perro el peso mexicano y el primero de septiembre, en su último informe de gobierno, decretó la “nacionalización” de la Banca como parte de esa defensa. Las ideas con las que defendió su decisión constituyeron un discurso que representaba la restauración fallida del nacionalismo surgido de la Revolución Mexicana: “Con valor y coraje a veces; otras con vacilación, cobardía o hasta traición; con avances y retrocesos, desde el fondo de nuestra historia; con los desgarres y tentaciones de nuestra geografía y su vecindad; con nuestras fuerzas paradigmáticas y contradictorias, estamos aprendiendo a ser mexicanos: desde las dudas intelectuales del trágico Moctezuma y su fatalismo, compartido por la generosa apertura a lo otro que se entrafía en la Malinche; con la osada concepción viril de la vida, como gozosa aventura, de Cortés; con la sacrificada dignidad juvenil del rescate de lo propio que nos entrega Cuahutémoc, todo, todo ello, en cada circunstancia, nos va haciendo mexicanos. Y porque lo somos y

Varias razones justifican mi elección. El Estado, no obstante su mutación es todavía el sillar del orden mundial y, por tanto, el nacionalismo persistirá como una fuerza para conservar la unidad y defender lo que quede de la soberanía. Por otra parte, el nacionalismo como recurso de las minorías busca, al final, la forma del Estado. Las minorías nacionales luchan contra el Estado central porque persiguen, precisamente, construir una forma autónoma de gobierno y, de ser posible, constituirse en Estado. De manera que hablamos del mismo fenómeno, pero en diversas fases: desde el nacionalismo de los grupos que aspiran a constituirse en Estados, hasta el nacionalismo de los Estados consolidados. Esta idea supone que toda comunidad o nación

constituimos una Nación, con plena conciencia, en mi Gobierno, he querido darle plena función al nacionalismo. Porque nuestra sociedad civil está significada en el ámbito de una Nación que se organiza políticamente como Estado, constituido por la revolución de un pueblo. [...] Puedo afirmar que en unos cuantos, recientes años, ha sido un grupo de mexicanos, aconsejado y apoyado por los bancos privados, el que ha sacado más dinero del país, que los imperios que nos han explotado desde el principio de nuestra historia. [...] Tenemos que organizarnos para salvar nuestra estructura productiva y proporcionarle los recursos financieros para seguir adelante; tenemos que detener la injusticia del proceso perverso fuga de capitales – devaluación – inflación que daña a todos, especialmente al trabajador; al empleo y a las empresas que lo generan. Estas son nuestras prioridades críticas. Para responder a ellas he expedido en consecuencia dos decretos: uno que nacionaliza los bancos privados del país y otro que establece el control generalizado de cambios. Es ahora o nunca. Ya nos saquearon. México no se ha acabado. No nos volverán a saquear. [...] Las decisiones tomadas son expresión vital de nuestra revolución y su voluntad de cambio. Las circunstancias externas e internas, llevan una vez más al Estado a sacar de la cantera de la constitución, inspiración y fuerza para progresar por el camino de la revolución nacional. El Estado mexicano nunca ha expropiado por expropiar, sino por utilidad pública. [...] A los desnacionalizados démosles un mes, septiembre, el mes de la patria, para que mediten y resuelvan sobre sus lealtades.” (José López

aspira, en el corto o en el largo plazo, implícita o explícitamente, a constituirse en Estado o en alguna forma preestatal de gobierno; implica, también, que el Estado tiene como una de sus funciones el nacionalismo porque necesita favorecer la solidaridad, la unidad y los símbolos de la identidad compartida entre los miembros de la comunidad política. El nacionalismo busca la forma del Estado y éste, a su vez, la del nacionalismo.

Hay que agregar otra razón no menos importante: en muchos países, quizá a causa de la tradición autoritaria y centralista o por la pobreza de la provincia y de las minorías, el nacionalismo casi siempre fue un instrumento exclusivo del Estado. En México, no ha dejado de serlo, aunque se ha desfigurado, como habré de mostrar; tampoco ha surgido en el país algún tipo de nacionalismo étnico o regional que amenace la integridad del Estado. Sociológica o políticamente la referencia al nacionalismo implica al gobierno central. En cambio, en España o Canadá, por ejemplo, el nacionalismo se asocia menos al gobierno central y más a los movimientos autonomistas de regiones como Quebec, el País Vasco o Cataluña. Pero que impere el nacionalismo de las minorías nacionales y, acorde con ello, un enfoque académico que dé cuenta de ello, no es suficiente motivo para suponer que el nacionalismo de Estado, del Estado Español o de la Federación Canadiense, ha dejado de ser significativo para la conservación de la

Portillo, "Mensaje con Motivo del Sexto Informe de Gobierno", *Diario de los Debates de la Cámara de Diputados*, 1 de septiembre de 1982).

unidad política y la cultural. Por el contrario, este nacionalismo parece necesario cuando hay que organizar la diversidad, aprender a vivir en la pluralidad y conservar alguna forma de identidad compartida⁴. Por ello, si imagináramos para México un escenario futuro con un nacionalismo regional significativo, por ejemplo en Yucatán⁵, o un movimiento indígena enarbolando alguna forma de nación, persistiría aún así alguna modalidad del nacionalismo de Estado. De manera que no estamos ante la desaparición de éste. Más bien, ante su transformación, lo cual ha

⁴ La insistencia en no olvidar el nacionalismo de Estado en los países donde predominan los nacionalismos regionales, la debo a Isidro Sepúlveda, que se ha ocupado de la paradoja del nacionalismo español: siendo el menos estudiado es el que de modo más destacado ha determinado la evolución de la idea comunitaria del Estado (Sepúlveda 1998)

⁵ Pienso que la cuestión de Yucatán será uno de los grandes temas de México en el siglo XXI. El singular diccionario de naciones sin Estado de Minaham (1996), que examina 200 culturas que han buscado el reconocimiento internacional de su independencia y se identifican a sí mismas como una nación aparte, incluye Yucatán. Aunque los criterios siempre son imprecisos, el autor como una parte de los yucatecos piensan en Yucatán como una comunidad que aspira a una mayor autonomía. En los últimos años se ha hablado mucho de la autodeterminación de los indios, por el asunto de Chiapas. Pero muchos habíamos olvidado Yucatán. Durante largo tiempo, los líderes yucatecos consideraron esa región aparte de México. Aunque en 1843 las tropas federales acabaron con un movimiento de secesión, las tensiones persistieron a lo largo del siglo XIX y hasta la Revolución de 1910. Tanto las guerras de castas como las luchas entre las cúpulas provinciales y el centro de México hicieron de Yucatán una historia en la que la inestabilidad y la voluntad natural secesionista de indios como de mestizos y criollos nunca se atenuó hasta el primer tercio del siglo XX. En 1916 Carrillo Puerto llamó a Yucatán República Socialista y en 1924 un movimiento de mayas y mestizos volvió a declarar la independencia y estableció "la maya" como el idioma oficial. En respuesta, el gobierno federal envió tropas y recreó el territorio de Quintana Roo. La separación de Campeche no había sido suficiente para fragmentar la región. Luego se construyeron múltiples vías de comunicación y muchas escuelas, con lo cual pareció lograrse definitivamente su integración al pacto federal. Ese fue otro de los grandes proyectos nacionalistas de Lázaro Cárdenas. Aun así, creo que el asunto no está del todo resuelto, como fue

creado problemas nuevos que convocan nuestro interés: cómo explicarlo en una época en que frente a la unidad crece la diversidad; frente al centralismo: la democracia y el federalismo; frente a la soberanía: la vinculación con el mundo.

Hay que reconocer sin embargo que, tanto a más importante que la difusión de los derechos de las minorías, los estudios académicos sobre éstos y el etnonacionalismo son resultado de un cambio de concepción esencial. Hasta hace algunos años, predominó la idea de que la condición esencial del nacionalismo era el Estado. Gellner (1973) y Hobsbawm (1991), entre otros, difundieron esta tesis. Hablar de nacionalismo implicaba decir nacionalismo de Estado. A partir de finales de los setenta, en cambio, comenzó a ganar importancia la tesis según la cual la condición fundamental del nacionalismo era la nación, no en el Estado (Smith, 1983). Esta concepción transformó la teoría del nacionalismo al prescindir del Estado y aceptó la existencia de innumerables movimientos etnonacionalistas. Ahí donde hay una nación, entendida ésta como pueblo o cultura, puede haber un nacionalismo. Europa, a su vez, han dejado de ser el eje del devenir del fenómeno. Visto así, mi problema es explicar la modalidad del nacionalismo una vez constituido en recurso del Estado.

evidente en la crisis política del año 2001, cuando el congreso local desató las decisiones de las instituciones federales.

Tres problemas recorren el estudio. El primero deviene de mi interés en la historia reciente del tema: cómo estudiar el nacionalismo en la época actual, digamos desde el principio de los años setenta del siglo pasado hasta nuestros días. Cuando comencé esta investigación había establecido como punto de partida la caída del muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética que favoreció el resurgimiento de la etnicidad y al reconocimiento como Estados independientes de las naciones otrora integradas a la URSS. Las transformaciones en el mundo coincidían con el gobierno en México de Carlos Salinas de Gortari, una etapa fundacional si consideramos, al menos, la modificación del artículo IV de la Constitución que reconoció el carácter poliétnico del país, el establecimiento de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, la observación internacional en las elecciones, el control de éstas por la ciudadanía y el establecimiento del Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Multiculturalismo, democracia y globalidad se condensaban en la historia de esos años. Y estos tres factores, como explicaré, están relacionados con los cambios del nacionalismo. Estaba claro, sin embargo, que ninguno de estos procesos habría iniciado a finales de los años ochenta. Al retroceder en el tiempo encontré, por ejemplo, que el número de convenios internacionales firmados por México, crecieron señaladamente a partir de mediados de los setenta. De manera que la integración internacional de los noventa es una ratificación de una tendencia que inició dos décadas atrás. Fue, por ejemplo, en 1974 cuando el Secretario de Hacienda, López Portillo, comenzó las negociaciones para el ingreso de México a la Organización Mundial del

Comercio, entonces GATT. El avance de la democracia también tiene un punto fundamental en México en la reforma de 1977. Coincidió incluso, en que la democratización de México es parte de la ola mundial que inicia en Portugal y España a mediados de esa década, como sugirió Huntington⁶. Y Del resurgimiento del etnonacionalismo y el Estado Multinacional habría mucho que agregar si al menos recorremos la historia de los derechos de las minorías desde la Segunda Guerra Mundial. Uno de los hechos más significativos en América Latina fue el resurgimiento en Nicaragua del movimiento étnico, en medio de la guerra fría de los años setenta, cuando la desarticulación del gobierno central y el avance del sandinismo dio paso a la reconstitución de Mosquitia y el reconocimiento de su autonomía. Estos hechos, entonces, me llevaron a pensar en un tiempo más largo. Con la ventaja, además, de que la amplitud de la época me ha permitido explicar los cambios del nacionalismo en consideración de la presencia creciente de la multiculturalidad, la democracia y la globalidad.

⁶ Huntington explicó con la metáfora de la “tercera ola” la transición, a partir de mediados de los setenta de unos treinta países, incluyendo México, desde un sistema político no democrático a uno que sí lo es. Si bien la metáfora conduce a aspectos específicos que metodológicamente no tienen respuesta –por hay una cierta arbitrariedad y el uso del sentido común para delimitar el inicio de la ola, de los países que pueden o no incluirse en ésta y de los grados de democratización de cada uno–, lo importante es advertir el desarrollo político global. La democratización de los regímenes autoritarios es producto, “según parece”, de profundos problemas de legitimación, crecimiento económico mundial, sorprendentes cambios en la doctrina y en las actividades de la iglesia católica, cambios en las políticas de los actores externos (Unión Europea, Estados Unidos, URSS) y el “efecto de demostración” apoyado por los medios masivos de comunicación (Huntington, 1991).

El segundo problema surge aquí: ¿cómo explicar el cambio? Y el tercero deviene de la especificidad de México: ¿cómo ha cambiado el nacionalismo mexicano en la historia reciente?

Estos tres problemas se examinan a lo largo de estas páginas. Unas veces el nacionalismo mexicano sirve para ilustrar la teoría y, otras, para construir ideas con algún grado de abstracción. En cualquier caso he pensado la exposición como un vaivén entre explicaciones generales y ejemplos históricos, entre los cuales el más destacado es el de México.

No existe, en realidad, un factor que por sí mismo explique el nacionalismo en México o en cualquier parte del mundo. Ni el debilitamiento del Estado; ni el avance de la democracia, que en una de sus vertientes liberales reconoce la diversidad (Kimlicka, 1995; Taylor, 1994); ni el redescubrimiento de las razas o las lenguas, que están en el origen de las nacionalidades; ni las utopías intelectuales, muchas veces modas efímeras; ni el cause de la globalidad, cuya fuerza ha desbordado los viejos círculos del Estado soberano. “No hay historia unilateral”, escribió Braudel (1950). Tampoco hay historia homogénea ni lineal. La pregunta, empero, es si aun reconociendo que estamos frente a un fenómeno multivariable, podemos encontrar un factor dominante que ayude a ordenar los problemas en el tiempo y según una relación significativa.

Parto de que existe una relación entre nacionalismo y esos tres factores que definen el mundo actual: globalidad, democracia y multiculturalidad. Mi argumento es que en la medida en que estos tres factores avanzan el nacionalismo de Estado pierde peso en la vida política y, a su vez, transforma muchos de sus contenidos; el nacionalismo de las minorías en cambio, adquiere mayor significación.

El argumento puede comenzar a desarrollarse si volvemos a los tres problemas. Con respecto al primero: cómo estudiar hoy el nacionalismo, sostengo que hay que hacerlo en referencia al Estado multinacional y global, y no como todavía algunos autores insisten con relación al Estado nación, homogéneo y soberano, como si fuese una entidad cerrada o un cuerpo que se mueve al unísono. Los argumentos con respecto a los otros dos problemas están implícitos aquí: el nacionalismo en México ha perdido muchos de sus referentes del Estado cerrado, autocontenido y homogéneo; en cambio, ha desarrollado otros que atañen a la diversidad, la vocación internacional y la democracia. Esto no implica la eliminación total de los viejos referentes, como si en tres décadas hubiesen desaparecido los elementos materiales o simbólicos de “lo mexicano” y la desconfianza hacia las potencias internacionales. Estamos ante procesos que se contradicen y a su vez se complementan. El decreciente peso del nacionalismo y la negación o reiteración de sus contenidos, se explica entonces por la creciente dinámica que vincula al país con la modernización (globalidad,

democracia, diversidad) y por el debilitamiento de la tradición (encerramiento, corporativismo, uniformidad).

A lo largo de las páginas que siguen intentaré explicar y sustentar estos argumentos. A manera de preámbulo, en el capítulo siguiente, presento un panorama general de la literatura del nacionalismo escrita en México o sobre el nacionalismo mexicano. En el tercer capítulo, expongo lo que desde mi punto de vista es el nacionalismo y su relación con el Estado y la nación y su función en la sociedad. En el cuarto, explico el nacionalismo como un fenómeno concebido con relación al Estado global y multicultural y cómo éste enfoque permite entender el cambio; específicamente, el cambio del nacionalismo mexicano. En el quinto abundo sobre la relación entre la apertura económica y las transformaciones del nacionalismo mexicano desde los años setenta. Un análisis empírico de estas mutaciones aparece en el sexto capítulo. En particular, es notable el creciente uso de las referencias a la democracia como una forma de acción nacionalista. Una explicación de por qué el nacionalismo es necesario en la democracia, como en la globalidad y el multiculturalismo, la ofrezco en el séptimo capítulo. Finalmente, en la conclusión, amén de una recapitulación, enunció nuevos problemas o problemas no resueltos.

II DE LA LITERATURA DEL NACIONALISMO MEXICANO

El nacionalismo mexicano ha atraído la atención de diversos autores. Lo han estudiado y, hay que decirlo también, lo han recreado. Roger Bartra supone que la literatura nacionalista y de lo mexicano, que en su consideración inicia a finales de los años veinte con *Los Contemporáneos* y abarca hasta el libro de Paz Posdata (1970), es una entelequia artificial: “existe principalmente en los libros y discursos que lo describen o exaltan, y allí es posible encontrar las huellas de su origen: una voluntad de poder nacionalista ligada a la unificación e institucionalización del Estado capitalista moderno” (Bartra 1987: 17). Es cierto que el nacionalismo se ha favorecido de la contribución de generaciones de intelectuales. Empero, hay aquí dos asuntos que al menos se deberían discutir. Primero, la condición fundamental del nacionalismo es la nación, no el Estado. Existen múltiples nacionalismos sin Estado o que luchan contra el Estado. Esto lo han explicado entre otros Smith (1983, 1995) y Oommen (1997) –yo lo trato en los capítulos tres y cuatro. De manera que el nacionalismo no se puede explicar como resultado del capitalismo. El segundo problema radica en los libros y discursos como fuente principal del nacionalismo. La tesis de Bartra, que de algún modo había adelantado Béjar (1968), merece ser matizada. No todo ha sido una entelequia puesto que muchos de los libros y discursos recogen de la sociedad elementos de identidad surgidos histórica o naturalmente; elementos que existen independientemente de la literatura, algunos tan

esenciales como amar el lugar de nacimiento o desconfiar del extranjero. Por otra parte, no toda entelequia pasó a formar parte del nacionalismo. No bastan las ideas de un autor para crear un fenómeno que envuelve a las instituciones y a gran parte de la población. Para que ello ocurra se requiere que las elites políticas lo incorporen sistemáticamente a su discurso y práctica simbólica.

Por otra parte, sería insostenible decir que los intelectuales han servido simplemente para reproducir la ideología nacionalista. A lo largo de la historia encontramos ejemplos de escritores críticos del nacionalismo y especialmente del nacionalismo de Estado. Se trata de una paradoja: al tiempo que contribuyen a crear y recrear los elementos de identidad, critican los usos nacionalistas que los líderes políticos hacen de esos elementos. De este doble juego fue ilustrativo Octavio Paz, quien con una obra como *El Laberinto de la soledad* (1950), convertido en libro de texto en las escuelas públicas, contribuyó a recrear los elementos de identidad. Sus obras y su fama a su vez le sirvieron para condenar la centralidad y la ideología nacionalista del Estado¹.

Pero casos como el de Paz no niegan que la literatura histórica y de creación, la sociología o la arqueología, hayan contribuido de algún modo con el desarrollo del nacionalismo. Desde finales del siglo XVIII, temas como la raza, el indio, el territorio, la guerra, la virgen de

¹ En otro libro (Vizcaino 1993) he intentado descifrar el pensamiento político de Octavio Paz.

Guadalupe, donde el mayor ejemplo es el *Discurso Guadalupano* de Mier de 1794, han constituido un objeto de reflexión asiduo y a su vez un motivo de exaltación nacionalista. La “historia verdadera” de Mier sobre Guadalupe recrea algunos elementos (reales o aparentes) de la identidad novohispana; el *Cuadro Histórico* de Carlos María de Bustamante (1844), el santoral de los héroes de la Independencia; la narrativa de Ignacio Altamirano, los paisajes y las costumbres populares; las descripciones arqueológicas de Manuel Gamio (1916, 1966, 1972), la restauración de los símbolos patrios. La realidad o la realidad constituida en símbolo no sólo es el objeto de investigación sino el objeto de exaltación nacionalista. Por ello, hoy, al mirar al pasado, uno puede encontrar en Gamio, Altamirano, Bustamante o Mier, al arqueólogo, al creador, al historiador o al cura y, a su vez, al nacionalista. El intelectual aquí es a un tiempo un profesional con una metodología específica y un actor del nacionalismo.

La dualidad de investigación y exaltación se condensó durante y después del proceso armado de la Revolución Mexicana y penetró en casi todas las áreas de las ciencias sociales. Algunas de las personalidades más representativas fueron Jesús Silva Herzog, Lombardo Toledano, Molina Enríquez, Antonio Caso, Gómez Morín, Gamio y José Vasconcelos. Muchas de sus obras, en correspondencia con el nacionalismo en el teatro y en el cine, en la música y la danza, en la pintura y la creación literaria, tenían un propósito ético explícito: exaltar

los elementos de la nacionalidad y descubrirlos, construirlos o inventarlos: forjar la patria, como propuso en 1916 Manuel Gamio.

Y esa pugna que por crear patria y nacionalidad se ha sostenido por más de un siglo, constituye en el fondo la explicación capital de nuestras contiendas civiles. Toca hoy a los revolucionarios de México empuñar el mazo y ceñir el mandil del forjador para hacer que surja del yunque milagroso la nueva patria hecha de hierro y de bronce confundidos. Ahí está el hierro... Ahí está el bronce... ¡Batid hermanos!. (Gamio 1916:9).

El escritor se convertía en actor de la acción nacionalista principalmente a causa de su participación en las nuevas instituciones surgidas de la Revolución. Autores fundacionales. Vasconcelos fraguaba su obra literaria y, a un tiempo, la obra educativa de la Revolución y la misión de la raza de bronce, síntesis y exaltación de Iberoamérica y agravio de otros pueblos:

Reconocemos que no es justo que pueblos como el chino, que bajo el santo consejo de la moral confuciana se multiplican como los ratones, vengan a degradar la condición humana, justamente en los instantes en que comenzamos a comprender que la inteligencia sirve para refrenar y regular bajos instintos zoológicos, contrarios a un concepto verdaderamente religioso de la vida. Si los rechazamos es porque el hombre, a medida que progresa, se multiplica menos y siente el horror del número, por lo mismo que ha llegado a estimar la calidad. En los Estados Unidos rechazan a los asiáticos, por el mismo temor del desbordamiento físico propio de las especies superiores. [...]El amurallamiento étnico de los del Norte frente a la simpatía mucho más

fácil de los del Sur, tal es el dato más importante y a la vez el más favorable para nosotros, si se reflexiona, aunque sea superficialmente, en el porvenir. Pues se verá en seguida que somos nosotros de mañana, en tanto que ellos van siendo de ayer. Acabaran de formar los yanquis el último gran imperio de una sola raza: el imperio final del poderío blanco. Entre tanto, nosotros seguiremos padeciendo en el vasto caos de una estirpe en formación, contagiados de la levadura de todos los tipos, pero seguros del avatar de una estirpe mejor. En la América española ya no repetirá la Naturaleza uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un solo color, de rasgos particulares, la que en esta vez salga de la olvidada Atlántida; no será la futura ni una quinta ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que de allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal. (Vasconcelos 1925:104-105).

Vasconcelos creó la Secretaría de Educación (1921) y su visión del triunfo definitivo sobre los “yanquis” se plasmaba en esas líneas de *La raza cósmica*. En correspondencia, Silva Herzog participó en la creación de otras instituciones de carácter diverso y, entre éstas, la expropiación del petróleo le parecía especialmente importante puesto que significaba “el principio de nuestra libertad económica”. En enero de 1940, siendo gerente general de la distribuidora de PEMEX, abanderó en Tampico el buque Cerro Azul, —el primero comprado por PEMEX— con estas palabras que teñían el tono general de sus discursos de entonces:

Y aquí estamos ahora en la cubierta de este barco, estamos en actitud de lucha; aquí estamos para contestar con hechos objetivos a las noticias

calumniosas que hacen publicar en ciertos periódicos los descastados de adentro y los mercaderes de afuera, mercaderes sin patria y sin ideal. (Tomado de Silva Herzog 1981:91)

Estos eran los sabios de la Revolución. Caudillos intelectuales, fundadores de instituciones y nacionalistas. Su nacionalismo a su vez era una edificación de sí mismos. Las instituciones que fundaban también eran las instituciones de las cuales dependían para escribir y para publicar. Es cierto que sus obras contribuyeron al conocimiento, pero también es cierto que eran la expresión de su protagonismo en la obra social y patriótica.

Hermanada al nacionalismo revolucionario, la literatura de “lo mexicano”, cuyo propósito era descifrar el carácter del mexicano y las características de la identidad de México desde la Filosofía, la Psicología, la Sociología y la Historia, tuvo como referente fundacional a Samuel Ramos y en particular *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934). A partir de entonces estos estudios aumentaron y hacia principios de los años cuarenta, con la llegada de intelectuales españoles, especialmente José Gaos, y la conformación del Grupo Iperion y la revista *Cuadernos Americanos*, el tema adquirió auge hasta alcanzar su mediodía con *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz, en 1950. Luego aparecieron muchos otros libros sobre el tema: *Análisis del ser del mexicano*, de Emilio Uranga (1952); *La estructura social y cultural de México*, de José Iturriaga; *La X en la frente*, de Alfonso Reyes (1952); *El*

amor y la amistad en el mexicano, de Salvador Reyes Nevares (1952); *Cornucopia*, de José Moreno Villa (1952); *El guadalupanismo mexicano*, de Francisco de la Maza (1953); *La filosofía de lo mexicano*, de Abelardo Villegas (1960); *Conciencia y posibilidad del mexicano*, de Leopoldo Zea (1952); *Fenomenología del relajo*, de Jorge Portilla (1962); *El mexicano. Psicología de sus motivaciones*, de Santiago Ramírez; *El estereotipo del mexicano*, de María Luisa Rodríguez Sala (1965); y de Raúl Béjar: *El mito del mexicano* (1968) y *El mexicano. Aspectos culturales y psicosociales* (1979).

Aunque muy diversas entre sí, estas obras se diferenciaron de la literatura nacionalista de la Revolución porque en general fueron menos ideológicas y más interpretativas. Claro está que en todos esos años y autores hubo muchas variantes y estilos. Algunos continuaron la dualidad de los intelectuales nacionalistas de la Revolución: explicar y exaltar, proponiéndose explícitamente recrear el mito de la identidad común. De esta forma el estudio de lo mexicano era la recreación de lo mexicano. Otros, en cambio, se ocuparon de la cultura en México sin nacionalismo o incluso contra el nacionalismo revolucionario. En este caso, algunos autores habían recogido tradición liberal. También eran fundadores de instituciones y escribían acerca de la vida social y política en México, pero sus intereses eran distintos. A diferencia de los intelectuales nacionalistas, la preocupación fundamental de estos liberales no era la “independencia nacional” sino la democracia. Los casos que me parecen más destacables son los de Jorge Cuesta, Cosío Villegas y Octavio Paz.

Su ideas eran, además, una denuncia de los excesos del nacionalismo y de la literatura y el arte al servicio de la política, una censura del Estado y una posición frente a los intelectuales de izquierda. “Entre 1940 y 1950 – escribió Octavio Paz– vivimos en un mundo cerrado. Ahogados por los dogmas ideológicos y por un nacionalismo siempre a la defensiva. Llegamos, inclusive, a ignorar a los otros americanos de habla española y portuguesa” (Paz 1966: 9).

Fue hacia los años sesenta y setenta cuando la ciencia social adquirió mayor distancia histórica e ideológica de la Revolución. El académico se acogió a las universidades, aumentó su autonomía frente al Gobierno y, al distanciarse del creador literario y del político profesional, la investigación sobre el nacionalismo se volvió más sistemática y cada vez menos emocional. En México y otros países aparecieron diversas obras sobre el tema, como *Education and National Integration*, de Josefina Zoraida Vázquez (1967), *The dynamic of Mexican nationalism*, de Frederick Turner (1968) y *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, de David Brading (1973). Aunque muy diversos entre sí por su enfoque y metodología, estos libros constituyeron una nueva etapa de la literatura del nacionalismo mexicano. No eran nacionalistas ni pensados como una condena del nacionalismo. Al menos no explícitamente. Su característica –si alguna tuvieron en común– no era tomar partido sino explicar el fenómeno nacionalista como una necesidad del Estado contemporáneo en el proceso de construcción de la soberanía y de la unificación cultural e institucional.

No se puede establecer una frontera definida entre los autores nacionalistas y de lo mexicano con los autores de esta nueva etapa de investigación ni en el tiempo ni en la temática. Además, aun en la época actual muchos académicos, especialmente cuando se ocupan del nacionalismo reciente, han conservado la tradicional posición de la izquierda nacionalista o del escritor fundacional de los años treinta y cuarenta: el recelo de los Estados Unidos y la defensa de la soberanía y de las grandes empresas del Estado. Empero, algunas diferencias son notables. Mientras los autores de lo mexicano se preguntaban qué es México y qué lo mexicano, la interrogante de los nuevos estudios se ha sustentado en el análisis de la construcción de una identidad común, real o imaginaria. Si aquellos buscaban respuestas en la psicología y la filosofía, éstos lo han hecho en la naturaleza del Estado y en los procesos políticos, sociales e institucionales.

La literatura reciente se ha desarrollado dentro de la Historia tanto o más que en la Sociología y la Ciencia Política. Se ha abundado especialmente en los momentos cruciales, especialmente en las guerras civiles o contra alguna potencia extranjera: la Independencia, la guerra de 1847 con los Estados Unidos, el triunfo de la República sobre el Imperio, la Revolución, las expropiaciones del petróleo, los ferrocarriles o la industria eléctrica. Pérez Montfort (1994, 1999) se ha ocupado sistemáticamente en los últimos años del nacionalismo del porfiriato como del posterior a la Revolución. Pero el fenómeno no sólo se ha visto



con ojos históricos sino, también, de acuerdo a un ordenamiento temático que ha abarcado asuntos tan diversos como la identidad nacional y el nacionalismo en la educación y especialmente en los libros de texto, en el sindicalismo, en las artes: el cine, el teatro, la música y la danza. Lomnitz ha enfocado una perspectiva antropológica del tema (1995) como teórica (1999). Especial atención ha merecido el nacionalismo en el indigenismo y la etnicidad. Natividad Gutiérrez, por ejemplo, publicó *Nationalist myths and ethnic identities* (Gutiérrez 1999). Ya el enfoque del tema: la perspectiva indígena, revela el cambio de interés de los estudios, abocados más hacia la etnicidad y la identidad de las minorías culturales y regionales. En cuanto a las perspectivas de estudio, el nacionalismo mexicano se ha enfocado fundamentalmente a partir de sus tensiones con tres aspectos: la modernización y la globalización; la emergencia del multiculturalismo y el fin del proyecto histórico de homogeneidad cultural; y la crisis del Estado interventor y la política proteccionista (Monsiváis 1982, 1986, 1987, 1995; Bartra 1989, 1999; Meyer 1998a, 1998b; Aguayo 1998; Torres 2001; García Castro 1993; Basurto 1989).

Aunque las opiniones son diversas, hay una coincidencia general en que el nacionalismo mexicano de Estado está desapareciendo paulatinamente. Parte importante de la reflexión actual supone que el nacionalismo consiste en la homogeneidad cultural, en el desarrollo autónomo de las instituciones y las políticas públicas del país y en la realización de la promesa histórica de creación de una sociedad justa: igualdad económica, seguridades públicas y derechos individuales y

ciudadanos. El nacionalismo, así, reside en lo que moral y políticamente se ha considerado, desde al menos el siglo XIX, “bueno”, “conveniente” o “correcto” para el país o para organizar la vida social y política entre sus miembros. Dado que, en los últimos años, ha resurgido la etnicidad y el reconocimiento de la diversidad cultural, con lo cual parece un fracaso el largo proceso de homogeneización de la identidad cultural; dado que el Gobierno no ha conservado las estructuras de la “autonomía” y, por el contrario, ha creado otras para acrecentar su integración con el exterior; dado que, además, ha fracasado la promesa de la justicia social, aumentando la brecha entre ricos y pobres junto con el deterioro del Estado de derecho; dado, entonces, todo ello el nacionalismo o ya no existe o está a punto de llegar a su fin. Lorenzo Meyer, por ejemplo, ha reiterado que hacer depender la buena marcha de la economía nacional del capital especulativo externo “es una acción antinacionalista” (Meyer 1998).

El problema aquí yace en que no siempre se incorpora en el análisis que la concepción de lo correcto cambia en la historia, en correspondencia con las circunstancias del país, del mundo y especialmente de la elite política. Es cierto que el nacionalismo apareció frente a la desagregación cultural y geográfica y a la necesidad de construir la soberanía y la unidad política y cultural; y hasta se puede argumentar que su persistencia, al inicio del siglo XXI, se justifica porque aquellas necesidades están vigentes. Pero en cualquier caso no debería confundirse el nacionalismo con una necesidad política y

económica ni con las instituciones. El nacionalismo no es el PRI, aunque éste fue nacionalista durante décadas. El nacionalismo no es la política de sustitución de importaciones, aunque haya servido para justificar esa política. No es, en fin, la igualdad jurídica de los ciudadanos ni la guerra, aunque se crea que una y otra son convenientes para el país. En pocas palabras: el nacionalismo puede concebirse como un recurso para legitimar una institución o una forma política –porque se considera correcta o por cualquier otra razón– pero el nacionalismo no es ni la institución ni la política pública. Hay que insistir en esta obviedad: lo políticamente correcto cambia. Que en una época se considere necesario la uniformidad jurídica de los ciudadanos o hacer la guerra a otro país no cancela, en otro tiempo, juzgar conveniente, para los intereses del país o de una elite, la ciudadanía diferenciada² o construir la paz y hasta la integración con aquel país con el que antes se hizo la guerra. El nacionalismo que ayer sirvió a un propósito, hoy puede ser un recurso para legitimar una nueva concepción política y hasta radicalmente opuesta.

No se debería concluir, entonces, del cambio de la institucionalidad, o del derrumbe de los proyectos políticos surgidos de la Revolución, el resquebrajamiento del nacionalismo, puesto que éste no equivale a la institucionalidad ni sus contenidos son rígidos. Por el contrario, mi posición es que la acción nacionalista puede constituirse

² Como de hecho ocurre en otros países exitosamente, por ejemplo en Canadá (Kymlicka 1996).

hoy en un medio para legitimar lo que otrora hubiese sido inconcebible: la democracia, la apertura económica, el desarrollo del Estado multinacional. Y, en todo caso, habrá que explicar por qué en ciertos casos el nacionalismo sirve para estos fines y en otros no. Así, lo que en ocasiones se nos presenta como la prueba de la desaparición del nacionalismo es, desde este otro punto de vista, la prueba de la persistencia del nacionalismo.

No pocos intelectuales tienen en Carlos Monsiváis una autoridad académica cuando se trata del nacionalismo mexicano actual. Monsiváis posee una abundante obra de ensayo sobre la cultura y ha escrito sobre las diversas etapas del nacionalismo y sus cambios recientes. Se vale para ello de estampas y crónicas de la vida popular que intercala entre sus ideas más generales. No obstante lo prolífico y diverso de sus ensayos, sus argumentos sobre el tema están claramente definidos y son más o menos constantes a lo largo de sus textos. Fundamentalmente le ha preocupado la crisis y transformación del nacionalismo de los años ochenta y noventa, aunque para ello ha recorrido la historia del fenómeno desde la Revolución de 1910 (Monsiváis 1982, 1986, 1987, 1995).

Desde mediados de los ochenta, Carlos Monsiváis comenzó a advertir la tensión entre nacionalismo y modernización: nuevas tecnologías, “americanización” de la cultura, apertura económica, internacionalización de la burguesía, etcétera. Tensión que entendió como una amenaza para el nacionalismo estatal y a su vez como una

posibilidad de su resurgimiento de un nacionalismo popular. Frente a ello, Monsiváis ha tenido como propósito último defender el nacionalismo, ya porque “en un país vecino de Estados Unidos es una necesidad que no halla sustituto”, ya porque “luego de décadas del ascenso cosmopolita, la devolución a la franca pobreza ha mostrado el rostro de una sociedad que no prescindió del nacionalismo porque no creyó en las alternativas” (Monsiváis1986: 20). Así, sus ensayos sobre el tema pueden leerse como una posición política, más que académica, en defensa del nacionalismo. Ello no le quita su importancia, pero advertirlo sirve para reconocer la forma peculiar con la que una modalidad del intelectual de izquierda transmite sus ideas: desarrolla sus argumentos al tiempo que exalta la cultura, “la cultura popular” y “antigringa”, que él elige como característica fundamental de la nacionalidad y el nacionalismo. En este sentido no es muy distinto al papel de los autores del lo mexicano, que ha recusado Roger Bartra, en la construcción de la entelequia de la mexicanidad .

El problema es cómo defender el nacionalismo frente a esa modernización avasallante. Monsiváis lo concibió como un fenómeno con dos rostros: el estatal y el popular. En éste el protagonista principal es “el pueblo”; en aquel, la burguesía. El esquema funciona en términos generales como Marx y Engels interpretaron la historia en el *Manifiesto del Partido Comunista*. El nacionalismo, como cualquier otra ideología dominante, se halla determinada por la burguesía que hace pasar sus intereses de clase como los intereses de la nación. “Quién determina –

escribe Monsiváis— las características históricas de la nacionalidad? En lo fundamental, quien elige y acentúa los aspectos históricos y míticos que más le interesan es la burguesía en el poder” (1986: 13). Aceptada la premisa, el corolario no tiene mucha dificultad: el nacionalismo popular surgido de la Revolución está definido por los intereses del Estado, es decir de la burguesía. Aunque es elitista, el nacionalismo estatal acaba por penetrar en la mayoría social de los marginados. Pero Monsiváis no es un Marxista ortodoxo: a lo largo de la historia que recrea entre 1910 y finales de siglo la cultura popular logra liberarse de la tiranía de la clase poseedora de los medios de producción, cuyos intereses, cada vez más vinculados al capital financiero internacional, le obligan gradualmente a abandonar su dignidad nacionalista. Así, el nacionalismo revolucionario se nos presenta como una ideología en la que en una primera fase no está diferenciado el nacionalismo estatal y el popular. En esta fase, el nacionalismo se sustenta en el rompimiento con la “dictadura” de Porfirio Díaz, en la Constitución, la educación pública, las expropiaciones, la política de masas, el antiimperialismo y la solidaridad con China y el tercer mundo, especialmente hacia Cuba, el Chile de Allende o la Nicaragua de los sandinistas; “la fuerza de una conciencia nacional implantada por el acuerdo entre Estado y sociedad” (1986: 18). El pueblo, dice Monsiváis, cree en éste nacionalismo y lo conserva como lo único que le da un optimismo frente a las devastadoras crisis de 1982, 1988 y 1994. Mientras el Estado progresivamente se aleja de estos principios, de modo que su nacionalismo a finales de siglo ya no es digno ni creíble, el pueblo y el nacionalismo popular siguen conservando las

bases históricas que alguna vez obtuvo de ese Estado: los impulsos revolucionarios que a principios de siglo lo unieron como pueblo y a éste con el Estado. El nacionalismo estatal, en cambio, ha muerto desde el momento en que comenzaron, en los años ochenta, las ventas de las empresas estatales, se abrió la economía al mundo y el gobierno y el PRI dejaron de convocar a las manifestaciones contra los Estados Unidos.

Monsiváis insiste en que este nacionalismo conserva sus bases históricas. Lo nuevo es que “se ha despolitizado” y el gobierno se haya imposibilitado de usar la cultura popular y el sentimiento antiimperialista de las mayorías como sentimiento nacional”. Las masas ya no creen en el nacionalismo de Estado y “ven en sus colectividades la única nación real” (1986: 21). Los rasgos colectivos para Monsiváis siempre se han identificado con el nacionalismo. Ayer era el corrido o la fe en el caudillo; a finales de siglo, la vida en la vecindad y el barrio, el cine que ve el pueblo y desprecia el rico, las películas de ficheras y narcotraficantes, las canciones de Juan Gabriel y el grito en las gradas de los estadios de fútbol. Ante todo la masificación de la cultura. Por eso define el rasgo fundamental del nacionalismo de finales de siglo como un proceso de “democratización bárbara”. Pero lo esencial es que el nacionalismo se halla despolitizado, puesto que ya no sirve a los intereses del Estado ni es una lucha por el control del mismo. Es del pueblo y el pueblo no quiere ser como los políticos corruptos y burgueses de hoy. Pero es nacionalista. De ahí que los cuadros populares que Monsiváis delinea en sus ensayos son expresiones de la modernidad pero donde

siempre aparece una imagen o una voz en conexión con el nacionalismo histórico de la Revolución: el chavo banda aprende en las calles los pasos de los concheros que le remontan a la sociedad prehispánica; los cholos de Tijuana no obstante su americanización prefieren lo local y odian a los gringos; un grupo de mujeres jóvenes, en un terreno baldío de cualquier urbe, gritan mueras a los “fresas” y a los burgueses; en el Estadio de fútbol la gente se cree el “desmadre” y ese desmadre es México.

Las estampas que Monsiváis recrea de los presidentes del país de finales de siglo son en cambio todo menos México. Ya desde mediados de los años noventa, les llama cada vez menos burgueses. Ahora los términos recurrentes son “born winners” o “tecnócratas”. El cambio no sólo expresa el desuso ideológico del marxismo, sino también el abandono del nacionalismo que el escritor ve en los líderes del Estado. “Lo mexicano por regla general les resulta aburrido. Salinas declama su nacionalismo pero nunca le halla función útil en el Tratado de Libre Comercio. Si el nacionalismo no les dice nada es porque lo propio de un político financiero es ver en la nación a la patria chica y localizar la patria mayor en la Villa Global, eso sin que su cosmopolitismo valla muy lejos, para ellos sólo hay otra nacionalidad concebible: la norteamericana” (1995: 16).

El punto de vista de Monsiváis no necesariamente coincide con otros autores que como parte de sus reflexiones sobre la cultura y el sistema político mexicano se han ocupado del nacionalismo actual, por

ejemplo Bartra (1987, 1989, 1999), Aguayo (1998) o Meyer (1990, 1998), quienes amén de compartir con Monsiváis el aura del intelectual de izquierda, se hallan vinculados a la academia y a su vez poseen una permanente presencia en los medios de difusión electrónicos e impresos. No voy a reseñar aquí las concepciones de todos. Las ideas de Monsiváis me parecen no representativas pero suficientes como para contrastar mi punto de vista y, con ello, irlo esclareciendo.

Monsiváis divide, en última instancia, la sociedad en dos grandes clases irreconciliables y antagónicas: el gobierno burgués y el pueblo, como se deduce de la tesis del *Manifiesto del Partido Comunista* según la cual toda historia no es sino la historia de la lucha de clases y “las ideas dominantes en cualquier época no han sido nunca más que las ideas de la clase dominante” (Marx y Engels 1848: 32, 33). A partir de aquí los marxistas, en términos generales, han interpretado el nacionalismo como parte de la ideología dominante con la que la burguesía hace pasar sus intereses como intereses del pueblo. La historia y el nacionalismo de los ensayos de Monsiváis podría leerse como una versión adaptada del marxismo de 1848. Así como la moderna sociedad capitalista surgió de la revolución burguesa que acabó con los señoríos feudales, el nuevo Estado mexicano surgió de las ruinas de la revolución que acabó con la dictadura porfirista. Aunque en los años posteriores inmediatos a la Revolución las divisiones de clase se mezclan y confunden, con el paso de las décadas la sociedad mexicana se va dividiendo, como en el capitalismo, en dos grandes campos, las dos grandes clases que se

enfrentan. En la sociedad capitalista la lucha es por el control de los medios que producen las mercancías, en el México Revolucionario por los bienes simbólicos de la identidad nacional. Así como la burguesía tenía que revolucionar las relaciones sociales creando ciudades, mercados y consumidores con nuevas necesidades y una ideología para justificar todo ello, el nuevo Estado mexicano creó urbes y toda suerte sistemas para integrar a las masas, atraídas por la modernización desde sus localidades agrarias, a un sistema de unificación educativa, política, ideológico y cultural para sustentar el Estado y la gobernabilidad de los políticos burgueses en el poder. Y así como la burguesía forjó su propia destrucción: las fuerzas productivas y el proletariado que acabaría por darle muerte y apropiarse del Estado, el transporte y el capital, el Estado mexicano creó una identidad nacional y un pueblo nacionalista que acabaría por apropiarse de la nación y desconocer a los políticos vendepatrias. Una diferencia, empero, es notable: para Marx y Engels el proletariado no tenían patria, para Monsiváis en cambio el pueblo de México sí la tiene y su defensa es irreductible e irrenunciable.

El argumento de Monsiváis se basa tres premisas: uno, el origen del nacionalismo está en el Estado; dos, la elite que define los contenidos y la acción del nacionalismo es parte de la burguesía y ocupa el poder del Estado; tres, al pueblo corresponde una sola nación y por tanto un solo nacionalismo. Bastaría revisar la génesis del nacionalismo mexicano del siglo XVIII y principios del XIX para advertir que el fenómeno se presenta antes del Estado o, aún más, como un movimiento en contra del

Estado. De esto tenemos, además, muchos ejemplos en los movimientos de unificación de Alemania e Italia del siglo XIX, el separatismo de los imperios Habsburgo y Otomano, los movimientos autonomistas en el País Vasco, Cataluña y Quebec y en fin en los nacionalismo anticoloniales del siglo XX en la India y África (Breuilly 1995). Pero reconocer el nacionalismo como un movimiento previo o en contra del Estado no implica negar que en efecto existe un nacionalismo que se ejerce desde el Estado. El nacionalismo posterior a la Revolución mexicana es de Estado, pero el que lo precede en realidad es un movimiento por definición contra el régimen. La historia del siglo XIX también es eso: un movimiento continuo de alzamientos que se legitiman apelando a la nación y de gobiernos que buscan consolidarse igualmente en nombre de la nación. Así, desde mi punto de vista existen al menos dos modalidades del nacionalismo: una para construir un Estado, lo cual implica luchar contra el orden establecido, y otra para prolongar el dominio del Estado. En cualquier caso el propósito es el poder, una lucha política.

No hay por tanto nacionalismo apolítico, como diría Monsiváis para referirse al nacionalismo mexicano que según él persiste tras el fin del nacionalismo estatal. Las características culturales colectivas e individuales más destacadas de la sociedad: amar el lugar de nacimiento, recelar de los gringos, rezar a Guadalupe, odiar a los burgueses, gritar vivas a México y mentadas a lo que no lo es o tararear las canciones de Juan Gabriel no constituyen por sí mismos el nacionalismo. A eso le

podemos llamar cultura o si se quiere, con no poca exageración, identidad nacional. Pero nada de esto es el nacionalismo si no se utiliza como un referente para luchar por el poder o para legitimar un grupo en el poder.

En otros autores también ha estado implícita una concepción semejante. A lo que frecuentemente se le llama nacionalismo no es, desde mi punto de vista, nacionalismo sino la cultura popular. Un autor serio como Lomnitz, por ejemplo, considera lo “naco”, al igual que Monsiváis, como indicador del nacionalismo actual (1999 21-33). Otros identifican el fenómeno nacionalista con la identidad nacional y el Estado interventor (Bartra 1989: 193, 199; Carmona 1992: 45), el mestizo y el mestizaje (Gutiérrez 1999), la industria estatal, el proteccionismo y el antiimperialismo (Wionczek 1967, Aguayo 1998, Meyer 1998). Cada uno de estos elementos de la cultura o del Estado son importantísimos, pero cuando yo me refiero al nacionalismo lo hago pensando no en esos factores en sí mismos sino en una acción o un discurso político que transforma en símbolo alguno de ellos, u otros, con el propósito de alcanzar o conservar el poder político, el Estado o alguna de autonomía de gobierno. En sí mismo el proteccionismo o la cultura no son más que proteccionismo y cultura, como el petróleo no es más que petróleo y el forrar la sala nueva con plástico no es más eso o, si se quiere, una muestra de lo *kitsch* del mexicano que busca prolongar lo moderno.

Tampoco estoy absolutamente en contra de identificar el nacionalismo como un interés de las elites. El nacionalismo no es la ideología de la nación, sino de las elites que hablan por la nación. Ni la nación ni el pueblo hablan. El problema del marxismo, y que desde mi punto de vista repitieron muchos intelectuales de izquierda durante años, es establecer como condición de las elites su pertenencia a la burguesía. Muchos factores, no sólo éste, pueden favorecer la formación de las elites. Por otra parte, si he aceptado que el nacionalismo puede darse antes del Estado o contra el Estado, pienso que éstas, que definen los contenidos del nacionalismo haciéndolos pasar como elementos fundamentales de la nación y sus miembros, no necesariamente se hayan en el centro del poder del Estado sino, también, al frente de minorías nacionales que reclaman derechos colectivos en nombre de su nacionalidad.

La tercera premisa parece una obviedad en México donde el nacionalismo de Estado ha conseguido que todavía a principios del siglo XXI ni los movimientos políticos ni las ciencias sociales definan a las minorías étnicas como naciones. Todavía en 1993, por ejemplo, José del Val decía: “En México no existen minorías nacionales; no hay grupos culturalmente diferenciados que tengan aspiraciones para construir naciones independientes, por lo menos hasta la fecha no ha sido ese su proyecto, ni ha tenido expresión tal deseo: no expresan vocación de

nación ni el pueblo hablan. El problema del marxismo, y que desde mi punto de vista repitieron muchos intelectuales de izquierda durante años, es establecer como condición de las elites su pertenencia a la burguesía. Muchos factores, no sólo éste, pueden favorecer la formación de las elites. Por otra parte, si he aceptado que el nacionalismo puede darse antes del Estado o contra el Estado, pienso que éstas, que definen los contenidos del nacionalismo haciéndolos pasar como elementos fundamentales de la nación y sus miembros, no necesariamente se hayan en el centro del poder del Estado sino, también, al frente de minorías nacionales que reclaman derechos colectivos en nombre de su nacionalidad.

La tercera premisa parece una obviedad en México donde el nacionalismo de Estado ha conseguido que todavía a principios del siglo XXI ni los movimientos políticos ni las ciencias sociales definan a las minorías étnicas como naciones. Todavía en 1993, por ejemplo, José del Val decía: “En México no existen minorías nacionales; no hay grupos culturalmente diferenciados que tengan aspiraciones para construir naciones independientes, por lo menos hasta la fecha no ha sido ese su proyecto, ni ha tenido expresión tal deseo: no expresan vocación de construir Estado” (Val 1993: 111)³. A partir del alzamiento indígena de

³ Aquí el problema es cómo identificar a un grupo culturalmente diferenciado con aspiraciones a un Estado independiente. En realidad hoy no sólo podemos considerar los criterios académicos; está pesando un criterio “antropológico”: los líderes de un movimiento social definen a los protagonistas del mismo como nación, con todas las consecuencias que ello implica, y siempre hallarán los elementos para justificar que

Chiapas de 1994 el asunto de la etnicidad en México ha adquirido enorme significación. Sin embargo, ello no se ha correspondido con un desarrollo en las Ciencias sociales de este país, salvo algunas excepciones, que permita definir a las minorías étnicas del país como naciones o naciones sin Estado. No quiero decir que tal concepción se ignore. Stavenhagen (2001), por citar un caso, acepta la etnicidad y hasta la subjetividad: la voluntad de ser nación, como contenidos definitorios de la nación y desde esta perspectiva estudia diversos conflictos en el mundo. Pero el concepto no se adjudica a “los pueblos indios” de México. El obstáculo de esto no se halla en la academia, aún siendo un tema de investigación académica, sino en las consecuencias políticas que implicaría asumir que los grupos étnicos en México constituyen naciones. Para atenuar la potencialidad política del concepto, les seguimos llamando comunidades o pueblos, siempre y cuando pueblo no sea sinónimo de nación. De ahí que no es raro dar por hecho que al “pueblo de México” corresponde no más que una nación, una formula que, por ejemplo, es arcaica en la teoría y en el sistema jurídico

poseen una cultura diferenciada. Constituirse en nación o en minoría nacional es hoy recurso, si se quiere inventado pero no por ello insuficiente, que mueve a la acción colectiva. Todavía me pregunto por qué los líderes de los movimientos indígenas de México, incluyendo a sus asesores que operan en las universidades, no llaman a las comunidades indígenas naciones, a diferencia por ejemplo de lo que ocurre en Ecuador. Sin embargo, desde otros puntos de vista, sí se puede atribuir el carácter de nación o minoría nacional a muchos grupos con culturas diferenciadas integrados al Estado mexicano. Minaham (1996) lo ha empleado para Yucatán, dado que al menos una parte de los yucatecos ha considerado la Península como una comunidad diferenciada que merece ser considerada una nación como el resto de los países del mundo. Otro caso histórico interesante es el de los yaquis y los mayos que en

canadiense y que en Nicaragua comenzó a discutirse junto con la ciudadanía diferenciada de los misquitos y demás pueblos de la Costa Atlántica en la segunda mitad del siglo XIX (Balcárcel 2001). Los nacionalistas han buscado, como hemos visto, hacer pasar su nación (real o aparente) como la nación de todos. Este ha sido el contenido esencial de la ideología de unos pocos cuando presentan sus intereses como los intereses de todos. Pero está claro que en nuestro análisis no tenemos que asumir la existencia de una sola nación, a menos que nuestro propósito no sea dar explicaciones sino defender el nacionalismo. Más bien, una observación no muy elaborada nos hará advertir que en realidad los países, incluido por supuesto México, se integran por varias naciones, aunque en algunos la supremacía de una sea casi total sobre la diversidad de las otras. Más que en el Estado nación creo que debemos pensar en el Estado multinacional, especialmente en nuestros tiempos cuando diversas minorías luchan por su autonomía o por constituirse en Estados independientes.

Como se ve, y así lo intentaré desarrollar en los siguientes capítulos, estas son otras premisas desde las cuales creo hay que estudiar el fenómeno: el nacionalismo es parte de los intereses creados de los líderes políticos de una nación (entendida no como Estado sino como cultura) y puede definirse como la utilización que los líderes hacen de la

diversos sentidos se miran a si mismos como una nación aparte (Figuroa 1993, 1994). Y los ejemplos podrían multiplicarse.

nación (como concepto global) o de algunos de los elementos de ésta con el propósito de alcanzar o conservar el Estado.

III NACIONALISMO, ESTADO Y NACIÓN

El nacionalismo podría representarse por medio de esta alegoría: ante el escenario de una enorme construcción en ruinas, un grupo de hombres extrae de una excavación diversas piezas del mundo antiguo: la escultura de una diosa, una gran piedra grabada con los jeroglíficos del cielo, un medallón con la efigie de algún caudillo. En tanto, el Padre Tiempo, desnudo y ligero, corvo, empuñando su bastón, observa y discierne sobre toda esa arqueología. En segundo plano se ve, ante una multitud asombrada, un orador sobre un balcón, cuya perorata tiene por objeto magnificar algunos de esos hallazgos.

Asistimos aquí primeramente a una arqueología importante, aunque ésta no es el nacionalismo. La naturaleza del nacionalismo difiere mucho del trabajo de un arqueólogo, de un etnógrafo o del historiador protegido con el aura del “Padre Tiempo”. El nacionalismo surge no de una excavación ni de una expedición etnográfica sino, seguidamente, con los ideólogos de plaza pública, cuyas palabras transforman las formas de la raza y lo antiguo en una expresión política. Acaso el nacionalista se asemeja al falsificador de tumbas sagradas o imágenes protohistóricas¹.

¹ La obra de Montes Bernárdez *Falsificaciones arqueológicas en España* (1993) me ha hecho pensar que esta práctica es mucho más extensa de lo que suponemos comúnmente y las razones de ello, amén del comercio o la broma, deviene muchas veces de necesidades políticas. Un análisis profundo sobre los propósitos nacionalistas de la arqueología aparece en Kohl (1998: 223-246), quien logra establecer una correspondencia entre el apogeo del nacionalismo en el siglo XIX y

Por ello, Fray Servando Teresa de Mier, al reinventar la historia que él llamó verdadera de la Virgen de Guadalupe ante un auditorio privilegiado, se convirtió en uno de los primeros nacionalistas mexicanos.

El nacionalismo es una invención con propósitos políticos, una ideología, una reelaboración de la historia, pero no es la historia. Como sostuvo Hans Kohn, el nacionalismo se vale de los más viejos y primitivos sentimientos, como el aprecio a la familia y al lugar de nacimiento; “pero estos sentimientos no forman por sí mismos el nacionalismo. Corresponden a ciertos hechos –territorio, idioma, descendencia común, folclor– que también encontramos en el nacionalismo. Pero aquí se transforman del todo, se impregnan de nuevas y diferentes emociones y encajan en una contextura más amplia” (Kohn 1944:18-19). El nacionalismo no es, entonces, la historia ni la arqueología, sino la utilización de una y otra, de la antigüedad y lo sagrado, la tragedia y el mito. Celebra las guerras y los héroes. Construye monumentos y museos. Más que la verdad, busca condensar la memoria de un pueblo y exaltar su singularidad con el anhelo de legitimar una forma política, un Estado o algún sistema preestatal de gobierno.

principios del veinte y el desarrollo académico de la arqueología en Europa. En México históricamente también ha existido una estrecha relación entre el arqueólogo y el historiador con el nacionalismo. Manuel Gamio (1916, 1966, 1972) es desde mi punto de vista el arquetipo de la arqueología de compromiso nacionalista.

Tenemos hasta aquí dos factores esenciales: la necesidad de legitimar un proyecto político y la reelaboración simbólica de la realidad, en especial de la realidad histórica, aunque el nacionalismo ha utilizado también la economía, la democracia, el territorio, la condena de los extranjeros, la utopía del desarrollo, etcétera. La historia ha sido la materia prima más redituable a causa de que el acceso al pasado es posible mediante una técnica que sólo domina una elite, conformándose la mayoría con el consumo de la interpretación que elabora esa elite. Pero también porque la memoria colectiva posee mayor capacidad de homogeneización que la raza, la fe, la lengua o la geografía. Dificilmente podrá hallarse una sociedad racial o lingüísticamente homogénea. La religión, con su poder sobre las conciencias y los fanatismos, ha dividido a los pueblos y muchos gobiernos han optado por separar las instituciones públicas de cualquier credo. El territorio de una nacionalidad ha sido también una fuente de identidad común, pero adviértase por ejemplo que el proyecto nacional de la España de las Cortes de Cádiz buscó erigirse a pesar del inmenso océano que separaba a Iberia de América², y que el nacionalismo judío se sostuvo durante largo tiempo sin territorio alguno. En cambio, poseer un sentido de la historia ha sido esencial, al menos desde la segunda mitad del siglo XVIII³, para la unión de toda sociedad constituida en Estado soberano o

² En otro estudio he intentado explicar la idea de nación y nacionalismo en la Cortes de Cádiz (Vizcaino 2000).

³ Me refiero no sólo a la Revolución Francesa de 1789, sino también a la Estadounidense y al proceso político, literario y revolucionario de España de finales del XVIII y principios del XIX.

que aspira al mismo. Ernest Renan sostuvo en *Qu'est-ce qu'une nation?*, su famosa conferencia de 1882, que la nación no es esclava ni de su raza, ni de su lengua, ni de los mares, ni de la dirección de cadenas de montañas. Una gran agregación de hombres, escribió, crea una conciencia moral que se llama nación y ésta “es la consecuencia de un largo pasado de esfuerzos, de sacrificios y desvelos; el culto a los antepasados es el más legítimo de todos. Un pasado heroico, grandes hombres, la gloria, he aquí el capital social sobre el cual se asienta una idea nacional” (Renan 1882: 83, 85). Desde este punto de vista, la cohesión de un pueblo y su permanencia a lo largo de los siglos corresponde en cierto modo al acopio de su memoria colectiva, mientras que –por lo contrario– arruinar una nación a veces exige devastar sus museos y bibliotecas, sus monumentos, templos y archivos. También, claro está, su lengua, su condición racial, su fe y su territorio.

En la fenomenología de la memoria de las naciones, Anderson (1991) ha dado una contribución extraordinaria al mostrar, mediante el análisis del museo, el censo, el mapa y la “biografía” de la nación, que el nacionalismo es una forma alterada de la consciencia histórica. Los usos nacionalistas de la memoria colectiva imaginan la nación como un ser eterno, cuyas partes se mueven uniformemente y cuyo origen es incierto: unas veces se considera algo totalmente nuevo; otras, en cambio, como una continuidad histórica.

Debo agregar, como intentaré justificar adelante, que el “tiempo nuevo” y el “tiempo viejo” o la interrupción y reanudación de la historia o cualquier otra combinación con la que cada biografía nacional imagina su pasado, está relacionado en realidad con los intereses políticos. Carlos María de Bustamante (1843) es el arquetipo de una biografía de México que nace con la Independencia o, acaso, renace luego de trescientos años de presencia española. Alamán (1850), en contraste, representa la continuidad de un pueblo que inicia en el siglo XVI y donde la herencia española es ponderada y, sobre todo, valorada. En Bustamante la biografía de la nación está unida al proyecto político de los liberales; en Alamán, al de los conservadores. El nacionalismo no tiene ningún sentido sin los intereses creados de las elites. Así, modificando un poco el argumento de Anderson, habrá que decir que la nación es una comunidad imaginada, sí, pero por el grupo político en el poder o que aspira al poder. Por ello, hay que repetirlo, el nacionalismo no es la historia, sino los usos posibles de la historia leída y releída por las elites políticas.

El nacionalismo tampoco es la economía, ni la raza, ni las costumbres, ni el territorio, ni la cultura, sino la utilización política de todo ello. El petróleo, que durante más de medio siglo ha constituido uno de los pilares centrales de los recursos que capta el Estado mexicano, sin duda es un factor económico central para el país. Pues bien, éste en sí mismo no constituye un elemento de la identidad nacional sino hasta el momento en el que, por diversas razones, el gobierno mexicano mediante

el discurso, la educación, la invención de la historia lo transforma en un símbolo. Símbolo que a su vez sirve para exaltar la nacionalidad y la soberanía, para construir la unidad, para justificar, en fin, las decisiones públicas del Gobierno. No entraré aquí en el problema de las mediaciones necesarias para explicar el proceso de construcción simbólica y cómo, al final, no sólo es una imagen que el Estado emplea sino, también, que el pueblo reclama. Lo indispensable es advertir que los elementos materiales, sentimentales o simbólicos no constituyen el nacionalismo sino hasta que se utilizan por una acción planeada o predeterminada para legitimar un proyecto político. La Reforma Agraria, el Ejido, el indio, y otros elementos de la identidad de este país han sido también utilizados. Son igualmente esa compleja materia prima con la que funciona el nacionalismo.

Es cierto que existen factores materiales o subjetivos: la lengua, el territorio, la solidaridad, que por sí mismos crean una identidad colectiva. Pero aún las características de la identidad pueden o no constituirse en el objeto del nacionalismo. La Virgen de Guadalupe, por ejemplo, es sin duda el símbolo de identidad más significativo en la mayoría social mexicana, pero no es hoy utilizado por la acción nacionalista del Estado (y creo que la Iglesia no aceptaría compartir con éste el poder que ello implica). La condición racial mestiza, otro ejemplo, se constituyó en un elemento del nacionalismo fundamentalmente en la segunda mitad del siglo XIX y durante las primeras décadas del XX, pero no antes y en la actualidad no se puede considerar como un objeto significativo para la

construcción del imaginario nacionalista. Recordemos también que al término de la guerra de Independencia y hasta los años posteriores a la Revolución de 1910, el rechazo de los españoles y España implicaba construir la identidad propia. Posteriormente, sin embargo, en los años treinta el cobijo de los españoles republicanos se volvió un elemento que usado para exaltar el carácter solidario del mexicano. Del sentimiento antichino de principios del siglo XX se podría argumentar igualmente la temporalidad con la que un elemento se utiliza por la acción nacionalista⁴. Reiteremos los casos de Hidalgo e Iturbide: uno y otro se utilizaron alternativa y paralelamente durante el siglo XIX, dependiendo si los liberales o conservadores asumían el poder. Durante algunos periodos, incluso, la ceremonia de Independencia se llevó a cabo el 16 de septiembre –para recordar la gesta de Hidalgo de 1810– o el 21 del mismo mes –para la de Iturbide de 1821. (Plasencia 1991). Con el triunfo decisivo de los liberales sobre los conservadores, en la segunda mitad del siglo, predominó definitivamente la figura de Hidalgo, pasando Iturbide a constituirse en oscuro conservador.

En resumen, entiendo el nacionalismo como la exaltación de elementos –políticos, culturales o económicos, raciales, religiosos o históricos, subjetivos o materiales– que constituyen la identidad de un pueblo o nación. Esa exaltación se lleva a cabo en el discurso de las elites que aspiran al poder u ocupan el poder y a través los medios de

⁴ Sobre el movimiento antichino en México véase Gómez Izquierdo (1991).

comunicación, la propaganda política y la educación pública y en todo aquello que contribuye a imaginar la comunidad y a elaborar la memoria colectiva: un monumento, las festividades tradicionales, el himno, la bandera, el museo, las peregrinaciones. Hay aquí una definición implícita de nacionalismo: un discurso de las elites de una comunidad política con o sin Estado para justificar un proyecto y una idea específica de bien común. Esta definición no agota las diversas formas de concebir el fenómeno. Existen muy distintas acepciones, muchas de las cuales son excluyentes. En realidad no hay acuerdo sobre la definición de nación ni nacionalismo.⁵

Pero debo reiterar algunos aspectos del fenómeno. Primero los símbolos que utiliza el nacionalismo son muy diversos. Casi cualquier elemento de la realidad puede, si se presentan las condiciones históricas e intelectuales, ser objeto de la transformación nacionalista. El petróleo, la industria eléctrica, los ferrocarriles, un santo o una virgen, el indígena, el migrante, una guerra o cualquiera de los miles de los personajes de la historia (reales o inventados). Pero no hay que perderse en tal numeralia. Lo significativo es que cualquiera de esos elementos sean tocados, por así decir, por la acción transformadora del nacionalismo a fin de construir y legitimar una imagen de comunidad y un conjunto de instituciones que contribuyan a la unidad cultural, política y jurídica. Segundo, la acción nacionalista es la que realiza no el arqueólogo ni el ingeniero petrolero,

⁵ Un recorrido interesante sobre las distintas teorías y acepciones aparece en Smith

sino un actor social —en nuestra alegoría el orador de la plaza pública— que tiene al menos dos capacidades: dar un mensaje a un grupo, grande o pequeño, de personas y seleccionar, entre los recursos del pasado, la cultura y la naturaleza, los elementos útiles a esa acción y a sus propósitos. Hay que notar que este actor no necesariamente es alguna institución del Estado, puede serlo con propósitos radicalmente distintos una minoría cultural o una asociación civil. En cualquier caso encontramos la acción de exaltar elementos de identidad. Claro está que esto no es suficiente para comprender el fenómeno. La acción nacionalista sólo tiene sentido en la medida en que se relaciona con un proceso de unificación política y cultural de una sociedad y con el dominio de una elite sobre las mayorías. No toda la sociedad ocupa la tribuna de la plaza pública, sino sólo una parte que posee intereses creados y posee la capacidad de realizar actividades en favor de los mismos. La acción nacionalista es significativa en la medida en que sirve para construir el Estado o perpetuar una modalidad de Estado.

A estos aspectos hay que agregar otro no menos importante: el nacionalismo sirve para moderar el conflicto social. Este es, a mi juicio, un postulado central y ello explica por qué el nacionalismo aparece en toda sociedad como una ideología y una práctica simbólica para favorecer el entendimiento. Pensar en el nacionalismo como un recurso para atenuar las tensiones sociales no implica deducir que el

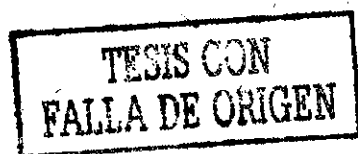
(1983) y en Jaffrelot (1993).

nacionalismo es preponderante con respecto a los otros factores que posibilitan el entendimiento y la unidad social. El orden jurídico, los arreglos institucionales, el desarrollo económico, el nivel educativo de la sociedad, etcétera, contribuyen, como el nacionalismo, al entendimiento. Éste se relaciona con muchas variables, cada una con su significación relativa. Las elites políticas casi siempre han justificado sus proyectos de gobierno, independientemente de su éxito y credibilidad, mediante la exaltación de la nacionalidad y de la unidad social. La esencia del nacionalismo ha sido el impulsar la nacionalidad y la unidad, para lo cual se ha valido, como se ha señalado, de referencias a toda clase de elementos constituidos en símbolos: los muertos, los héroes y los mapas, los enemigos de la nacionalidad y la nacionalidad misma, la raza, la lengua o la fe, la descendencia y, en fin, la promesa del desarrollo económico, la igualdad y la justicia.

Pero si el devenir del nacionalismo ha sido favorecer la unidad y la homogeneidad, hay que reconocer, igualmente la historia reciente del aumento de las conexiones internacionales y el reconocimiento de las minorías culturales. La pregunta es si en este contexto el nacionalismo aún puede responder a la necesidad histórica de las sociedades de moderar el conflicto.

Elementos del nacionalismo y algunos ejemplos históricos

En medio del conflicto que abraza toda sociedad (conflicto entre las clases y las culturas, entre las regiones y el gobierno central, entre lo



propio y lo extranjero) el nacionalismo es un recurso para moderar esas tensiones y favorecer el entendimiento. Pero el nacionalismo es esencialmente un discurso. Aunque no hay una respuesta absoluta ni acuerdo universal posible, puedo decir que al analizar diversos casos de los distintos nacionalismos de la historia de México persisten algunos elementos a lo largo del tiempo. Indistintamente de la naturaleza de los problemas, el recurso nacionalista para enfrentarlos casi siempre evoca aspectos semejantes, reales o aparentemente reales, de la nacionalidad.

Si pudiéramos analizar diversos momentos desde las Cortes de Cádiz hasta el Cardenismo, los dos extremos cruciales de la historia moderna de México, o los momentos esenciales entre una y otra época: la Independencia, la guerra con los Estados Unidos de 1848, la Reforma, el triunfo de la República sobre el Imperio, el Porfiriato, la Revolución y cada una de las micro historias que sustentan esos momentos, advertiríamos que en la acción y el discurso nacionalista casi siempre aparecen estos elementos: 1) una comunidad política a la que se llama nación, o con algún sinónimo, y corresponde a un territorio delimitado (el mapa, tanto o más que un problema plástico o de geografía, es un asunto político), 2) un enemigo de la nación externo, 3) un enemigo interno o antipatriota, 4) un llamado a la unidad de los miembros de la comunidad política, 5) una referencia a la historia y a un futuro ideal como sustento de legitimidad, 6) la identificación de un conflicto cuya solución debe asumirse en nombre de la nación y de la aceptación de cada uno de estos elementos como verdades sagradas y 7) una defensa o una exaltación de

la independencia de la nación con respecto al resto del mundo, otras naciones y en general cualquier organización fuera del ámbito y el territorio de la comunidad. Sobra decir que este orden ni es riguroso ni necesariamente excluyente de otros factores.

Los contenidos de cada uno de esos elementos cambian a lo largo de la historia. Una es la nación de la posrevolución mexicana y otra la de las Cortes gaditanas, definida como la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios. En las Cortes el enemigo externo es Napoleón; en el cardenismo, el capitalismo imperialista. Si allá el antipatriota es el absolutista y el patriota el soldado que se organiza en partidas contra los franceses, acá el patriota se condensa en el revolucionario y el antipatriota en una figura como la de Saturnino Cedillo, en rebeldía supuestamente con el apoyo de las compañías petroleras extranjeras.⁶ En Cádiz, la unidad gira en derredor de Fernando VII y a pesar de no estar clara una memoria histórica capaz de legitimar la unidad de la España europea y la americana, la tradición católica sustenta una imagen de comunidad frente al protestantismo y al ateísmo de los revolucionarios franceses. En el México de los años treinta del siglo XX la unidad se dirige también a una figura tan poderosa como la de un emperador: el presidente Cárdenas, y la historia posee un carácter igualmente sagrado, especialmente en derredor de la gesta de la Revolución de 1910. Ese sentido de divinidad lo posee en general la nación y la asamblea

⁶ Un estudio amplio sobre Cedillo puede leerse en Martínez Assad (1990).

parlamentaria soberana, que en Cádiz se le llama Vuestra Majestad y en México Bloque Revolucionario, con toda gravedad y magnificencia.

En cualquier caso aparece una idea de nación y de historia, de recelo hacia las potencias externas y de antipatria, de unidad y de conflicto. En las Cortes el problema era conservar la soberanía y la unidad de toda España, amenazada por Napoleón, por la autonomía de las Juntas Provinciales y por la insurrección americana. Con todo y las diferencias entre absolutistas y liberales, entre europeos y americanos, en los Diarios de Debates de las Cortes de 1810 y 1813 aparece, una y otra vez, un llamado de unidad en torno a una idea de nación sagrada, con su enemigo externo y su antipatriota. El 9 de enero de 1811, por citar un ejemplo ilustrativo, mientras se discutía cómo integrar a los americanos al proceso electoral que se iba a llevar a cabo por primera vez en todo el Reino, y especialmente la propuesta de que al igual que los europeos los americanos contaran con un diputado por cada 50 mil “almas”, el americano Guridi y Alcocer, de la provincia de Tlaxcala, subió a la tribuna para expresar estas ideas:

Los americanos, como hijos de los europeos, mamamos al nacer el amor a la Península, y desde la niñez nos llamamos, y nos tenemos por hijos de ella: no sólo somos españoles, sino que nos gloriamos de serlo. Pero a pesar de ello, lejos de que se nos tenga en paralelo con los españoles, estamos sumergidos en la miseria (...)

Los americanos se quejan no de las leyes, no de la nación, no de los monarcas, cuyo paternal amor han experimentado: se quejan de su desgraciada situación, de que separados de la península en tan gran distancia se forman ideas erradas de todas las cosas, no se conoce a los sujetos de mérito; y aún cuando son conocidos, quedan postergados, por no estar cerca de la fuente.

Pero no obstante todo esto, los americanos aman a la Península, de la cual jamás quieren separarse: detestan si el despotismo; y este es el único origen de sus alborotos; este amor que siempre han profesado a España, este amor a Fernando es el que enardece sus ánimos y sus corazones.

El único modo de salvar las Américas es acudir a curar esta llaga, origen de todo. Para esto no hallo medio mejor que (...) la igualdad de derechos en los frutos y en los destinos (...) importa mucho que se declare esta igualdad, consistiendo en esta declaración el que las Américas estén unidas a la metrópoli. (*Diario de las discusiones y actas de las Cortes*, 9 de enero de 1881).

El diputado de Tlaxcala en su exposición identificaba una comunidad política a la que explícitamente (en el tercer párrafo) llamaba España y (en el segundo) nación. A su vez, identificaba a “Las Américas” o a los “americanos”, es decir, una parte, a la que él pertenecía, integrante de la nación. Aunque no era su intención explícita, abría aquí la opción, como de hecho iba a suceder, de que esta parte se constituyera en un Estado o varios Estados independientes de España. Pero el discurso de Guridi señalaba a América como una comunidad distinta de la Península e integrante de España. Más aún, buscaba “salvar

a las Américas” (en el cuarto párrafo), es decir conservar la integración de estas a la Península. Aparecía aquí un conflicto implícito: la insurrección en ultramar y la posibilidad de que España perdiera esos territorios. Para evitarlo proponía una solución: el reconocimiento de la igualdad en la representación política entre americanos y peninsulares. La igualdad significaba la unidad. No aparece aquí un enemigo externo o interno, pero hay una referencia a la historia: “mamamos al nacer el amor a la Península”, con lo cual hay un principio natural y sagrado de la aceptación de esa nación, del centro político (la Península) y de su líder (el Rey Fernando VII). Implícitamente también hay un territorio dado por la referencia a España (cuyo mapa con todos sus territorios en la Península y en ultramar estaba fijado en una mesa central en el recinto de las Cortes de Cádiz) y un supuesto de solidaridad colectiva: “no sólo somos españoles, sino que nos gloriamos de serlo”.

La discusión en torno a las igualdades entre americanos y europeos fue larga y constante en las Cortes españolas de esos años de 1810 a 1813. De manera que hay muchos otros ejemplos. De entre los debates, estas palabras del diputado peninsular Pelegrin, leídas apenas dos días después de las de Guridi y Alcocer, también son ilustrativas. Este diputado, a diferencia del americano, pedía posponer la aceptación de la propuesta que igualaría la representación en las Cortes entre americanos y europeos y, sin embargo, recurría como Guridi a los siete elementos característicos del nacionalismo. Empero, aquí sí es explícito el

patriotismo, al antifrancesismo o enemigo externo, el pasado y el futuro ideal.

Las Américas, que son una gran parte del imperio Español, reclaman los cuidados y la justicia de las Cortes, para que respetada la dignidad de sus habitantes, y desenlazada su importancia, contribuyan en toda su extensión a formar la nación grande que va a renacer de las ruinas a que la había destinado la política de estos últimos tiempos.

Nuestros abuelos descubrieron en el nuevo mundo otros compañeros, hombres que agregados a la gran familia española deben sufrir sus males y sus cargas, como disfrutaban de sus beneficios y ventajas. Sean dignos del pueblo que forman, y al proclamar esta obligación que les impone la patria, les declara y sanciona sus derechos, no son otros, ni pueden ser más ni menos que los que pertenecen a sus hermanos los europeos. La justicia del Congreso, y su sabia previsión no puede consentir que la mitad de sus súbditos se acuerden alguna vez que hay diferencia en su familia, y que los lazos que los unen a la madre patria no son ni tan íntimos ni tan magníficos. Vean nuestros hermanos americanos, que ya somos unos, como conviene, y se les ha dicho sin fruto algunas veces, y vean que la amable nación a que pertenecen les dicta la ley con igualdad en el peligro y en la prosperidad.

La representación que solicitan en las Cortes es conforme a sus derechos, la exige el interés de la nación, que necesita de toda la energía y concurrencia de sus hijos para salvar su independencia, y será uno de los vínculos más sólidos para sostener nuestro edificio político a pesar de la distancia que físicamente los divide.

La unidad y la opinión que forma la fuerza de los Estados, se logran siendo unos mismos los estímulos para la seguridad de las empresas; y siendo unos mismos los males políticos para que sea uno el interés de remediarlos. De este principio procede la justicia y la confianza con que una nación habla con sola una voz a sus hijos, los empeña en sus obligaciones, y les manda su obediencia. Sería muy indiscreta si faltase a esta armonía, dividiendo la opinión y disminuyendo su poder. Los españoles todos formarán de aquí en adelante sólo un pueblo, y la política de la Francia no verá por más tiempo las leyes, las costumbres, y las prácticas que han disuelto nuestra fuerza para halagar la ambición de los tiranos.

Es muy difícil que para las Cortes actuales se puedan elegir los diputados en América uno por cada cincuenta mil almas, y estando además acordada su representación según lo han permitido las circunstancias extraordinarias, parece que declarando a los españoles americanos el derecho de elegir diputados según el número de almas que sirve de regla en Europa, no debe hacerse una novedad como inútil hasta la constitución; pues el ejemplo de las provincias de la península, que no tienen el total de sus diputados, la clase de estas cortes, junto con el peligro de la patria, bastará para hacer ver a nuestros hermanos de América que están respetados sus derechos, y sancionado el principio de que somos y seremos unos mismos para defender nuestra Religión santa, para rescatar a nuestro adorado Rey, y señalar los destinos de la nación a que pertenecemos. (*Diario de las discusiones y actas de las Cortes*, 11 de enero de 1811)

El diputado Pelegrín centraba su exposición en la unidad como condición para resolver los conflictos: “de este principio procede la justicia y la confianza con que una nación habla con solo una voz”. Y

supeditaba la petición de los americanos a la unidad y la independencia. Establecía así el meollo de la acción nacionalista: favorecer el entendimiento, exaltar la unidad entre los diversos grupos y culturas y justificar un proyecto político de acuerdo al interés de una fracción de la elite política.

El mismo principio yacía 150 años después en la Cámara de Diputados de México frente a la rebelión de Saturnino Cedillo, quien osó disentir de la forma en que se repartían las tierras entre los campesinos. Se trata de otro ejemplo de los muchos que podríamos estudiar. El 19 de mayo de 1938, ocho meses antes de la su muerte y del fin efímero de su Rebelión de las Palomas, el Bloque Revolucionario de la Cámara de Diputados abrió un paréntesis para condenar la “doble traición: al movimiento revolucionario de México y a nuestra Patria”, de Cedillo y a su vez aprobar una declaración de apoyo al presidente Cárdenas, quien en palabras de Miguel Ángel Menéndez Reyes, que hablaba en nombre de los diputados de Yucatán, era como el “Juan Bautista de Rodin que predica desnudo y convence con su honrada desnudez”. El Bloque condenaba al antipatriota, llamaba a la “unidad nacional revolucionaria”, apoyaba religiosamente a su presidente y explicaba este “obstáculo” de la Revolución, y en general todos los obstáculos de las revoluciones desde 1810, como resultado de la “reacción” y del capitalismo internacional. Así como en España –explicaban los representantes de Tlaxcala en voz del diputado Mora Plancarte- “la reacción y el fascismo internacional soliviantan a un general desprestigiado, así también en nuestro país era

de esperarse que la reacción y los intereses del capitalismo internacional trataran de apoderarse de la conciencia de alguno de los generales, para hacer que enarbolara la bandera de la traición y lanzarlo contra las instituciones del Gobierno del General Cárdenas”. (*Diario de la Cámara de Diputados*, 19 de mayo de 1938).

Los ejemplos de Cádiz y, siglo y medio después, de Saturnino Cedillo evocan contextos, problemas y soluciones distintas. No obstante, en cualquiera de estos dos casos y sin duda en muchos otros entre una y otra época, aparecen los elementos de un marco más o menos fijo constituido por esos siete elementos que he anotado: la nación y el territorio, un enemigo externo y otro interno, la unidad, la historia sagrada, la independencia y un conflicto cuya solución debe asumirse en nombre de todo lo anterior. “La nación –suele decirse no sin hipocresía– siempre está por encima de los intereses particulares.

Dos lados de la teoría

La significación política y social del nacionalismo radica en estos elementos esenciales tanto como en su influencia sobre el mundo moderno y en la importancia que éste ha dado al nacionalismo. Esta influencia ha sido interpretada de muy diversas formas, de entre las cuales dos han sido preponderantes. Una en donde el Estado es la condición fundamental del nacionalismo; otra, donde lo es la cultura.

En realidad no existe una teoría verosímil; por el contrario, como han advertido diversos autores (por ejemplo Anderson 1993: 19, Hargreaves, 1960: VI-VII), no hay acuerdo ni para definir el fenómeno ni para explicar su papel en la sociedad. Además, si bien el nacionalismo se presenta en todo el mundo en cada caso es distinto, según las particularidades históricas de la nacionalidad y de los grupos principales de la acción nacionalista. Como ha escrito Smith (1995: 150), la doctrina del nacionalismo provee no más que un marco básico para el orden social y político en el mundo y debe ser completado por otras ideas de sistemas y por las circunstancias particulares de la situación de cada comunidad. Por ello el nacionalismo unas veces sirve a los gobiernos centrales y otras a las minorías culturales, unas es moderado y otras extremo, racista y xenófobo o liberador y anticolonialista.

El nacionalismo se ha abordado preponderantemente como un fenómeno ceñido a un territorio y un Estado, con el que coincide una población y una nación (Hobsbawm 1992; Gellner 1983, 1997). Aquí el Estado-nación es la noción dominante que da sentido al fenómeno, ya porque es el objetivo de la acción nacionalista ya porque es el ordenamiento jurídico, político y social que lo explica y lo contiene. Supone además una serie de hechos históricos: el nacionalismo data del siglo XVIII, surgió en Europa, especialmente en torno a la Revolución Francesa, y se extendió por el mundo a lo largo de los siglos XIX y XX. En cierta forma siguió la ruta de las migraciones europeas, la colonización y la industrialización y la democracia, de donde se

desprende que los países menos desarrollados económica y políticamente conocieron el nacionalismo mucho tiempo después, hasta finales del XIX y principios del XX, luego de la formación de los Estados alemán e italiano⁷. De este evolucionismo se llegó al extremo, incluso, de imaginar el nacionalismo como una suerte de sustancia activa que conforme se expande se diluye. Mientras el nacionalismo inglés o francés de los siglos XVII y XVIII condensan la sustancia que vivifica el fenómeno, los nacionalismos “tardíos” de América y más aún de África y Asia, ya se presentan como menos naturales y más artificiales. Sígase, por ejemplo, este recorrido de Hayes:

El nacionalismo es moderno. Tuvo su origen y su desarrollo en Europa y fue implantado en América y en las demás regiones de civilización occidental por influencia europea y siguiendo el ejemplo de aquel continente. [...] Desde el siglo XVI, miembros de diversas nacionalidades europeas han emigrado allende los mares llevando consigo sus lenguas y sus culturas tradicionales. Así fue como América se repartió entre las nacionalidades Francesa, Española, portuguesa e inglesa. [...] De aquí que las

⁷ Señalar la aparición original de un fenómeno en cualquier sociedad, de donde luego se hereda al mundo, a veces es más un motivo de orgullo de los gobiernos que un argumento de verdad. Si el privilegio de invención del espagueti, la imprenta o el cine todavía está en disputa, el mérito de la creación del nacionalismo es más complicado y, en realidad, un ejercicio estéril por el simple hecho de que el fenómeno aparece simultánea y gradualmente en muchos países, en cualquiera de los cuales siempre habrá algún elemento para construir “el primer caso”. Aún así, a contra corriente de la generalidad, Anderson sostiene que el nacionalismo criollo americano, en especial en la Nueva España, precedió al europeo, lo cual se explica por la necesidad de diferenciarse de la metrópoli y construir una comunidad imaginaria coincidente con los nuevos Estados en formación de las Américas (Anderson 1993: 77-101). Este argumento ha sido reiterado por Florescano (2001: 397).

nacionalidades en América puedan ser descritas como nacionalidades secundarias o subnacionalidades (Hayes 1960: 1-9).

Tanto o más que Hayes, Hans Kohn ha normado buena parte de la investigación, desde la aparición de su libro *The Idea of Nationalism* en 1944, siguiendo dos principios: el nacionalismo supone la presencia del Estado moderno y adquiere importancia política no medio siglo antes de la Revolución Francesa:

El nacionalismo presupone la existencia, de hecho o como ideal, de una forma centralizada de gobierno en un territorio grande y definido. Los monarcas absolutos, que abrieron el paso al nacionalismo, crearon esa forma; y la Revolución Francesa, llenó la organización central con un espíritu nuevo, dándole una fuerza de cohesión desconocida antes” (Kohn 1944: 17).

Hay que observar, sin embargo, que Kohn se refería al Estado como “ideal” o como “hecho”, lo cual le llevó a suponer que el nacionalismo, al menos en sus primeras manifestaciones, surgió mucho tiempo antes de la Revolución francesa y no necesariamente requiere que el Estado, como realidad objetiva, le anteceda. Si el Estado es el ideal o el objeto del nacionalismo, entonces el Estado como realidad material no necesariamente lo precede ni es una condición fundamental. En otras partes de su obra, insistió en que el nacionalismo es un estado del espíritu de un pueblo e insistió en la importancia de un sentido colectivo de la historia para que el nacionalismo se desarrolle. Por ello, sostuvo que fue

en los pueblos antiguos, el griego y en particular judío, donde incubó el nacionalismo. El pueblo judío, que careció de territorio y de una forma centralizada de gobierno durante siglos.

Así, la condición fundamental de la conciencia nacional, el acopio común de los recuerdos del pasado y de las esperanzas del futuro, que impregnaran a todo un pueblo y que determinan su mente y aspiraciones, se desarrollaron por primera vez entre los judíos, expresándose con mayor firmeza que nunca después. Su conciencia histórica proyectó unidad en los acaeceres del tiempo, compaginándolos estrechamente en el todo de la historia nacional. El concepto de la historia universal como un proceso unitario, y con un papel central asignado a la nación judía, asoma, a partir de Amós, cada vez con mayor claridad en la literatura hebrea. La tarea del hombre como vehículo moral y activo de la historia –primero de la nacional, luego de ésta trabada en la textura de la universal– era algo cierto desde los días de Moisés en que se pactó la Alianza, y fue cobrando su expresión definida con las palabras de los profetas. La ruta de la historia era un camino hasta su fin, el Reino de Dios. Aquí se proclamó por primera vez el mesianismo, nacional y universal, pero siempre con el elemento nacional como su centro (Kohn 1944: 43).

La obra de Kohn de hecho es la historia del nacionalismo desde los tiempos de Abraham hasta la primera mitad del siglo XVIII. Así, en oposición al principio del Estado–nación como condición del nacionalismo, se podría decir que Kohn nos enseña precisamente que el nacionalismo es la expresión de un pueblo que aspira a la forma centralizada de gobierno, al Estado y al reconocimiento de su soberanía; y, a su vez, que existe una interdependencia e interacción entre uno y

otro: el nacionalismo favorece el desarrollo del Estado y el Estado, una vez constituido, la expansión del nacionalismo.

El nacionalismo es una idea, una idea-fuerza que inunda el cerebro y el corazón del hombre con nuevos pensamientos y sentimientos, llevándolo a traducir su conciencia en hechos de acción organizada. La nacionalidad, de consiguiente, no es tan sólo un grupo al que mantiene unido y con vida la conciencia común, sino que también es un grupo en busca de expresión, en cuanto a lo que él considera la forma suprema de la actividad organizada, el Estado soberano. Mientras a una nacionalidad no le sea posible obtener esta consumación, se satisface con alguna forma de autonomía o de organización preestatal que, sin embargo, siempre tiende, en el momento de la “liberación”, a desenvolverse en un Estado soberano. El nacionalismo exige el Estado Nación; la creación de éste fortifica a aquél. Aquí, como en otras ocasiones históricas, hallamos una interdependencia y una interacción continuas.” (Kohn 1944: 29)

Aunque en un sentido muy distinto al de Kohn, Ernest Gellner dio mayor impulso a la tesis según la cual el Estado es la condición fundamental del nacionalismo. El tema lo analizó por primera vez a mediados de los años sesenta (Gellner 1964), lo desarrolló en *Nations and Nationalism* (1983) y dio su última palabra en 1997 en su obra póstuma *Nationalism*. Gellner siguió el argumento de que el nacionalismo está supeditado a la forma centralizada de gobierno. Empero, a diferencia de Kohn, se refirió al Estado como un hecho material y al nacionalismo como la expresión de la homogeneización del Estado contemporáneo. Definió el nacionalismo como un principio

político que hace coincidir una cultura, un Estado y un determinado territorio y estableció como una de sus condiciones que los gobernantes pertenecieran a la misma cultura que el conjunto de la población. Dado que no todas las sociedades nacionales están dotadas de un Estado, sostenía que el problema del nacionalismo no surge en sociedades sin Estado, puesto que si no existe un Estado, uno no puede preguntarse si sus fronteras coinciden con los límites de la nación; y si no hay gobernantes, no habiendo Estado, nadie puede plantearse si ellos son parte de la nación. Gellner argumentó, además, que el nacionalismo no surge en todos los Estados sino sólo en los que corresponden a la era industrial. Tiene en éste un profundo arraigo dado que el industrialismo, decía, requiere de una homogeneidad. “No es que el nacionalismo imponga la homogeneidad; el nacionalismo es la expresión de la necesidad objetiva de la homogeneidad”. (Gellner 1983: 4, 46).

La tesis de Gellner, sin embargo, no explica la existencia de diversos nacionalismos sin Estado. Tampoco, el hecho de que el nacionalismo muchas veces rebasa las fronteras de los Estados o que muchos movimientos nacionalistas se constituyen para luchar contra el Estado. Por otra parte, el asunto de la homogeneización es sin duda una necesidad del Estado de las sociedades industriales, pero se puede decir que la homogeneización de una sociedad es expresión de muchas otras necesidades y muchas otras causas: la primera, quizá, tratándose de nacionalidades en busca de un Estado, la de alcanzar precisamente un Estado reconocido internacionalmente. La acción colectiva para este fin

requiere promover una cultura más o menos homogénea para diferenciarse del resto de la población y para lograr eficacia en su acción. Insistamos en el ejemplo del pueblo Judío cuyo nacionalismo –como se ha anotado antes– pervivió durante siglos aún antes del Estado de Israel y en el Kurdo que ha desarrollado un nacionalismo basado en una cultura y la tradición propias, y en mucho menor medida en la aspiración de una forma centralizada de gobierno.

Hasta aquí, según se deduce de Kohn y Gellner, el nacionalismo no se presenta sin la existencia del Estado. Aunque para el primero el Estado puede ser un referente posible, un objetivo del nacionalismo; mientras que para el segundo el Estado es una condición material que necesariamente precede el nacionalismo y en donde éste resulta de las necesidades objetivas de la centralización institucional y de la industrialización.

En las páginas que el lector tiene en las manos se considera, sin duda, el Estado, pero más en el sentido de Kohn. El nacionalismo, es una fuerza ideológica que resulta del Estado o bien que busca la construcción del Estado. En cualquier caso, hay una interacción entre aquel y éste. No sostengo que el Estado haya dejado de constituir un referente del nacionalismo, sino que el nacionalismo puede presentarse antes del Estado, durante el proceso de construcción del Estado y después de la consolidación de éste. El nacionalismo sirve a quienes aspiran a una forma centralizada y soberana de gobierno como a quienes pretenden

perpetuarla. El Estado, entonces, es un elemento que a veces puede presentarse como una causa, a veces también como una realidad a la cual contribuye el nacionalismo.

A diferencia de la concepción difundida en derredor de Kohn, Hayes y Gellner, otro punto de vista ha dado menos importancia al Estado y, en cambio, ha sostenido la tesis de que la identidad colectiva constituye la fuente principal del nacionalismo. Aquí el punto de partida implica distinguir entre Estado y nación, entendida ésta como cultura, como un grupo de personas que comparten elementos materiales y simbólicos. El argumento ha adquirido fuerza en las últimas dos décadas con motivo del resurgimiento de los etnonacionalismos, los nacionalismos de las minorías culturales y religiosas, los nacionalismos transfronterizos y en general por la emergencia de características del nacionalismo que no se pueden explicar bajo el marco del Estado.

La literatura de esta corriente de opinión es inmensa, pero uno de sus principales exponentes ha sido la revista *Nations and Nationalism* y particularmente su director, Anthony Smith. *Nations and Nationalism in Global Era* (1996) es, entre las obras más recientes de Smith, la que aborda el tema de manera más amplia, aunque la tesis la había expuesto mucho antes en *Theories of Nationalism* (1983). Entonces escribió:

El estudio del nacionalismo necesita ser reorientado para tomar en cuenta no sólo las nuevas fuerzas asociadas con la Revolución francesa y las

revoluciones industriales, sino también la permanencia de viejos parentescos y sentimientos. El nuevo foco del estudio, sin negar factores como capitalismo, urbanización, burocratismo y ciencia, debe considerar la etnicidad y el resurgimiento étnico (Smith 1983: x).

Smith favoreció el rompimiento de la concepción del Estado como condición fundamental del nacionalismo y de la Revolución Francesa como referente histórico imperioso. A partir de entonces, cada vez más se ha dado cabida a los estudios de los nacionalismos periféricos, contestatarios, étnicos y de las nacionalidades sin Estado.

El argumento central de Anthony Smith es distinguir entre nación y Estado (Smith 1983: 174-180). Aunque esta diferenciación, de la cual intento abundar en el capítulo cuarto, es cada vez más aceptada, a principios de los años ochenta cuando aparece en una nueva edición revisada de su libro sobre las teorías del nacionalismo, constituía una idea poco aceptada. Por ello Hobsbawm decía:

Al igual que la mayoría de los estudiosos serios, no considero la nación como una unidad social primitiva ni invariable. Pertenece exclusivamente a un periodo concreto y reciente. Es una entidad social sólo en la medida en que se refiere a cierta clase de Estado territorial moderno, el Estado-nación, y de nada sirve hablar de nación y de nacionalidad excepto en la medida en que ambas se refieren a él (Hobsbawm 1991: 17, 18).

En realidad la distinción entre los conceptos de Estado y de nación había aparecido muchas décadas antes con el problema de las naciones sin Estado, otrora concebidos con frecuencia como sociedades tribales sin reglas. Sin embargo, a partir de la segunda guerra mundial las naciones sin Estado comenzaron a interpretarse sin ese sentido negativo, como un sistema social de trabajo de las sociedades primitivas de África y Asia (Southall 1966) o como expresión de los Estados multinacionales occidentales con especial referencia a Europa Central y del Este, Rusia y el Reino Unido (Janowsky, 1945). Gradualmente esta segunda perspectiva predominó y comenzó a aceptarse el criterio de que en realidad casi no existen Estados culturalmente homogéneos sino identidades colectivas integradas a un Estado o minorías culturales diferenciadas del resto de la población con un alto grado de autonomía y un territorio delimitado (con lo cual se ha excluido a inmigrantes, cuyo problema es de otra índole). En *Nations Without States* Minahan (1996) sistematiza las características, la situación actual y la historia de múltiples naciones sin Estado de todo el mundo (para México, incluye a Yucatán).

Ciertamente a partir de los años noventa la distinción entre Estado y nación ya es un criterio más aceptado, por ejemplo en Guibernau (1998) o Kymlicka (1995), aunque éste lo asume siguiendo la tradición teórica norteamericana y la especificidad histórica de la federación canadiense. Igualmente para Oommen (1997: 47-54) la distinción entre Estado y nación constituye un argumento central, que construye, aquí sí,

en discusión directa con Smith y otros autores europeos. En México, Gilberto Giménez, siguiendo a Oommen, ha aceptado que “hoy ya no se admite la idea de que Estado y nación sean entidades intercambiables” (Giménez 2000: 50).

Pero estos ejemplos, sin embargo, no muestran que haya dejado de utilizarse nación y Estado como sinónimos. Por el contrario, creo que en las ciencias sociales predomina la idea de que la aspiración histórica del Estado-nación realmente se conquistó. Se da como un hecho histórico y el concepto se emplea como principio metodológico. Así, desde el punto de vista del “estadista” la nación se concibe, en términos generales, como una unidad político territorial o como una sociedad en la que el Estado es la institución última a la que son leales los individuos y los grupos. Esta idea de nación permite explicar el nacionalismo como un fenómeno del Estado. Pero la concepción difundida en torno a Smith, Kimlicka y Oommen ha favorecido que las ciencias sociales se preocupen cada vez más por los movimientos nacionalistas étnicos que luchan contra el Estado. Movimientos que eran llamados secesionistas, antinacionales, regionalistas o de cualquier otra forma menos nacionalistas. Anthony Smith, en cambio, los llamó nacionalistas. Movimientos con la misma importancia del nacionalismo del Estado.

Smith buscó la fuente del nacionalismo en la nación y la de ésta en la etnicidad o la cultura. Desde este ángulo, Smith ha concebido la nación como un extenso y politizado grupo, con una cultura y un origen común

(Smith 1983: 176). Este grupo puede adquirir cinco categorías distintas: tribu, etnia, nación, nación-Estado y Estado-nación, dependiendo si posee al menos una cultura diferenciada o si de hecho ejerce una soberanía sobre un territorio (Smith 1983: 187-189). Este principio metodológico es coherente con su definición de nacionalismo: “un movimiento ideológico para alcanzar y conservar el autogobierno y la independencia en nombre de un grupo, algunos de cuyos miembros conciben éste como una actual o potencial nación como otras” (Smith: 1983). Aquí la especificidad cultural e histórica del nacionalismo aparece en oposición al principio general del Estado-nación. Su libro *Nations and Nationalism in a Global Era* (1995) abre reiterando que el fenómeno deriva su fuerza de “la presencia de esta o aquella nación específica la cual transforma en absoluta” (Smith, 1995: VIII). Esto significa, por tanto, que el nacionalismo depende de la herencia cultural particular y las formaciones étnicas.

Si Anthony Smith rompe con la tesis estatista de Kohn, Hayes, Gellner, Hobsbawm, etcétera, también muestra un punto de vista totalmente opuesto a los autores que a mediados del Siglo XX denostaron el nacionalismo totalitario (por ejemplo Paz 1950, 1966; Rocker (1942). Su visión, incluso, no incorpora como factor central del análisis la violencia, en la historia reciente, suscitada por los nacionalismos étnicos. La subsume al principio esencial de la nación como un grupo en movimiento por la defensa de lo que a ese grupo le parece necesario y justo: la independencia y la conservación de su

identidad. Esto lo distingue de autores contemporáneos que juzgan el etnonacionalismo principalmente a partir de la violencia que desatan.⁸

La tensión entre el Estado y las minorías

La aportación de Smith ha sido distinguir entre el Estado y la nación, considerando ésta como cultura en sus diversas formas, desde tribu – cuando un grupo posee al menos una cultura diferenciada– hasta nación– Estado o Estado–nación –cuando el grupo es soberano en un territorio delimitado. Esta concepción nos ofrece una perspectiva metodológica para reconocer a las minorías culturales integradas a los Estados y, sobre todo, entender el nacionalismo de esas minorías. Este ángulo de investigación es el que aquí he elegido. Primero porque permite explicar lo que es evidente: ese auge de nacionalismos contra los gobiernos centrales en todo el mundo. Pero lo más importante es que, a su vez,

⁸ “La cultura de la sangre –a diferencia de la cultura de la escritura- está ligada a la exaltación de las identidades, a la lucha revolucionaria y a la defensa de las patrias. [...] y peores son esas sanguijuelas de la identidad étnica que convocan a la lucha, a la lucha contra los vampiros neoliberales: el resultado es la guerra atroz que desgarrar a las sociedades balcanizadas. Todo ello en nombre de la sangre que dibuja las fronteras entre culturas y religión” (Bartra 1999: 11-13). “Las similitudes [del fundamentalismo] con diversos fenómenos étnicos/nacionalistas son evidentes. [...] Probablemente, un visitante extraterrestre vería la exclusividad y los conflictos étnicos, la Xenofobia y el fundamentalismo como aspectos del mismo fenómeno general. Hay, empero, una distinción importante. El fundamentalismo proporciona un programa detallado. La llamada de la etnicidad o de la lengua no proporciona absolutamente ninguna orientación de cara al futuro, ni siquiera cuando se forman Estados nuevos basándose en esos criterios. Es simplemente una protesta contra el Statu quo [...] Porque a diferencia del fundamentalismo obtiene su fuerza de la pretensión de poseer la verdad universal. El nacionalismo por definición excluye de su esfera a todos los que no pertenecen a su propia “nación”, es decir a la inmensa mayoría de la raza humana (Hobsbawm 1991: 185-186)

explica el nacionalismo de Estado, aunque esto no lo desarrolló Smith. Una vez que la comunidad política apoyada en su nacionalismo ha logrado su independencia y la soberanía constituyéndose así en una nación con Estado, ejerce un nacionalismo que podemos llamar de Estado. Está claro aquí que el nacionalismo se explica por su desarrollo, que inicia en un movimiento étnico o regional contra el Estado. Para decirlo rápido, el nacionalismo pasa de ser un movimiento “instituyente” a un proceso “instituido”. Una vez constituido el nacionalismo de Estado, este adquiere su propia lógica y ésta no se entiende tampoco si no consideramos que al interior del nuevo Estado existen minorías culturales que habrán de desplegar su propio nacionalismo. El nacionalismo de Estado entrará en tensión, inevitablemente, con otros nacionalismos de los grupos que quedaron integrados al Estado. Así, tanto por su origen como por su dinámica, la explicación del nacionalismo de Estado no puede excluir la etnicidad o las identidades minoritarias.

Mi definición de nacionalismo –que he buscado sea lo más operativa y esencial– como una utilización de elementos de una nación por parte de una elite política, comprende el movimiento para alcanzar un Estado o bien para sostener un Estado ya consolidado. El problema en Anthony Smith, aún siendo correcta su concepción de que la nación y el nacionalismo tienen por fuente principal la especificidad cultural e histórica, es que se centra en el nacionalismo étnico. Considera fundamentalmente el movimiento político por la independencia de una nación; un movimiento contra el Estado. Pero no desarrolla el

nacionalismo de esas naciones que han alcanzado la forma del Estado. Esto en parte se explica porque el interés principal de Smith está en los movimientos nacionalistas actuales y no en el desarrollo del nacionalismo histórico de los Estados ya consolidados. También se explica por su esfuerzo por romper con el eurocentrismo, lo cual es válido para dar explicaciones a problemas que no se podrán comprender desde el estatismo. Empero, excluye del análisis lo que desde mi punto de vista sigue siendo central: el nacionalismo de los gobiernos centrales. Considerar la cuestión de Quebec, el País Vasco o Cataluña, sin considerar la existencia del nacionalismo del Estado español o del gobierno central de Canadá es improcedente, por la simple razón de que esos nacionalismos regionales no sólo se explican por su especificidad cultural e histórica, sino también porque se enfrentan al nacionalismo de Estado. Por otra parte, Smith no desarrolla la relación de estas culturas con sus propias minorías, ya sean inmigrantes o población autóctona. En realidad el nacionalismo de Quebec entra en tensión no sólo con el nacionalismo federal, sino también con las identidades y grupos culturales indígenas al interior de Quebec.

Gilberto Giménez piensa que es “empíricamente falso que todas las naciones tiendan naturalmente a crear su propio Estado, ya que existen muchas que deliberadamente renuncian a ello y prefieren mantenerse dentro de uno multinacional (v.g. los catalanes en España). Por eso, siempre es mayor el número de naciones que el de los Estados” (Giménez 2000: 49). Mi punto de vista, en cambio, es que las naciones

no “renuncian”, sino que quedan sometidas a los gobiernos centrales conformándose, en el mejor de los casos, con algún grado de autonomía en un Estado multinacional. Por lo demás, Cataluña es todo lo contrario: el mejor ejemplo de una nación que aspira a la autonomía plena desde el siglo XVII. De hecho, en la época actual la historia oficial de Cataluña explica su integración a España como resultado de una imposición en la Guerra de Secesión. Creo, pues, que toda nación tiende al Estado, pero hay que reconocer también que esa nación a su vez integra grupos que potencialmente reclaman algún grado de autonomía. De manera que hay un movimiento continuo de construcción y destrucción. Una nación se constituye en Estado. El Estado impulsa la nación. El Estado-nación abriga la posibilidad de su desintegración por las naciones que en su interior aspiran también a su soberanía.

El nacionalismo es una permanente tensión entre la universalidad del Estado en un espacio definido por un territorio y una jurisdicción y la especificidad de las identidades locales y culturales muchas de las cuales están integradas a un Estado, o bien rebasan las fronteras de los Estados. Existen, al menos, dos grandes movimientos nacionalistas: el que construyó el Estado y está asociado a éste y el de las nacionalidades que buscan derechos de nacionalidad que incluso llegan a la demanda de la secesión. Nacionalismo de Estado y nacionalismo de las identidades sin Estado.

La historia de México es ilustrativa; podría estudiarse siguiendo la tensión entre un nacionalismo que busca dominio, consenso y homogeneización, emprendido por el Gobierno y ciertas instituciones de la sociedad –el guadalupanismo, uno de los movimientos que más han contribuido a la homogeneización, es una prueba de que este tipo de nacionalismo no es monopolio del Estado– y, por otra, las identidades de las minorías locales y étnicas. El choque entre lo universal y lo particular. Ya desde finales del siglo XVIII, por ejemplo, Félix María Calleja, el virrey que más efectivamente combatió la independencia en la Nueva España, muchos años antes de ocupar ese cargo advirtió a la Corona, tras un viaje de inspección por lo que ahora son los límites de Jalisco, Zacatecas, Aguascalientes, Nuevo León y Tamaulipas, de la necesidad de fortalecer la integración de esas regiones a la soberanía de la Corona vitalizando el dominio y el “patriotismo”; para ello solicitó, además de mejorar las milicias provinciales, aumentar la presencia del pendón y escudo de armas reales, las ceremonias católicas y el uso del castellano. Era la lógica universal del hispanismo. Los informes de Calleja, hoy en el Archivo General de Simánacas, datan de 1790⁹.

Cuatro años después, en el *Sermón de Guadalupe* Servando Teresa de Mier llevó al podio de la ceremonia del 12 de diciembre, donde se reunían el virrey y las autoridades eclesiásticas y administrativas del

⁹ Una reflexión amplia sobre los informes de Calleja los elaboró Juan Ortiz. “Dos relaciones histórico-geográficas de Félix María Calleja”, ponencia presentada en el Seminario sobre Guerra de Independencia, Instituto Mora, noviembre 25, 1996.



Virreinato, su exaltación de la cultura náhuatl como símbolo de la especificidad novohispana y como negación de la homogeneidad pretendida no sólo por Calleja sino por toda la Corona. El *Sermón*, dado la mañana de ese 12 de diciembre de 1794, estaba dirigido a variar la época de la pintura de la Virgen y probar que el evangelio había sido predicado en las Américas por el apóstol Santo Tomás, en cuya tilma se habría estampado, desde el primer siglo de la Iglesia, la imagen de María¹⁰. Servando modificaba, así, la tradición y la historia oficial y, sobre todo, el esfuerzo hispanista de la Corona del cual se había hecho eco Calleja.

La tesis de Mier podría ser errónea, pero lo importante era su intención. Al cambiar la historia, quitaba a los españoles la paternidad espiritual y justificación primera de la Conquista y dominio en las Américas, amén del ícono de Guadalupe, hasta ese momento monopolio de las instituciones de la Corona. Estaba cambiando el dominio de los símbolos: la uniformización pretendida por todo gobierno central. Por lo demás, daba a la “nación del Anáhuac” una identidad original con lo que se diferenciaba del hispanismo. Cualquier nación americana sería más feliz, más original y orgullosa al creerse bautizada por la mano de un apóstol de Jesús que mediante la espada de sus conquistadores.

¹⁰ No existe a la letra el *Sermón* de Mier, sino tres conjuntos de apuntes en los que basó su discurso aquel 12 de diciembre, presentados por él mismo en su defensa. Éstos y los documentos del juicio inquisitorial conformaron el expediente titulado “Causa formada al Dr. Fray Servando Teresa de Mier, por el sermón que predicó en la Colegiata de Guadalupe el 12 de diciembre de 1794” (Mier 1794).

El *Sermón* era la exaltación de “los jeroglíficos nacionales” y le costó a Mier el destierro y 15 años de cárcel en España¹¹. Así de significativa era, y aún es, la tensión entre el esfuerzo ideológico del gobierno central, el nacionalismo de Estado y los movimientos que hacen de la diferencia un instrumento ya para la construcción de una identidad específica, ya para avanzar en su propia autonomía cultural y política. Adviértase finalmente que mientras se exaltaban los símbolos y jeroglíficos americanos y se perjudicaba al Imperio, se beneficiaba la religión y la institución eclesiástica. Mas no la iglesia del Imperio, sino la local, la que finalmente descollaría con la Independencia y, en realidad, con la construcción del nuevo Estado.

Tenemos, hasta aquí, dos elementos: el Estado, entendido como instituciones que buscan el dominio apoyándose en el consenso y la homogeneización de los valores y símbolos, y lo particular, apoyado en lo étnico como exaltación de lo específico. Es de suponerse que uno y otro se oponen pero también se complementan. Primero porque el centro puede hacer uso de lo étnico para ejercer su dominio; segundo porque en las elites del poder puede haber miembros de alguna etnia y de hecho los ha habido –los cincuenta años que comprenden los gobiernos de Juárez y Díaz son muy importantes para la conformación del Estado en México–;

¹¹ Véase su memoria de lo que le sucedió en Europa (Mier 1946).

y tercero porque la síntesis étnica, el mestizaje, constituye un elemento de homogeneización con respecto a la raza, la cultura y las costumbres.¹²

Hoy, al iniciar el siglo XXI, el país está en una situación que en relación a la de finales del siglo XVIII obviamente es cualitativa y cuantitativamente muy distinta. Muchos factores favorecieron la construcción del Estado. La Independencia y el triunfo de la República sobre el imperio de Maximiliano fueron real y simbólicamente el triunfo de la soberanía, el triunfo de la diferenciación entre lo propio y lo extranjero. Y la revolución de 1910, especialmente es su fase posarmada, no careció del impulso nacionalista como negación de lo no propio. La nacionalización del petróleo fue el momento más acusado de la derrota de “los intereses no nacionales”. Una situación, pues, que en relación a la de finales del siglo XVIII obviamente es cualitativa y cuantitativamente muy distinta. Empero, después de todo, cómo negar que persiste, y con mucho vigor, la tensión entre la lógica universal de dominio del Estado y la etnicidad como instrumentación de lo diverso. En realidad, no todo es oposición entre Gellner y Smith: hay un nacionalismo de Estado y un nacionalismo étnico, los cuales al tiempo que se contradicen se complementan.

¹² La síntesis étnica no es exclusivo de la construcción de los Estados nacionales de América. “La síntesis nacional que fue una de las consecuencias importantes de la construcción histórica de los Estado Nación europeos en los cuales se plantea de manera aguda el problema de las minorías étnicas surgidas de la inmigración, puede concebirse como una reconciliación de los universal y lo particular” (Crowley 1993: 271).

Tres tipos de nacionalismo

Es posible, en este punto, hacer explícito lo que en mi consideración son tres grandes formas nacionalistas. La primera, y más obvia, corresponde al Estado y su necesidad de dominio y legitimidad. En este caso, el nacionalismo favorece la conservación del orden, un territorio indiviso, el respeto a las leyes generales de la nación, la unidad. Se trata de lo que aquí he llamado nacionalismo de Estado. La segunda, menos explícita, es la que corresponde a las instituciones de la sociedad civil: la iglesia, los grupos económicos, los medios de comunicación. El guadalupanismo en México, por ejemplo, ha sido durante siglos un continuo sistema de prácticas religiosas y movilización social que ha contribuido, tanto o más que la exaltación nacionalista de cualquiera los grandes episodios históricos de México: la Independencia, la guerra de 1848 con los Estados Unidos, el triunfo de la República sobre el Imperio y la Revolución Mexicana, a la identidad compartida y a la formación de una conciencia histórica y, con ello, a la unidad, a cierta homogeneización cultural y religiosa. El nacionalismo de Estado convoca a la movilización social; el guadalupanismo, en cada una de sus pequeñas y grandes peregrinaciones, también es movimiento: en el saco del campesino, en el pecho del obrero, en las canciones y el arte, en el hogar y en el patio de la vecindad, en la aventura de la pincelada que retrata al devoto y a la Virgen, pero también en el largo viaje del peregrino que comparte con muchos otros el destino del santuario. Guadalupe es plaza de re-unión,

comunidad imaginada¹³. ¿Cuántos otros ejemplos? El equipo olímpico o de fútbol, una compañía llamando a la conciencia del consumidor a fin de comprar lo “nacional” y, en fin, el folclorista que danza y a un tiempo quema la bandera extranjera. En cualquier caso, el nacionalismo de Estado como el de la mayoría social contribuyen a la uniformización y crear un sentido de comunidad.

Una tercera forma de nacionalismo es la exaltación de los elementos de identidad de minorías étnicas y de las identidades regionales integradas al Estado. Mientras el nacionalismo de la sociedad civil en cierta forma complementa el nacionalismo de Estado, el que corresponde a las minorías se opone. En el ámbito de los nacionalismos, el conflicto más importante consiste en la contrariedad entre el nacionalismo que esgrime el gobierno central y aquel mediante el cual las minorías nacionales y étnicas se diferencian de la mayoría social.

No son absolutamente excluyentes, sin embargo, estas tres formas nacionalistas. A veces se sobreponen y complementan. Una estimula el desarrollo de la otra y viceversa. El momento más intenso del nacionalismo oficial ocurre cuando más se ha desarrollado las

¹³ Benedict Anderson, en *Comunidades imaginadas* (1993: 77-101), especialmente en el capítulo “Pioneros criollos”, ha explicado cómo el viaje, en particular la peregrinación religiosa, contribuye a la formación de esa “comunidad imaginada” que es la nación.

identidades de las minorías. La hipotética integración absoluta volvería innecesario el nacionalismo de Estado.

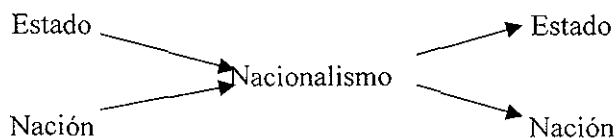
Nación, Estado y nacionalismo

La nación no es sinónimo de Estado, pero posee una relación con éste. Primero, como identidad colectiva que aspira a constituir un Estado; segundo, como identidad colectiva que se construye o perpetúa por la acción de un Estado ya constituido. En una circunstancia, el Estado es objeto de la nación; en otra, ésta lo es del Estado. Sigo aquí a el principio de Hans Kohn: la nación no sólo es un grupo unido y animado por una conciencia común; es también un grupo en busca de la forma de expresión más elevada: el Estado soberano o alguna forma de autonomía. A su vez, la creación del Estado, o alguna forma preestatal de gobierno, fortalece el nacionalismo y con ello la nación (Kohn, 1944: 29). Se trata, en realidad, de un proceso complejo: nunca sabemos exactamente dónde comienza la acción del Estado y dónde la de la nación o las naciones. Pero esto en realidad no es significativo, sino aceptar que se trata de un proceso continuo de interdependencia e interacción. En cualquier caso el nacionalismo es un recurso significativo: sirve a los movimientos sociales que luchan por la construcción de un Estado independiente y, a su vez, al Estado para la tarea de ejercer la soberanía y reproducir la idea colectiva de nación, según los dos principales tipos de nacionalismo: el de las minorías o de las naciones sin Estado y el federal o del gobierno central. En el primer caso la máxima aspiración del nacionalismo es construir un Estado, el Estado-nación con el reconocimiento pleno de la

comunidad internacional; en el segundo, perpetuar el Estado y la unidad entre los miembros de la nacionalidad.

Visto así, el nacionalismo es un recurso esencial e imprescindible de las sociedades contemporáneas. Es parte del debate universal en torno al conflicto entre el Estado y las minorías. Sirve para dominar o para resistir la dominación. Nos conduce, en un extremo, al poder del Estado, su hegemonía y necesidad de conservar indiviso el territorio y la soberanía. En otro, a la posibilidad de la secesión, pues pocas veces una minoría nacional fuerte, integrada a un Estado más amplio, renuncia a su anhelo de constituirse independiente, y, para ello, el nacionalismo es un medio fundamental.

No diré aquí, ni tampoco estará implícito a lo largo de mis interpretaciones, que el nacionalismo crea el Estado ni que el Estado crea el nacionalismo. En realidad lo que existe es una interacción entre nacionalismo y Estado y entre nacionalismo y nación. Esta idea se puede ilustrar mediante el siguiente esquema.



La aparición del Estado y la nación a ambos lados del nacionalismo indica que tanto el Estado como la nación contribuyen al

desarrollo del nacionalismo y que una vez que se presenta el nacionalismo se favorece el Estado y la nación. El diagrama no indica que la nación y el Estado posean como única causa el nacionalismo, sino que se benefician del nacionalismo. Ahora bien, al referir el Estado y la nación, referimos en realidad a muchos otros factores, como instituciones, gobierno, territorio, representaciones políticas o relaciones exteriores; cultura, lengua, historia, raza, etcétera. Por tanto, lo que el diagrama propone es entender que el nacionalismo se relaciona con múltiples variables, de las cuales se beneficia y con las cuales contribuye. Este principio metodológico supone además que una vez establecidas las múltiples variables del fenómeno, en cualquiera de éstas puede establecerse el centro de la investigación e inferirse cómo se relaciona con el nacionalismo, sin que por ello se deduzca que la variable enfocada es preponderante con respecto a las otras ni que se ha elaborado una teoría absoluta para explicar el fenómeno. La selección de una variable, en este caso, no es sin embargo una cuestión de azar, sino el resultado de una reflexión para explicar algún aspecto del nacionalismo. Hay que decir, además, que las variables están implicadas históricamente. Que en una época la defensa del territorio y la raza hayan sido elementos significativos, no implica que lo sean en otras épocas y en otras sociedades.

Propongo, pues, estudiar el nacionalismo como un fenómeno relacionado con múltiples variables, las cuales pueden aparecer como condición del nacionalismo o como características que se benefician de la

acción nacionalista o en ambas circunstancias. Nunca existe un factor determinante, aunque la significación de cada uno de los factores cambia históricamente.¹⁴

Desde mi punto de vista estos factores han sido fundamentalmente cuatro. Los primeros, la homogeneización (cultural, jurídica y política) y la centralización; ya sea que se trate del Estado-nación o de una nación sin Estado, el nacionalismo está relacionado con el proceso de unificación de la población y con su integración en torno a un centro político. Tanto o más importante, ha sido la diferenciación entre los miembros de la comunidad política y los que no lo son. Además, el nacionalismo ha estado asociado con el dominio de una elite. El nacionalismo es parte de los intereses creados, políticos y económicos, intelectuales y culturales. La acción nacionalista ha servido para el dominio y ha sido tan útil que ningún grupo en el poder ha renunciado a su ejercicio.

Como la nación y el Estado, estas cuatro fuerzas: centralización, homogeneización, diferenciación y dominio, favorecen el nacionalismo y a su vez se benefician de éste. Sin embargo, hay que decir que el argumento se complica. A partir de los años ochenta en México, y en muchos otros países, hay un cambio en el nacionalismo: decrece en importancia y modifica algunos de sus contenidos (como muestro en el

¹⁴ La idea central de este planteamiento en cierta forma sigue la propuesta

capítulo sexto). El problema es cómo explicar ese cambio, si el argumento sostiene que los factores que impulsan el nacionalismo son a su vez impulsados por el nacionalismo, para que éste a su vez se favorezca por aquellas, conservándose una inercia que podría imaginarse infinita: factores—nacionalismo—factores— nacionalismo.

El cambio, desde mi punto de vista, se explica por al menos tres procesos recientes externos al diagrama: la globalización, la democracia y el avance del multiculturalismo. Estos modifican en muy diversos sentidos las variables a las que históricamente ha estado asociado el nacionalismo. Y en realidad modifican muchos corolarios asumidos respecto a la nación y el Estado.

metodológica del sistema multivariable de Lipset (1960: 51-55).

IV CÓMO ESTUDIAR EL NACIONALISMO HOY

Frente a la fórmula histórica “un Estado, un pueblo, una nación”, las ciencias sociales de hoy exploran, cada vez más, el reconocimiento del carácter multinacional del Estado y las interconexiones entre la sociedad internacional y la vida política doméstica.¹ Y, más aún, se han ocupado de la relación entre estos factores con el nacionalismo, específicamente del nacionalismo de las minorías. Aquí igualmente considero la globalización y la multinacionalidad pero con relación al nacionalismo de Estado. Esta perspectiva abre problemas que no siempre se perciben si limitamos nuestra concepción al Estado cerrado y homogéneo o a la relación entre globalidad y nacionalismo étnico. Desde mi punto de vista han existido dos inconvenientes preponderantes en la investigación en los años recientes: asumir una concepción de Estado como un sistema soberano y autocontenido y desatender el nacionalismo de Estado en el contexto de la globalización y la multiculturalidad². Lo primero ha ocurrido porque no hemos en realidad asumido una concepción en la que el Estado y los actores sociales tienen que legitimarse ante la comunidad internacional, la vida política y económica doméstica se halla implicada

¹ La bibliografía de la teoría reciente acerca de estos temas es enorme. Sobre la multinacionalidad, me he beneficiado fundamentalmente de los estudios de Smith (1995: 85-115), Kymlicka (1995, 1996, 1998), Guibernau (1998), Brown (1998), Miscevic (2000) y Minaham (1996). Y sobre la globalidad, de Held (1991, 1999), Beitz (1991), Pozas (1999, 2000), Arditti (2000) y Bokser y Salas-Portugal (1999).

² En el capítulo introductorio he anotado la preponderancia de los estudios dirigidos al nacionalismo étnico en la agenda de investigación actual.

en los sistemas globales y la sociedad internacional a través de sus instituciones económicas, penales, culturales, militares y económicas interviene en los países cada vez con mayor legitimidad y “derecho”. Lo segundo ocurre porque ha predominado el principio de que el nacionalismo de Estado es un fenómeno del Estado cerrado y culturalmente uniforme. Pero debemos preguntarnos cómo puede convivir este nacionalismo –otrora antidemocrático, corporativista y receloso de las potencias extranjeras– con la democracia, la multinacionalidad y la apertura al mundo. ¿Por qué sigue siendo necesario? ¿Por qué en México los referentes nacionalistas a la historia, al antiimperialismo, a las corporaciones o a la soberanía, comenzaron a sustituirse por un nacionalismo liberal y de vocación internacional? ¿Por qué si el gobierno central pierde capacidades, intervención y control puede aumentar entre la población el sentimiento de “orgullo nacional”?, ¿por qué, en fin, ha llegado a ser así el nacionalismo en los tiempos de la globalidad y la multiculturalidad?

Los problemas que se nos presentan son, en fin, numerosos y radicalmente distintos si logramos cambiar nuestras concepciones asumidas para pensar el nacionalismo, en cualquiera de sus modalidades, como un fenómeno interconectado con la diversidad y la globalidad. En las siguientes páginas exploro, primero, lo que en mi consideración constituyen las características fundamentales del Estado multinacional; enseguida, una idea del Estado y sus interconexiones con los sistemas

globales; y, finalmente, cómo ambos aspectos están vinculados con los cambios del nacionalismo actual.

El Estado Multinacional

En el discurso político como en la teoría persiste el supuesto de que a cada Estado corresponde una nación³. La expresión “Estado nación” es tan común que incluso “Nación” y “Estado” se usan indistintamente. Es así porque la nación o el pueblo es la justificación última, ideológica y política, de cualquier Estado; amén de que éste no es necesariamente una mera imposición de unos cuantos caudillos sobre una población, sino muchas veces la expresión de una identidad colectiva que necesita regular la convivencia, el intercambio y la cooperación. Toda nación tiende a desarrollar un Estado, el cual, a su vez, se erige en sostén de la organización y continuidad de la nación.

Pero huelga decir que ni todo Estado resulta de una evolución histórica “natural”, ni toda nación se convierte en Estado e, incluso, la nacionalidad puede llegar a ser un obstáculo para la unidad estatal. Más bien encontramos, en una rápida observación del mundo, muchas “naciones sin Estado” integradas a un Estado ya sea por conquistas, por arreglos y donaciones de territorios entre imperios, ya por divisiones

³ Algunos ejemplos de ello los he expuesto en el capítulo anterior.

fronterizas de cualquier otra índole- o bien Estados que son la expresión política de varias naciones y del arreglo entre éstas⁴.

Del Estado Nación y del Estado Multinacional

La noción “Estado Multinacional” difiere de “Estado Nación” en varios sentidos. Primero por su metodología: distingue entre nación, en sentido sociológico, y Estado; considera que el Estado tipo no es el que coincide con una nación sino el que envuelve a más de una; observa el mundo y las regiones siguiendo las fronteras culturales tanto, o más, que las geográficas que dividen a los países.

Segundo, hay una diferencia de contenido y diagnóstico: el paradigma del Estado multinacional no niega la existencia de los Estados, pero fundamentalmente observa las culturas, lo cual es más complejo y revela problemas que aparentemente no existen desde el punto de vista del Estado Nación. A la pregunta sobre cuántos Estados existen en el mundo hay una respuesta relativamente fácil: 185, según el reconocimiento de la ONU. En cambio es casi imposible numerar las culturas o las minorías nacionales de todo el globo. Ello depende de una concepción sociológica o antropológica de nación y, muchas veces, de un arreglo político o jurídico al interior de cada Estado y en el orden

⁴ La obra de Minaham (1996) es un interesante mapa contemporáneo de las naciones sin Estado. La reflexión de Kimlicka (1995: 10-73) me ha sido especialmente ilustrativa.

mundial. ¿Es Hawai una nación como los son Quebec, Kosovo o Palestina? ¿Si a los inuit se les ha reconocido el territorio autónomo de Nunavut, con una jurisdicción especial en la federación canadiense, tienen el mismo derecho los mayas en México, Guatemala y Belice?

De todo esto se desprende una tercera diferencia. Si hay una metodología y unos problemas distintos también existen arreglos, políticas públicas y una agenda internacional distinta frente a los problemas. Bajo el paradigma multinacional, las políticas del gobierno central se realizan no para las provincias o departamentos, sino en consideración de los pueblos o naciones. Lo mismo ocurre mundialmente; Naciones Unidas, organizaciones no gubernamentales o instituciones como el Banco Mundial o la Unión Europea pueden llevar a cabo programas de desarrollo financiando a Estados que reconozcan y otorguen derechos a las minorías o bien directamente a éstas y sin la mediación de los gobiernos centrales. Recordemos, por ejemplo, el Informe de la Comisión Mundial para la Cultura y el Desarrollo (1996:21-77) que sugiere con un vigoroso consenso modificar las políticas de la agenda internacional y emprender programas y acciones directamente con las culturas, aún si para ello es necesario poner en duda el concepto de la soberanía del Estado nación. Pero el esquema multinacional sirve no sólo para la paz y el desarrollo. También para la guerra. Samuel Huntington (1996), quien supone una nueva organización mundial cuyo sillar son las culturas, no los Estados,

propone una alianza de Estados Unidos y Europa para defender Occidente de las otras civilizaciones.

El problema de la soberanía

En la distinción entre el Estado nación y el Estado Multinacional el asunto de la soberanía es esencial. El tema atañe a dos aspectos fundamentales de la vida del Estado. Primero, a su exclusividad como gobierno central –independientemente del origen de sus miembros y los medios por los que llegaron al poder– para dictar leyes generales dentro de la comunidad política, ejercer sanciones, conducir las relaciones con el exterior y establecer tratados internacionales. Segundo, a su capacidad, dentro de un sistema jurídico y un territorio delimitado, para controlar la vida de las instituciones públicas –especialmente la policía, el ejército y el banco central–, la interacción política y la regulación de los conflictos sociales.

Exclusividad y capacidades son los ejes del concepto de soberanía. Ésta es el monopolio y la capacidad de una autoridad para normar y establecer sanciones a una sociedad dentro de un territorio delimitado. Empero, hay grados de esa autoridad. En algunos Estados se concentra casi toda en el gobierno central, mientras que en otros se delegan a la sociedad y a los gobiernos locales muchas competencias tanto para

normar como para ejercer la coerción⁵. Sobra decir que la bibliografía sobre el tema y el tema mismo es enorme y está fuera de los objetivos de este estudio. Empero, cabe reconstruir algunos aspectos a fin de entender las diferencias entre el Estado nación y el multinacional desde las perspectivas de la soberanía.

La soberanía, entendida como capacidades y monopolio del gobierno central, ha sido un proceso de construcción gradual desde el siglo XVI. Entonces Jean Bodin sostuvo en sus *Six Livres de la République* que la “soberanía es el poder absoluto y perpetuo constituido en una república” y estableció como su principal atributo “crear la ley obligatoria en todos los temas en general y en cada caso en particular”⁶. Bodin escribió, frente a la ausencia de soberanía general, para centralizar el poder y el derecho y, frente a la guerra religiosa que assolaba Francia, para construir la paz y formas de gobierno estables. Desde entonces el ideal de las monarquías, particularmente durante el absolutismo del siglo XVIII, fue hacer imperar una sola legalidad y, a su vez, reducir la autonomía de principados o casas reales. La existencia de dos o más soberanías, muchas de ellas traslapadas al interior de cada Estado o incluso allende sus fronteras, hacía extremadamente compleja la vida social y política. Con el tiempo se uniformó la legalidad y homogeneizó

⁵ Una reflexión interesante sobre la soberanía al interior y al exterior del Estado contemporáneo aparece en Beitz (1991). Sobra decir que la bibliografía es enorme.

⁶ La obra se publicó en francés en 1576 y en inglés en 1606. Cito la edición de 1964: 25, 43.

la cultura y se creó el ideal del Estado nación. Ello gracias a un proceso paulatino y gradual que alternó con diversas guerras revolucionarias. Pero el victorioso proceso de formación del Estado nación no eliminó por completo aquella condición del Estado: la diversidad de culturas, la realidad multinacional.

La soberanía es en el fondo la disputa esencial en uno y otro modelo de Estado. En el Estado nación la soberanía radica en el gobierno central y acaso en las provincias según un principio de descentralización de las obligaciones y derechos administrativos y políticos. En cambio, en el Estado multinacional la distribución de competencias implica sobre todo otorgar derechos especiales y diferenciados a las culturas que forman parte del Estado. Pero lo más importante es que el control de la sociedad no se distribuye conforme a un principio de descentralización según los territorios del Estado sino siguiendo las fronteras culturales.

Si en el Estado nación la soberanía es un complejo sistema de competencias entre el gobierno central y el local, en el multinacional la complejidad es aún mayor. Las identidades culturales no sólo amenazan el monopolio del poder sino que se constituyen fundamentalmente de manera cultural; demandan otros derechos, incluso la independencia, y no sólo la participación en un esquema descentralizado de gobierno.

En el Estado nación el municipio es la célula, la base, de un amplio sistema administrativo, jurídico y político; la base de una pirámide en cuya parte más alta se halla el gobierno central o federal. En el Estado multinacional un poblado con una identidad propia no es la base de la pirámide de la mayoría social; simplemente no es parte de esa mayoría social. Constituye una sociedad con un derecho particular y demanda un trato especial y a su vez de igualdad con las otras naciones en las instancias de debate y decisión central. No adapta sus leyes a las federales sino que posee las propias.

En el esquema multinacional, el objetivo de que las decisiones de las autoridades federales se realicen en el ámbito local es no sólo poco probable sino en cierta forma ilógico. Los poblados reconocidos como una nacionalidad distinta aspiran a construir su propia soberanía. Constituyen una pirámide aparte cuyo tamaño y peso no están en función del número de sus miembros (puesto que son una minoría) sino de su derecho a constituir una nación, acaso integrada a un Estado más amplio y, por tanto, a compartir el poder con las otras nacionalidades, que siendo mayoría casi siempre controlan el gobierno central. El peso de la minoría en el orden federal no está –al menos formalmente– en función de su tamaño sino de su existencia como nación.

El Estado Multinacional no es sino el triunfo de las minorías; el reconocimiento de su derecho colectivo en un Estado que antes no

reconocía sino los derechos individuales y cuyo proyecto histórico de siglos fue la unificación legal, política y cultural⁷.

Si la soberanía es un concepto de un proceso relativo que va del gobierno central que demanda todo el poder hasta el gobierno que lo comparte, el Estado multinacional es el extremo de la distribución de ese poder. En el Estado multinacional el gobierno ha perdido gran parte de su autoridad y en cambio han ganado libertad no tanto los ciudadanos sino las minorías culturales. Con ello quiero señalar que uno es el principio: compartir el poder en función de las identidades, y otro el grado. Pero la separación entre el gobierno central y las autonomías tiene un límite. Rebasado éste la consecuencia lógica es o bien la secesión o bien la desintegración del Estado. En el espacio que va quedando entre la soberanía que detenta el gobierno central y el que reclaman las minorías subsiste el mayor riesgo de la integridad de los Estados contemporáneos.

⁷ Aunque en los últimos años ha habido una explosión de estudios sobre las minorías nacionales, no cabe duda que el tema comenzó a abordarse para explicar los movimientos nacionalistas de las minorías aplastadas durante la segunda guerra mundial, principalmente en el este y centro de Europa. De esa época data la obra pionera de Janowsky *Nationalities and National Minorities* (1945). Una obra fundamental para explicar el desarrollo desde 1945 de los derechos de las minorías y grupos nacionales es la de Natán Lerner. Sobre estos derechos ha sido fundamental en la historia reciente y en la teoría el principio de Charls Taylor (1991): el Estado y las instituciones públicas deben tratar a los individuos de acuerdo a su especificidad cultural, es decir de acuerdo a la cultura (o nación) a la que pertenecen, como un acto de justicia y de reconocimiento de su dignidad. La política del reconocimiento implica, por tanto, la defensa y fomento de los grupos y culturas minoritarias. Kimlicka (1995, 1996, 1998) ha logrado sistematizar la política del reconocimiento en las sociedades democráticas.

Cuanto más crezca ese espacio más crece la posibilidad de la desintegración del Estado. Así el Estado multinacional se nos presenta como una posibilidad de ordenar la diversidad pero también como el riesgo de destruir el Estado.

Hasta hace poco imaginamos enterrado bajo la modernidad del Estado la idea de que la soberanía, necesariamente asociada a un territorio, corresponde a los habitantes originarios que constituyen una cultura. Pero este principio ha encontrado en los movimientos políticos, y de algún modo en el desarrollo de la investigación antropológica, los suficientes argumentos como para recuperar un cierto consentimiento. De aquí se sigue muchas veces este argumento: en el pasado la soberanía se entregó al gobierno de otra nacionalidad en consideración de ciertas circunstancias, pero dadas las nuevas condiciones la soberanía o algún tipo de autonomía al menos debe regresar al pueblo que otrora la cedió como resultado de una imposición o en aras de un pacto que ya no es necesario sostener⁸. Esta idea ha venido a debilitar a los gobiernos centrales, fortalecer las minorías y contribuir al Estado Multinacional.

⁸ Esta es la tesis de, entre otros, Luis Villoro. Tuve la oportunidad de escucharla de su propia voz en una reunión académica en Tepoztlán en julio de 1998 en la que estuvieron entre otros Andrés Lira, Guillermo de la Peña, Magdalena Gómez, Jan de Vos, Rodolfo Stavenhagen y Héctor Díaz Polanco. Una transcripción de las discusiones quedó inédita, quizá a causa de que, como decía Magda, muchas de las cosas que ahí se dijeron no eran políticamente convenientes para el zapatismo. El único resultado público fue un manifiesto para seguir discutiendo el tema de los derechos indígenas aparecido en octubre de 1999 en la revista *Memoria*. Véase Luis

Las relaciones de parentesco constituyeron durante mucho tiempo bases sólidas de la asociación política. Sin duda el desarrollo del Estado nación fue modificando esas relaciones. Su maduración implicó el paulatino decrecimiento de la asociación basada en el parentesco. Mientras el Estado se consolidaba, la importancia de aquellas decrecían. Sin embargo, no desaparecieron del todo y en los últimos años han ganado consenso las opiniones a favor de preservarlas e incluso otorgarles reconocimiento jurídico y político.

Las sociedades de parentesco constituyen uno de los elementos que igualmente se contraponen a la idea del Estado nación y, a su vez, contribuyen al fortalecimiento del Estado multinacional. Las ligas genéticas pesan tanto como las políticas, no obstante la gran ola democrática de los últimos veinte años. Mientras el Estado nación se constituye y legitima distanciándose o hasta negando los vínculos de parentesco, no considerando los vínculos de la sangre ni aún la condición originaria de los naturales de un territorio sino las obligaciones y derechos de las personas por igual, el Estado multinacional sí reconoce estos elementos. Son incluso la base de la

Villoro (1998) para una versión amplia de la posición del autor sobre el tránsito del Estado autoritario al Estado plural.

distribución de las obligaciones y los derechos de las culturas que cohabitan dentro del sistema jurídico federal⁹.

En pocas palabras el concepto de soberanía, entendido como normatividad y control de un gobierno central o federal, ha perdido mucho de su sentido en el ámbito del Estado multinacional. En cambio, los valores asociados al parentesco y la originalidad de los habitantes están ganando peso y espacios. Y continuarán en ascenso. Para los pueblos que se miran a sí mismos como dependientes, la conquista de un Estado independiente seguirá siendo objeto de sus aspiraciones. Difícilmente se renuncia al valor simbólico de ocupar un lugar en la asamblea de naciones.

Nación y tipos de Estado multinacional

La noción de Estado multinacional requiere, entonces, pensar a la nación en su sentido sociológico y cultural, antes que estatal. Así, la nación es una parte de la humanidad con un conjunto de imágenes y símbolos compartidos. Nos refiere a una comunidad histórica, organizada, asentada en un territorio y cuyos miembros comparten costumbres y poseen sentimientos de pertenencia sustentados en uno o varios de los

⁹ La ciudadanía y los derechos diferenciados ha sido tratados, entre otros, en Kimlicka (1995: 107-129), en Tierney (2000) y en un estudio comparativo interesante en Stavenhagen (1996).

siguientes elementos: una lengua y un pasado común, una raza, una geografía o una religión¹⁰.

Esta concepción se asemeja a la de cultura o pueblo, en donde el sustento y la identidad colectiva aparecen como necesidades primordiales del individuo. Coincide con la del Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo Sobre Pueblos Indígenas y Tribales (1989), que en los últimos años ha adquirido un lugar esencial en la legislación internacional de protección de las minorías. El Convenio se refiere a los pueblos indígenas como a aquellos “que están regidos total o parcialmente por sus propias costumbres o tradiciones o por una legislación especial” y, además, “descienden de poblaciones que habitaban en el país, o en una región geográfica perteneciente al país, antes de la época de la conquista o la colonización o del establecimiento de las actuales fronteras estatales y que, cualquiera que sea su situación jurídica, conservan sus propias instituciones sociales, económicas culturales y políticas, o parte de ellas”. El Convenio no utiliza el concepto de pueblo como sinónimo de nación, puesto que este término en el derecho internacional corresponde al de Estado. Queda claro, sin embargo, que “pueblo” coincide con el sentido sociológico de nación aquí asumido. El Estado multinacional, entonces, es el que envuelve o integra a dos o más naciones o pueblos.

¹⁰ Una reflexión reciente y amplia sobre la redefinición del concepto de nación puede verse en Seymour (2000) y en Oommen 1997.

Si es necesario diferenciar entre Estado nación y Estado multinacional también hay que distinguir entre éste y la noción de Estado multiétnico o multicultural. Will Kimlicka, uno de los autores que más se han ocupado del tema, establece una definición para minorías nacionales y grupos étnicos y explica que a un Estado multinacional corresponde el derecho, reconocido o no, de las minorías nacionales; y, a uno multiétnico, el de los grupos étnicos. Por minoría nacional entiende una sociedad distinta y potencialmente autogobernada, pero incorporada a un Estado por sucesos históricos como conquistas, donación de imperios o por acuerdos entre potencias. En cambio, lo que explica la existencia de los grupos étnicos es el proceso de inmigración de quienes dejaron su nacionalidad para incorporarse a otra sociedad. En esta definición el factor clave es el territorio: las minorías nacionales ocupan territorios, no así los inmigrantes. (Kimlicka, 1995:12-19). Estados Unidos de América es un buen ejemplo de Estado multiétnico y, Canadá, de Estado multinacional. En cualquier caso se aplica la idea de multiculturalismo. Aunque este término refleja, además, muchos otros procesos culturales: el surgimiento del movimiento feminista, los estudios de género, el cambio de la moral sexual, la apertura en la educación y la política y el impacto de las nuevas migraciones.

“Todos somos multiculturalistas ahora”, ha escrito en Estados Unidos Nathan Glazer (1997). La expresión resume muy bien la

explosión multicultural contemporánea. Sin embargo, precisamente porque incluye todo y a todos puede volverse confusa. De ahí la necesidad de delimitar las fronteras, o acaso los traslapes, entre multiculturalismo, multiétnicidad y Estado multinacional. Todos somos multiculturalistas, es cierto; pero no todos lo somos en el mismo sentido.

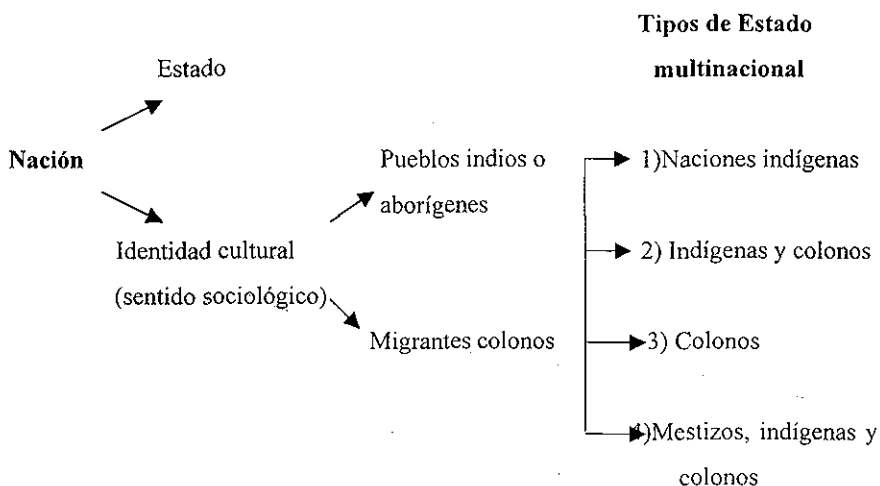
La coexistencia de más de una nación, como imágenes y símbolos compartidos por una comunidad humana en un territorio, es el componente fundamental del Estado multinacional. Sin embargo el concepto es mucho más complejo de lo que parece en Kimlicka. Los pueblos que ocupan territorios en algún momento han sido pueblos de inmigrantes. Aún así creo que podemos explorar los principales tipos de Estado multinacional. Quebec se constituye mediante un proceso de migración, conquista y colonización de territorios de América del norte. La comunidad anglófona de Canadá, a su vez colonizadora, constituye otra identidad. Ambas, a su vez, coexisten con los pueblos originarios (que llamamos así por el hecho de que llegaron antes no porque no sean como los europeos inmigrantes, como se asume sin ninguna discusión). Así, al menos, tenemos dos tipos de naciones o pueblos: indígenas e inmigrantes colonos.

Canadá es uno de los ejemplos más destacados de Estado multinacional. Engloba además de las culturas inglesa y la francesa, varias de pueblos originarios: la de los Inuit, Métis e indios, entre los

cuales a su vez hay varias categorías. Si bien se trata de un Estado unitario para los asuntos más esenciales de moneda y política exterior, posee un complejo sistema jurídico y federado con el que se ha buscado organizar la diversidad. La cultura mayoritaria, de aproximadamente 45%, es la anglófona, y las minoritarias la francófona (25%) e indígenas. Esto, sin embargo, no ha negado el reconocimiento y el derecho de estos grupos minoritarios. Uno encuentra, por ejemplo, que el sistema legal está basado en la *English common law*, excepto en Quebec, donde rige la *French law prevails*. Es cierto que los pueblos indígenas, minoritarios con respecto a éstos, no han tenido las mismas prerrogativas. Empero, en los últimos años, cada vez se reconoce más sus derechos. Existen reservaciones con una cierta autonomía y a partir de abril de 1999 la región de los Territorios del Noroeste se dividió para crear Nunavut. El parlamento, a su vez, posee sistemas de representación especial en correspondencia con el Estado multinacional.

Una “ciudadanía diferenciada” deviene, al final, de este complicado esfuerzo por acomodar las minorías y las nacionalidades. Kimlicka (1996) ha explicado que esta ciudadanía diferenciada posee tres derechos básicos: auto gobierno, multietnicidad y representación especial. Esta disimilitud resulta, y a la vez es causa, del precepto de que la igualdad se sustenta en reconocer y ubicar la diferencia. En otras palabras, aceptar que Canadá es un Estado multinacional, no un Estado nación. Una verdad que pocos gobiernos están dispuestos a reconocer.

Hipotéticamente podríamos hacer abstracción, con lo dicho hasta aquí, de algunos elementos básicos de la conformación del Estado multinacional y deducir cuatro tipos, como se muestra en el siguiente esquema.



El primer tipo de Estado Multinacional es el que envuelve a dos o más naciones indígenas o aborígenes y en donde la población de inmigrantes europeos colonos no existe o es casi nula. Ejemplos de este tipo son algunos de los Estados de Africa Central: Burundi y Ruanda, República Democrática del Congo, Tanzania. Muchos de estos Estados

dominan sobre grupos étnicos que poseyeron una cierta organización y delimitación de territorios naturales hasta que, a causa de las necesidades de administraciones colonialistas, Occidente los envolvió en fronteras y Estados. En consecuencia, comunidades diversas quedaron o bien divididas por las fronteras creadas, o bien obligadas a convivir unas con otras dentro de la soberanía del nuevo Estado. Las tensiones de esa convivencia forzada se contuvieron mientras existió el dominio de las potencias extranjeras, pero con el fin de la colonia se han desatado diversas guerras entre los grupos étnicos. Uno de los más graves y conocidos de los años noventa son los casos de los pueblos Hutu y Tutsi, obligados a una difícil convivencia tanto en Burundi como en Ruanda, dominados por Bélgica hasta 1962. El segundo tipo de Estado Multinacional es el que engloba naciones indígenas y a otra u otras de colonos, casi siempre migrantes europeos. Se ha citado el caso de Canadá, pero muchos otros, especialmente donde hubo migraciones anglosajonas, son ejemplos interesantes: Australia, Sudáfrica, etcétera. El tercero es el que integra a dos o más pueblos de colonos. Canadá, por ejemplo, hasta hace unos años se consideró como binacional, pues política y jurídicamente sólo contaban la comunidad francesa e inglesa. Y un cuarto tipo es el de las culturas que resultan de la mezcla de razas de colonos de origen europeo e indígenas, de donde resulta una sociedad mestiza que junto a otros pueblos (indígenas y colonos) conforman un Estado Multinacional. Ejemplos de este cuarto tipo lo son prácticamente

todos los países de la colonia española y portuguesa: Filipinas y la mayoría en América Latina.

La tipología referida deriva de abstraer y combinar dos elementos básicos: indígenas y colonos europeos, y sirve para una apreciación general y una primera clasificación. Sin embargo, los Estados multinacionales son tan complejos que constituyen un fenómeno cuya cabal comprensión debe considerar muchos otros elementos: raza, lengua y religión, conquistas y cesión de territorios de un imperio a otro, sistemas de gobierno, tolerancia, ciudadanía y derechos humanos.

Una tensión histórica

La pugna entre el proyecto del Estado nación y la realidad multinacional es una constante, al menos desde el siglo XVI, y no un fenómeno exclusivo de finales del XX. Como he señalado antes, la perspectiva histórica revela que el Estado nación surgió y se desarrolló como una necesidad para resolver los problemas de la diversidad cultural y jurídica. Hasta hace algunas décadas la historia del Estado había sido la del largo proceso de uniformización. Pero el progreso hacia la homogeneización se ha detenido. Hoy, con el impulso de los derechos de las minorías nacionales y de los pueblos indios, con el avance del reconocimiento del Estado multinacional, están frente a nosotros problemas de hace tres o cuatro siglos. La actualidad política, aquí, es vuelta al pasado.

Como es sabido, aunque la realidad estatal es muy antigua no se logró una definición aceptable del concepto de Estado hasta el siglo XVI. En 1532 Maquiavelo publicó *El Príncipe* y medio siglo después Bodin se refirió al Estado como “el gobierno correctamente ordenado, el cual concierne a un cierto número de familias y a todas aquellas cosas que tienen en común el poder soberano”; y, a la ciudadanía, en función de sujeción y obediencia del súbdito (Bodin 1576:1, 23). Y hacia 1589 Giovanni Botero escribió en *Della Ragion di Stato*: “El Estado es un dominio establecido sobre los pueblos y razón de Estado es el conocimiento de los medios aptos para fundar, conservar y ampliar tal dominio” (Botero 1589: 91). Estas definiciones, sin embargo, aluden más a un ideal renacentista que a una realidad, aunque es cierto que coincidió con el inicio de un proceso de centralización política y homogeneización cultural, es decir, con el comienzo del largo proceso de formación del Estado nación. En ese tiempo el Estado era un sistema integrado por identidades extraordinariamente plurales, muchas de las cuales poseían una amplia autonomía. En cierta forma podríamos llamar a esos Estados, como lo fue Francia o España, multinacionales.

En oposición a esa realidad multinacional, el Estado nación se desarrolló como un proceso paulatino, pero exitoso, de incremento del poder de los gobiernos centrales y una amplia identidad. Mientras crecía el Estado y decrecían las autoridades e identidades locales también

perdía peso la intervención del Vaticano, que como fuerza universal había influido desde muchos años atrás directamente en la vida doméstica de cada Estado. Si aquellos Estados multinacionales eran una convivencia de ducados, reinos y casas reales, cada uno de los cuales con una cierta autonomía para construir en conjunto un complejo sistema de jurisdicciones traslapadas, todo se presentaba más complicado con la intervención del Vaticano, que poseía la autoridad del mundo cristiano. La iglesia era un tercer factor que venía a complicar la falta de unidad del Estado. La iglesia y la fe cristiana, como valores e institucionalidad internacional, intervenían de continuo en la vida de los Estados. El papado tuvo hasta el siglo XVI en Alemania o hasta el XIX en España, la capacidad moral y también jurídica de vulnerar la frágil institucionalidad de los gobiernos centrales. Así, no es difícil advertir que los procesos de construcción del Estado nacional fueron, además de un ataque a la diversidad doméstica, una propuesta para proscribir la intervención del vaticano en la vida política del Estado. Digámoslo así: el Estado es una larga y victoriosa lucha para limitar la autonomía de las casas reales locales y la intervención de las instituciones globales; una exitosa lucha por la soberanía –exclusividad y capacidad de poder central– y por la identidad cultural distinta al resto del mundo.

El imperio de las naciones germánicas, el *Sacrum Imperium Romanum Nationis Germanicae*, fue un Estado multinacional en el sentido más amplio del término. Englobaba pueblos cuyas casas reales

poseían una amplia soberanía. Como es sabido, uno de los más altos derechos de las siete o nueve casas reales más poderosas era elegir al emperador, en quien delegaban las decisiones administrativas, financieras y militares generales del gobierno central. Así, la corona del que fuera el imperio más influyente de la época, no se heredaba. Con ello, el gobierno central no se consolidó ni llegó a adquirir el suficiente poder como para suprimir las soberanías locales, las cuales en cambio conservaron su independencia. La homogeneización del Alemán y la reforma protestante sirvieron primero para diferenciarse del resto del mundo cristiano, proscribir la intervención papal y ganar independencia (Anderson 1993). Diferenciarse de los otros era avanzar hacia la integración interna. Muchos elementos podríamos citar como propiciadores del Estado germánico. Sin duda la imprenta contribuyó a homogeneizar la lengua escrita. Pero no menos importantes fueron las reformas administrativas y jurídicas (“La Bula de Oro”, de 1346-78, que fijó los privilegios y las obligaciones, las reglas de elección y limitó la intervención de la iglesia), una amplia nobleza de hombres libres que no reconocían a ninguna casa real sino exclusivamente la soberanía del emperador y las ciudades, que incluso llegaron a constituir una de las tres cámaras de la dieta, junto a la de los electores y la de los príncipes.

Hubo diversos esfuerzos administrativos y políticos desde el siglo XVI para construir una sola soberanía y un ordenamiento de los diversos ámbitos del imperio. Pero el Estado en tanto que uniformidad política,

jurídica y administrativa descolló hasta que Prusia comenzó a desempeñar una función preponderante entre las casas reales. Ello coincidió con el declive del principio del *jus gentium*, principio universal de los imperios donde se respetó la diversidad de las culturas, sus traiciones y leyes, con el propósito de establecer una población que comparte el mito de la descendencia común, una cultura común y un gobierno común que no se consolidó hasta el siglo XIX, con la constitución de la Confederación Germánica hacia 1815 y especialmente con la Confederación Alemana del Norte, cuya dieta se reunió por primera vez en Berlín en 1867. Era la filosofía de un pueblo igual a un Estado. Muy lejana de la idea: muchos pueblos en un Estado.

El ejemplo de España no es menos importante. Comenzando por Alfonso X y hasta Carlos IV, quien a finales del XVIII no convocó a Cortes y redujo la representación de éstas como expresión de la concentración del poder en una sola autoridad. Pero éste no fue sino el punto más alto de un proceso largo iniciado en el siglo XVI y que implicó, entre otras cosas, someter por las armas y despojar de muchos de los derechos concedidos a Cataluña. Aquí especialmente significativas en la construcción del Estado Nación fueron las Cortes de Cádiz. Éstas, aunque contrarias a ese sistema de soberanía centrada en el rey, no dejaron de concentrar el poder en una sola autoridad: las Cortes mismas como poder legislativo conservaron para sí las funciones legislativas y buena parte de las ejecutivas. A su vez, amén de despojar

al rey de la soberanía, quitaron el carácter soberano a las juntas provinciales constituidas en todos los territorios de España¹¹. Y los ideólogos revolucionarios: Martínez Marina, el Conde de Toreno, etcétera, lo supieron justificar de manera histórica, jurídica y política.

Las Cortes de Cádiz y la Constitución de 1812, máxima expresión de la revolución española iniciada en 1808, representan un ejemplo, aunque muchas veces olvidado, muy ilustrativo puesto que ese congreso, que llegó a contar con 50 diputados americanos, es el origen del tránsito a la modernidad del Estado centralizado tanto en España como en Hispanoamérica. Tránsito que va del vasallo al ciudadano, de la monarquía a la nación, de la soberanía del rey a la del pueblo, de la organización por estamentos y reinos a los sistemas representativos y populares de elección. Pero sobre todo, es el primer intento en el mundo hispano por construir un Estado nación basado en la igualdad del ciudadano y no en la raza, ni la religión, ni la lengua, ni la geografía.

De la nación española, la Constitución de Cádiz dice que es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios; que es libre e independiente; que no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona; y, esencialmente, que en ella reside la soberanía del Estado. Es claro que en esta definición hay un esfuerzo jurídico y político por hacer coincidir una “nación”, la española, con el Estado. Sin embargo, los

¹¹ Recojo estos datos del *Diario de las Cortes*, 24 de septiembre de 1810

diputados llegaron a esta conclusión mediante un intenso debate, registrado en los *Diarios de las Cortes*, en donde había una diferenciación explícita entre nación en sentido “físico”, entendida como grupo que comparte un origen y un lugar de nacimiento, y nación “políticamente” hablando. El americano José Miguel Guridi y Alcocer, sostenía, por ejemplo, que la unión del Estado es compatible “con la diversidad de religiones, como se ve en Alemania, Inglaterra y otros países; con la de territorios como en los nuestros, separados por un inmenso océano; con la de idiomas y colores como entre nosotros mismos, y aun con la de naciones distintas, como son los españoles, indios y negros”. (*Diario de las Cortes*, 25 de agosto de 1811)

La historia, se puede decir, es la historia de la tensión entre la centralidad del Estado y la autodeterminación de las identidades locales. O, mejor, es el triunfo de aquella sobre ésta.

Pero si el fenómeno es antiguo, el concepto de Estado multinacional es relativamente nuevo. Hasta donde sé, una de las primeras obras académicas donde apareció fue en el estudio de Janowsky (1945), quien lo utilizó como un instrumento de diagnóstico y análisis para entender el nacionalismo de las minorías en Europa central. Pero su uso se ha utilizado sobre todo recientemente (por ejemplo, en Gellner, 1997; Moddod y Werbner, 1997; Smith, 1995; Caplan y Feffer, 1996; Walzer, 1997; Minahan, 1996; Stavenhagen 1996 y Kymlicka 1996) en

el contexto de la explosión multicultural de la última década junto a otros temas y problemas: etnicidad, minorías, nacionalismo, que han resurgido luego de que durante mucho tiempo se consideraron agotados en un mundo donde se expandía la idea, y la realidad, del Estado nación. Pero a pesar del poco uso del concepto, se ha reconocido el fenómeno. El Estado multinacional es una realidad que no depende de la forma jurídica sino de la conformación histórica y social donde la unidad de un Estado envuelve, por consentimiento espontáneo o por coerción, a más de un pueblo o nación.

En el siglo XX el ejemplo más notable de Estado multinacional lo fue la Unión Soviética, cuyas regiones, hoy Estados independientes, representaban no al proletariado sino a una nación mayoritaria y a otra u otras minoritarias. La otrora federación yugoslava es otro caso interesante. El socialismo magnificó el Estado y reprimió las identidades locales en sociedades extremadamente plurales. Su ideología marxista, además, se opuso a identificar el Estado con algún grupo racial. El Estado o era un espacio de la burguesía o lo era del proletariado. La lucha de clases se sustentaba en dos grupos en función de la posesión o no de los medios de producción, pero nunca con relación a la voz de la sangre, el parentesco o la fe. Pero el concepto del Estado multinacional y por tanto de minoría nacional, más que el de la lucha de clases o el Estado homogéneo, nos permitirían una mejor comprensión de la

historia rusa, incluyendo la construcción y destrucción del Estado soviético, como lo ha hecho, por ejemplo Duncan (1990).

Con la desintegración del bloque socialista el reconocimiento del Estado multinacional ha adquirido relevancia. El tema aparece sobre todo, y de manera reiterada, en los discursos políticos de los movimientos que luchan por los derechos de las minorías en Europa, África, Asia y en algunos países de América, particularmente Canadá y los países andinos. Hablar de Estado multinacional equivale a una justificación política y el derecho de las minorías por su reconocimiento y autodeterminación, por una representación especial en los parlamentos y por conseguir financiamiento internacional que de otra forma sólo se canalizarían a través de los gobiernos centrales. La Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador, por sólo citar un caso notable, en la Declaración Política de su Congreso de 1993, afirma que las nacionalidades y los pueblos indígenas han construido una organización nacional política y sólidamente estructurada y “nuestro propósito es la construcción de una nueva nación multinacional”. Declaran, además, que sólo el reconocimiento de un Estado multinacional podrá garantizar la democracia, la igualdad, la paz social y la fraternidad.

Creo que conforme avance la democracia, la integración de los países y el fortalecimiento de las minorías nacionales por su capacidad para vincularse con el mundo, muy probablemente seguirán perdiendo

control los gobiernos centrales y aumentando las posibilidades del reconocimiento jurídico y político del Estado multinacional. La comunidad internacional, a través de las organizaciones mundiales más poderosas, también están favoreciendo este proceso. Kosovo es un ejemplo donde la OTAN, unida a Rusia, se ha involucrado presionando en favor del respeto de las minorías y el derecho de autodeterminación. La guerra de la sociedad internacional contra Serbia fue una guerra legitimada por la defensa de los derechos humanos.

Mientras crezca el Estado multinacional, el reconocimiento de la multinacionalidad como componente del Estado adquirirá mayor relevancia y utilidad. Creo, incluso, que una de las posibilidades de que el Estado siga existiendo como pilar del orden mundial implicará el reconociendo, al interior del mismo, de la diversidad de culturas y la importancia de que éstas posean un acomodo conforme a su especificidad en la unidad estatal. Esto es: las posibilidades futuras del Estado ya no están en el autoritarismo, sino en una organización social de un pacto no sólo entre ciudadanos, sino también entre pueblos o naciones, entre minorías y mayorías que subsisten al interior de cada Estado. Un proceso que no es fácil por varios motivos: primero porque implica que el Estado central perderá soberanía, de modo que su legislación no podrá imperar en zonas de otras nacionalidades donde existan leyes especiales; segundo, una ciudadanía diferenciada; tercero, pérdida de unidad y de autoridad del Estado con respecto a sus

relaciones exteriores, puesto que cada comunidad adquirirá una cierta relación con el mundo conforme a su autodeterminación; cuarto, recomposición de los límites al interior de los Estados, dado que más que una organización para descentralizar el poder estaríamos dando paso a una reorganización conforme a las culturas y las minorías nacionales. En el ámbito de la educación, la historia, las costumbres y las fiestas específicas, museos y monumentos, estaríamos por ver también una recomposición de la organización de la cultura. Se trata, en fin, de una profunda transformación del Estado donde lo multinacional ocupa un lugar central.

Pero el complejo proceso que supone reconocer la diferencia y la existencia de más de una nacionalidad implica un costo que muy pocos gobiernos centrales están dispuestos a pagar. La mayoría seguirá optando por atenuar las diferencias ya mediante la integración racial y cultural, ya por medio de un despliegue ideológico nacionalista o incluso haciendo uso del exterminio físico. Negar la diversidad, sin embargo, no la deroga.

El Estado y las relaciones políticas globales

La multinacionalidad, como se habrá advertido, siendo un problema al interior del Estado se halla, a su vez, estructuralmente vinculado con los procesos políticos de la sociedad internacional. La multinacionalidad no

es ajena a la globalidad; por el contrario, su expresión, su resurgimiento tras siglos de quedar sepultada bajo el ideal del Estado nación, en cierta forma se debe a que las interconexiones globales penetraron los Estados, debilitaron los gobiernos centrales y permitieron que las minorías se vincularan por su cuenta con el mundo.

México es sin duda un buen ejemplo para ilustrar el proceso de globalización y sus relaciones con la multinacionalidad y el nacionalismo en cualquiera de sus modalidades: de las minorías y del Estado. En este país, como en casi todos los países del mundo, el juicio y la observación internacional de los asuntos domésticos habían sido rechazadas históricamente por el Gobierno y, hay que decirlo, por intelectuales y amplios grupos de izquierda, bajo el argumento de la defensa de la soberanía. Todavía cuando el partido Acción Nacional, por citar un ejemplo hoy casi olvidado, solicitó la intervención de la Corte Interamericana de los Derechos Humanos en 1986, por el asunto del fraude electoral en Chihuahua, fue juzgado como antipatriota, extranjerizante, etcétera¹². Por ello mismo la observación internacional

¹² Entre los meses de agosto y diciembre de 1986 se suscitó un amplio debate cuando Acción Nacional acudió a la Comisión Interamericana de los Derechos Humanos para denunciar lo que consideraron fraude en las elecciones de ese año en el Estado de Chihuahua. Ese caso, que hoy —cuando los actores domésticos acuden recurrentemente a la sociedad internacional y viceversa— nos parece de poca importancia, puede seguirse en los diarios de la época. “Condena unánime al PAN por recurrir a la OEA”, *La Jornada*, 28 de septiembre de 1986. “Critican al PAN por recurrir al exterior”, *El Norte*, 28 de septiembre de 1986. “No es ajena a México la

en los procesos electorales no se aceptó hasta principios de los años noventa¹³. Pero si la observación y opinión internacional en asuntos políticos era inadmisibles, lo cierto es que el país comenzó a moderar sus criterios de soberanía en materia económica y comercial. Ese año de 1986, tras una larga negativa a la apertura de los mercados, México bajó sus aranceles e ingresó al GATT. Era tiempo del comienzo del proceso de integración internacional acelerado (como lo muestro adelante en la gráfica *Tratados Firmados por México*).

De esa nueva tendencia, que sin duda iba a cambiar la idea de soberanía al finalizar el siglo, dos acuerdos internacionales fueron significativos. En el ámbito económico, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, que abrió la puertas de México a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico y favoreció la canalización de recursos del Fondo Monetario Internacional y del gobierno de los Estados Unidos para enfrentar la crisis de 1995. Y, antes de éste, tanto o más importante para las interconexiones políticas

CIDH: González Schmal”, *El Universal*, 2 de octubre de 1986. “La OEA ya pidió a México documentación electoral”, *La Jornada*, 1 de octubre de 1986.

¹³ El estudio de Pozas (1997) sobre la aprobación de la observación electoral como un proceso institucionalizado con el apoyo de la sociedad internacional, nos hace pensar que la observación iniciada en los años noventa, con otros factores como la “ciudadanización” del IFE o la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, son lo que a la economía el TLC y a los derechos de los indios el Convenio 169: un proceso de vinculación de lo doméstico con las redes globales que expresa la intensificación de la apertura mexicana, la disminución del control del gobierno central y el incremento de las capacidades de la sociedad para vincularse con el mundo.

globales fue el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo sobre Derechos de los Pueblos Indios y Tribales, aprobado en Ginebra y ratificado por el Senado mexicano en 1991. El propósito central del Convenio es el reconocimiento “de las aspiraciones de esos pueblos a asumir el control de sus propias instituciones y formas de vida y de su desarrollo económico y a mantener y fortalecer sus identidades, lenguas y religiones, dentro del marco de los Estados en que viven”. Un propósito que poco después, a finales de 1991 y los primeros días del 92, iba a favorecer en el Congreso de la Unión la aprobación una iniciativa del Ejecutivo para adicionar al artículo cuarto de la Constitución un primer párrafo en los siguientes términos:

La Nación mexicana tiene una composición pluricultural sustentada originalmente en sus pueblos indígenas. La Ley protegerá y promoverá el desarrollo de sus lenguas, culturas, usos, costumbres, recursos, y formas específicas de organización social, y garantizará a sus integrantes el efectivo acceso a la jurisdicción del Estado. En los juicios y procedimientos agrarios en que aquellos sean parte; se tomarán en cuenta sus prácticas y costumbres jurídicas en los términos en que establezca la ley.

Este cambio poseía importancia política e histórica. Reconocía en la Constitución la composición multinacional de la sociedad mexicana y dio inicio en la vida política doméstica a una fase de discusión sobre la diversidad cultural y étnica en las instancias de debate y decisión

nacional¹⁴. Esa discusión se intensificó con el auge de las demandas a favor de los pueblos indios de los años noventa, con las celebraciones de los 500 años de la Conquista en 1992, el alzamiento zapatista de 1994 y los Acuerdos de San Andrés aprobados en febrero de 1996, como resultado de la negociación entre el gobierno federal y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, que iban a presentarse al Congreso en el 2000 como “Ley COCOPA”. Tanto en ésta como en los Acuerdos de San Andrés el Gobierno ha reconocido la autonomía de los pueblos indígenas de acuerdo al Convenio 169. Estos arreglos jurídicos, y muchos otros de carácter institucional y de políticas públicas que aquí no podríamos numerar, pueden entenderse como un compromiso o una consecuencia derivada de la vinculación de la sociedad mexicana con la comunidad de países.¹⁵

¹⁴ El análisis de la exposición de motivos del proyecto de decreto referente al artículo cuarto de la Constitución y el debate que éste suscitó nos revelaría mucho más de las diversas concepciones políticas sobre la diversidad cultural y étnica en México y sobre todo que tales concepciones están vinculadas a los principios del Convenio 169 y a la ola mundial a favor de los derechos indígenas a la cual México no ha quedado ajeno. La iniciativa fue presentada en la Cámara de Diputados el 24 de Junio de 1991. Se aprobó con 272 votos, de un total de 324, de los partidos de la Revolución Democrática, Popular Socialista, del Trabajo y del Revolucionario Institucional. Acción Nacional se abstuvo, luego de considerar que la reforma “se sustenta en un criterio de diferenciación étnica inaceptable”. *Diario de Debates de la H. Cámara de Diputados*, 21 de junio de 1991.

¹⁵ En un ensayo escribí “La autonomía y los derechos de los indígenas, independientemente de sus alcances, tanto como una conquista interna serán el resultado de una presión externa” (Vizcaino 1998). Y en ello, estas ideas de Charles Taylor (1996:19) son esclarecedoras: “El espacio público internacional constituye un campo de fuerza en el que las identidades de las naciones a menudo deben luchar para mantenerse. Hasta quienes pretenden abstraerse de él se ven concernidos, como se ve en la reacción de tantos gobiernos autoritarios frente a los juicios de Amnistía

El traslape del TLC de América del Norte y el Convenio 169 revelan, ya sobra decirlo, que el “lanzamiento” a la mundialización implicaba no sólo la integración económica sino, igualmente, las interconexiones de la política doméstica y global. Quizá la prueba más evidente de ello sea el TLC entre México y Europa. Cuando comenzaron las negociaciones, en noviembre de 1997, uno de los problemas que el Gobierno de Zedillo hubo de enfrentar, amén de los estrictamente arancelarios, fue la Cláusula Democrática o Cláusula de los Derechos Humanos que el Parlamento Europeo incorporó al Acuerdo. Por primera vez la negociación comercial no podía ser sólo económica: la cooperación económica suponía la cooperación política. De ahí su nombre: Acuerdo de Asociación Económica, Concertación Política y Cooperación entre los Estados Unidos Mexicanos y la Comunidad Europea. ¿Qué significaba ello? En pocas palabras que la vida política doméstica mexicana iba a tener en Europa un aliado y, a un tiempo, un observador y un interlocutor legítimo para asuntos de la democracia, el respeto de los derechos humanos y la políticas públicas sobre educación, migración, desarrollo y atención a la pobreza. La exigencia de Europa ponía en vilo la idea de soberanía, que como he referido arriba supone un monopolio y una capacidad del Estado sobre el destino del país. Las exigencias de Europa, incontenibles en México por mucho que causaran

Internacional. [...] El espacio público internacional y las políticas de la identidad que vehícula llegan a todos los rincones del mundo”.

extrañeza o inseguridades a los criterios de soberanía asumidos, y la relación de movimientos sociales mexicanos con gobiernos y organizaciones europeas, iban a acabar de sepultar “la condena unánime”, la condena contra quien se atreve a recurrir a las instancias internacionales.

El Acuerdo de Asociación Económica considera la adhesión de las partes a los principios democráticos y de los derechos humanos fundamentales, así como a los principios del estado de derecho y del buen gobierno. El artículo primero asienta que “el respeto a los principios democráticos y a los derechos humanos fundamentales, tal como se enuncian en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, inspira las políticas internas e internacionales de las Partes y constituye un elemento esencial del presente Acuerdo”; y el 39, los objetivos de la cooperación sobre derechos humanos y democracia: el desarrollo de la sociedad civil por medio de programas de enseñanza, formación y sensibilización de la opinión pública; el fortalecimiento de las instituciones y del Estado de Derecho; y la promoción de los derechos humanos y de los valores democráticos.¹⁶

¹⁶ El *Acuerdo para la Asociación Económica, Concertación Política y Cooperación entre los Estados Unidos Mexicanos y la Comunidad Europea y sus Estados Miembros*, junto con la *Decisión del Consejo Conjunto* de dicho Acuerdo; y la *Decisión del Consejo Conjunto del Acuerdo Interino sobre Comercio y Cuestiones Relacionadas con el Comercio entre los Estados Unidos Mexicanos y la Comunidad Europea*, se publicó en el *Diario Oficial* el 26 de junio del 2000, de donde recojo los párrafos que aquí cito.

Estas disposiciones constituyen la “Cláusula Democrática”, resultado de larguísimas disquisiciones de parlamentarios europeos que para favorecer la libertad económica exigían a México el empleo de la democracia y los derechos humanos. *La Recomendación Lage*, un documento de la Comisión de Relaciones Económicas Exteriores del Parlamento Europeo, redactado por la eurodiputada Miranda de Lage (1999) para justificar la aprobación del Acuerdo¹⁷, así como las opiniones, también favorables, de otras dos Comisiones (de Asuntos Exteriores, Seguridad y Política de Defensa y de Desarrollo y Cooperación) y los debates en el Parlamento dan cuenta de los juicios en Europa sobre la democracia y los Derechos Humanos en México.¹⁸ Se discutía allá la vida doméstica de México. Un hecho, por cierto, mucho más significativo que la certificación que los Estados Unidos expidió, hasta el 2000, cada año a México por su colaboración contra las drogas y

¹⁷ *La Recomendación sobre la propuesta de decisión del Consejo relativa a la celebración del Acuerdo de colaboración económica, coordinación política y cooperación comercial entre la Comunidad Europea y sus Estados miembros, por una parte, y los Estados Unidos Mexicanos, por otra* tenía como propósito recomendar la aprobación del Acuerdo. De este documento, como de los discursos parlamentarios de Europa, cito la versión que ofrece la página WEB del diario de debates del Parlamento Europeo: WWW.europarl.eu.int.

¹⁸ Mientras en Europa las discusiones sobre el Acuerdo se realizaron en debates públicos parlamentarios y duraron poco más de cuatro años, en México las discusiones se restringieron al Ejecutivo Federal y a un grupo de empresarios. Se puede decir que en el Senado de la República no se discutió y sólo se hizo público hasta que se dio a conocer en el *Diario Oficial*.



que siempre se ha concebido como una violación de la soberanía de este país.

La *Recomendación Lage* es un análisis de las relaciones económicas recientes entre Europa y México y explica los intereses de una y otra parte por restablecer el equilibrio perdido tras el TLCAN. Asimismo, expone los tres ámbitos del Acuerdo: diálogo político, asociación económica y cooperación política y social. En conclusión, recomienda la aprobación del Acuerdo, y para ello esencialmente refiere la cláusula democrática. Justifica y subraya que el Acuerdo obliga a México a respetar los derechos y avanzar en la democracia, lo cual había sido desde al menos 1994, cuando surge el alzamiento del EZLN, una preocupación de los diputados europeos.

La exposición de Lage condensa las diversas opiniones de los Comités involucrados y de buena parte de los diputados que participaron de los debates. De manera que conviene seguir aquí algunos párrafos para entender el significado de los juicios de las instituciones centrales de Europa acerca de la vida política de México. Lage partía del supuesto de que la conveniencia del Acuerdo no sólo respondía al significativo desarrollo y modernización de México sino, también, “a la necesidad imperiosa de que la determinación aplicada en materia económica fuese de la mano de una voluntad firme de promover un equilibrio social más justo y un sistema político auténticamente democrático, pluralista y

respetuoso de los derechos humanos”. Para sustentar esta idea, recordaba que el Parlamento Europeo, en un informe de 1995, había subrayado que “la entrada en vigor el 1 de enero de 1994 del TLCAN coincidió simbólicamente con la rebelión de las comunidades indígenas de Chiapas, recordando al mundo que el reconocimiento internacional de México como pujante economía emergente no puede dissociarse de la marginación y de la injusticia social en la que viven extensos sectores de la población que padecen las consecuencias de estructuras de poder económico y de reparto de la tierra periclitadas y profundamente injustas”.

De aquí la ponente pasaba a argumentar que el Acuerdo es mucho más amplio que la exclusiva motivación comercial del TLCAN entre el Canadá, los Estados Unidos y México, puesto que incluye la cláusula democrática y de los derechos humanos y una cláusula adicional o “de cumplimiento de obligaciones” (artículo 58) que permite señalar, sancionar o hasta suspender la vigencia del Acuerdo de incumplimiento de estas obligaciones. Lage completaba su exposición con esta frase: “El incumplimiento de los elementos esenciales del Acuerdo contemplados en el artículo 1 se considera caso de urgencia especial y se somete a un mecanismo específico de intervención.”

Las opiniones de las Comisiones de Cooperación y Relaciones Económicas Exteriores, reiteraban su satisfacción por la cláusula

democrática y eran explícitas especialmente con el asunto de Chiapas. Esta última, por ejemplo, manifestaba el deseo de fortalecer el diálogo político bilateral y una agenda que “pueda prestar su concurso a la democratización completa del sistema político mexicano, a la movilización de los medios necesarios para poner fin a la impunidad, a una solución negociada al conflicto en Chiapas y a la búsqueda de soluciones justas a los efectos sociales que han acompañado a la apertura económica”. Solicitaba, además, un informe específico dedicado a la evolución y seguimiento de la situación relativa a los derechos humanos, y que de todo ello se informe cumplida y extensamente al Parlamento Europeo, quien en todo caso habría de aprobar la situación en México.

Las objeciones sobre los derechos humanos en México, sin embargo, no eran suficientes motivos como para no autorizar el Acuerdo. Tanto las Opiniones como la Recomendación de Lage se manifestaban favorablemente. La Unión Europea tenía un interés económico que debe ponderarse. Hay que entender, aunque no siempre sea reconocido por los puristas de la moral europea, que las exigencias políticas tenían por límite no destruir la posibilidad de incrementar el comercio con México, especialmente cuando los Estados Unidos estaban desplazando muchas de sus posiciones¹⁹. Así, el Comité de Relaciones

¹⁹ Así lo muestra estas palabras del laborista inglés Arthur Stanley Newens en una sesión del 5 de mayo de 1999 en el Parlamento. “No soy desde luego ningún seguidor de las políticas neoliberales, pero la supresión de las barreras comerciales es una realidad y la entrada en vigor del Acuerdo de Libre Comercio del Atlántico Norte ha

Exteriores discutió y aceptó la “Recomendación Lage” el 21 de abril de 1999 y el Parlamento el 6 de mayo. El proceso de ratificación incluyó a los quince parlamentos de los Estados y al Congreso de México, cuyo gobierno lo publicó en el *Diario Oficial* el 26 de junio del 2000. El Consejo de Ministros de Europa hizo lo propio en septiembre y el Acuerdo entró en vigor el día primero del siguiente mes.

Hay que mencionar que como defensa frente a los juicios en Europa, en una declaración unilateral incluida en el Acuerdo México expone los principios constitucionales en los que se fundamenta su política exterior y su soberanía. Aunque no condiciona explícitamente el alcance o la aplicación de la cláusula democrática tal y como lo interpretaba la diputada Lage y el Parlamento Europeo, recordaba los principios de autodeterminación de los pueblos, no intervención, la proscripción de la amenaza o el uso de la fuerza en las relaciones internacionales y la igualdad jurídica de los Estados. Pero esta declaración era, precisamente, la prueba de las dudas del gobierno de México acerca de su propia soberanía. Decir que se tiene soberanía es dudar de que realmente se tiene. Es evidenciar su resquebrajamiento.

aumentado la dependencia mexicana del comercio con los Estados Unidos. Así pues, el acuerdo UE-México es urgente para contribuir a restablecer el equilibrio y para fomentar los vínculos políticos, culturales y económicos entre México y Europa, en beneficio de ambas partes.”

Hay que mencionar también que, aún cuando todavía no estaba firmado el Acuerdo, algunos parlamentarios europeos exigieron abiertamente al gobierno de México el cumplimiento de la democracia y el respeto de los derechos humanos. La democracia implicaba caída del PRI; y los derechos humanos, la aceptación de los Acuerdos de San Andrés. El parlamento italiano especialmente condicionó la firma del Acuerdo a los resultados de las elecciones presidenciales de México del 2000 y a la aceptación por parte del Gobierno de los Acuerdos de San Andrés. A finales de noviembre, la Comisión de Asuntos Exteriores del parlamento italiano declaró tales exigencias y algunos de sus miembros llegaron a pedir “abrir una oficina de la Comunidad Europea en México para que se tomen en cuenta los mecanismos de derechos humanos y garantizar el compromiso de misiones oficiales de verificación y contacto”.²⁰ El condicionamiento democrático fue especialmente significativo conforme se acercaron las elecciones presidenciales del 2 de julio. Las exigencias italianas no hacían referencia a la limpieza del proceso electoral, sino a los resultados. Como si la única posibilidad aceptada fuese el triunfo de algunos de los candidatos pero no de cualquiera que limpiamente ganase la preferencia de los electores. O, quizá, como si implícitamente hubiese un veto a uno de los aspirantes.

²⁰ La noticias de las posiciones del parlamento italiano fueron recogidas por la prensa en México a lo largo de 1999 y el 2000. La nota que cito apareció con el título “Comisión parlamentaria italiana no autorizó firmar el TLC con México”, La Jornada, 29 de noviembre de 1999.

Lo que para el PRI y el Gobierno constituía una amenaza para el país dada la vulneración de la soberanía, se convirtió paradójicamente en una ventaja para la campaña de Vicente Fox y su triunfo en julio del 2000. Por ello, en un viaje por Europa como presidente electo, en octubre del 2000 agradeció a los parlamentarios europeos su interés en la democracia en México y reconoció que su triunfo se había beneficiado de las exigencias europeas. A su paso por la capital francesa, el presidente electo aseveró que el entorno democrático, uno de los elementos de reticencia de los países europeos hasta antes del 2 de julio, ya existe en nuestro país y anticipó que iba a ratificar su disposición para lograr el restablecimiento de la paz en Chiapas. Asimismo, reconoció que los nexos de México con Europa abarcan asuntos de índole política y democrática. “A Europa le interesa ir más allá de los tratados solamente comerciales y el TLC recién suscrito refleja ese espíritu con cláusulas que tienen que ver con lo político”. Sintetizó, entonces, con estas palabras las exigencias de Europa: “hay una enorme satisfacción por lo que pasó el 2 de julio; recordaran que estaba de alguna manera condicionada la última firma del TLC a los resultados de las elecciones en México. Y una vez que Europa ha visto el resultado plenamente democrático, esta transición rápida a la democracia ha despertado nuevamente el interés en Europa”.²¹ Con estas palabras, es obvio, el presidente aprobaba el juicio y la intervención europea.

²¹ “Absoluta Disposición Para Lograr la paz en Chiapas: Fox “, *Excélsior*, 1 de octubre del 2000.

Después de las elecciones, el parlamento italiano aceptó el 18 de julio la firma del Acuerdo con México. Y muchos de sus legisladores, especialmente de izquierda, entendieron que habían actuado correctamente al condicionar la firma y que había los suficientes estímulos como para seguir presionando a México. El agradecimiento del presidente electo Fox, y en realidad de otros actores políticos en México, era una buena señal y un reconocimiento no despreciable.

No tengo ningún elemento para siquiera suponer que la derrota del PRI haya tenido por causa la intervención de Italia y en general de Europa. Pero tampoco podemos negar que intervino y que nadie pudo cuestionar la legitimidad de tal intervención. Por el contrario, como hemos visto Fox acabó por legitimar las exigencias de Europa. En cualquier caso cabe esta pregunta: ¿ayudó en algo esa intervención al triunfo de Fox? En consideración de éste sí. La observación y la intervención favorecieron el cambio.

Seis meses después, con motivo de la movilización del EZLN para apoyar la Ley COCOPA de asuntos indígenas, la presencia de italianos, algunos de ellos diputados, apoyando la caravana zapatista repetía en cierta forma la intervención y la aceptación del ejecutivo. Los Monos Blancos, cuyas filas eran fundamentalmente constituidas por la organización italiana Ya Basta, fue significativa no por dar “seguridad” a

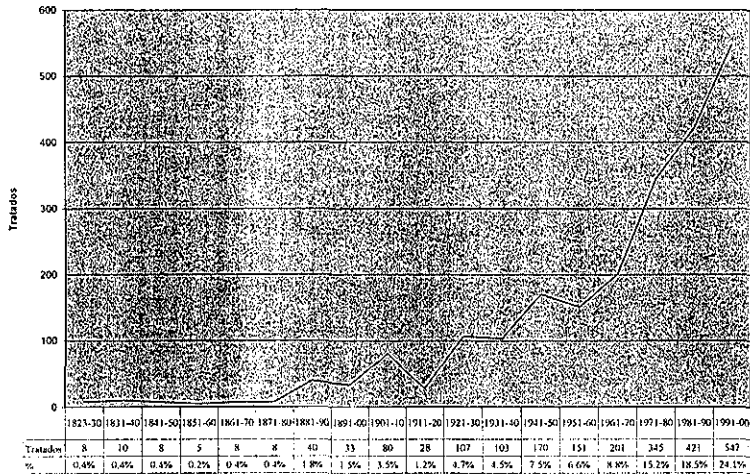
los comandantes zapatistas, sino porque muchos de sus miembros habían conseguido la revocación de su expulsión definitiva de México que la Secretaría de Gobernación les había impuesto dos años antes. Y, otra vez, esa revocación y su regreso al país era la aceptación de su conducta. El gobierno mexicano se había equivocado al presumir que iba contra la soberanía la participación de los Monos en la vida política doméstica y ahora no sólo corregía sino que aceptaba que esos mismos extranjeros participaran en la vida política. Y no sólo ello. Los Monos y en general los visitantes europeos como José Saramago coincidían explícitamente con FOX en el apoyo de la ley COCOPA.

¿Qué tan significativo ha sido para la vida política mexicana las condiciones del Acuerdo Económico con Europa? No lo sé exactamente. Pero no me equivoco si afirmo que cada uno de los convenios internacionales, bilaterales o multilaterales, que México firma es un paso más en la internacionalización económica y política. Y México firma alrededor de 50 convenios internacionales cada año en materia de comercio, comunicaciones, cultura, derechos humanos, etcétera. Cada uno con su importancia relativa tiene su contribución a la globalización del Estado. El caso de las interconexiones políticas internacionales dadas a partir del Acuerdo con Europa, es apenas relevante si pudieramos seguir las mismas interconexiones derivadas de los otros cientos de tratados negociados en las últimas décadas. Una tarea, por cierto, casi imposible. Para tener una idea, al menos de la tendencia de la

mundialización, presento un registro del número de tratados o convenios internacionales, bilaterales y multilaterales, firmados por México desde 1823, cuando otros Estados comenzaron a reconocer la independencia del país, hasta el año 2000. Se trata en total de 2273 tratados o convenios. Sólo se consideraron los que han sido ratificados por el Senado de la República. El registro de cada uno de éstos se efectuó directamente en los archivos de la biblioteca del Senado²². Aunque se asentó cada uno de los tratados, aquí se agruparon por décadas (Gráfica 1) y por sexenio, a partir de Lázaro Cárdenas (Gráfica 2). Dado que se buscaba una tendencia de largo plazo y el cambio en la historia reciente, no se analizó con detalle el contenido de cada uno de los tratados (una tarea por demás inmensa). Además de un número progresivo, se registró su ámbito temático, su carácter multilateral o bilateral, y el país o los países involucrados.

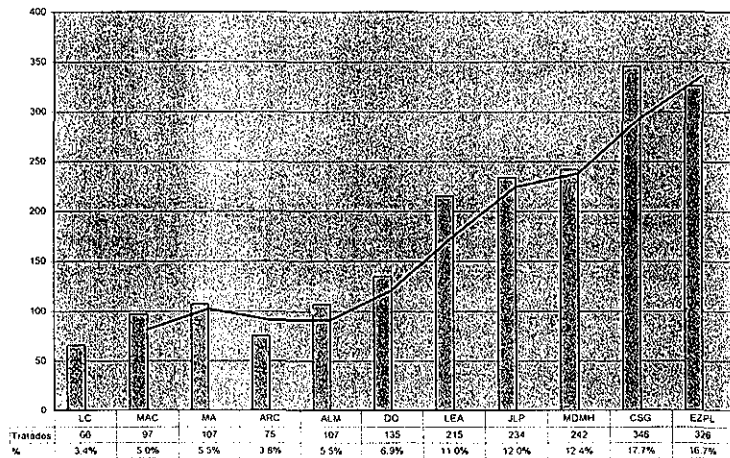
²² Agradezco a Ivo Nájera y a Gustavo Hernández, alumnos de Ciencias Políticas e Historia de la UNAM, su apoyo en el registro, recolección y clasificación. Los datos de los registros de 1823 a 1998 se recogieron de *Tratados ratificados y convenios ejecutivos celebrados por México, 1823-1999*, México, Senado de la República. 54 tomos. Para los años de 1999 y 2000, se consultó la página WEB del Senado. WWW.senado.gob.mx.

Gráfica 1
Tratados y convenios internacionales firmados por México, por década, 1823-2000



Fuente: elaboración propia con datos del Archivo de la Biblioteca de la H. Cámara de Senadores de México.

Gráfica 2
Tratados internacionales firmados por México, por sexenio 1934-2000



Es evidente que en un largo periodo de cierta homogeneidad, como se puede ver en la gráfica 1, que va de 1823 a 1970, el número de tratados muestra una tendencia creciente pero siempre moderada y más o menos homogénea. Pero a partir de 1970 el cambio es vertiginoso. Hay pues dos grandes etapas: una de largo tiempo de crecimiento moderado y otra de apenas 30 años de crecimiento acelerado. La primera etapa, si la observamos según cada una de sus décadas, muestra que los tratados aumentan gradualmente después de periodos de desestabilización y guerra: de Reforma y del triunfo de la República contra el Imperio, de 1870 a 1910, y después de la etapa armada de la Revolución, de 1920 a 1960. Pero el periodo que más interesa aquí es el segundo: la época de la globalidad. Las tres últimas décadas representan casi el 60 por ciento del total de los convenios internacionales. Y especialmente significativas son las décadas de los ochenta y noventa. Sólo en estos años el país ha firmado el 43 por ciento de sus acuerdos con otros países.

Si hubiese que escoger una definición de globalización podría decirse que la globalización consiste en una intensificación de los vínculos del país, según sus convenios internacionales, con otros países y, sobre todo, en que esa vinculación implica internacionalizar la vida doméstica, conectar aspectos fundamentales de la vida social, política y económica con los sistemas mundiales, en donde –como lo ha mostrado el caso de Europa o el Convenio 169– nunca sabemos exactamente

dónde termina lo doméstico y comienza lo global. Uno y otro son un continuo cuyo caudal se ensancha año con año. En la última década el número de tratados es casi tres veces mayor que en los años sesenta.

La segunda gráfica agrupa los tratados por gobierno, desde el sexenio de Lázaro Cárdenas hasta el de Ernesto Zedillo. En ese periodo se firmaron 1950, el 86 por ciento. La tendencia en términos generales es la misma que la Gráfica 1, pero aquí se puede asociar el cambio con las distintas administraciones de la etapa contemporánea del Estado mexicano. La gráfica tiene tres grandes tiempos. La primera abarca las administraciones de Lázaro Cárdenas, Ávila Camacho, Miguel Alemán, Adolfo Ruiz Cortínez, Adolfo López Mateos y Gustavo Díaz Ordaz, es decir de 1934 a 1970. Si observamos, la línea de tendencia se mantiene alrededor de los cien tratados por sexenio, siendo superior a cien con Díaz Ordaz y de apenas 66 en el gobierno cardenista. A partir de Echeverría y hasta Miguel de la Madrid (1970-1988) se advierte un cambio en la tendencia. El número de tratados oscila aquí entre 215 y 242. La tercera etapa aparece con Salinas y Zedillo (1988-2000) en donde el número de convenios llega a 346, 50 por ciento más que en el sexenio de Echeverría.

¿Qué se puede concluir de esta breve historia? Creo hay dos reflexiones posibles. Una que la soberanía mexicana está siendo vulnerada cada vez más y, a fin de restablecer la capacidad propia para

dirigir el destino, habrá que proponer el restablecimiento del orden decimonónico; otra, tenemos que cambiar nuestro concepto de soberanía. La primera me parece inviable por la sencilla razón de que la vinculación internacional no es exclusiva de México. Aún cuando este país se encerrara, una mirada rápida al mundo nos obligará a pensar en que el concepto de soberanía asumido desde el siglo pasado no es útil ya para explicar la vida política actual. Debemos preguntarnos cómo podemos entender la soberanía hoy y aceptar que la concepción asumida de ésta ya no puede explicar muchos de los fenómenos actuales.

En términos generales la idea de soberanía tenía dos caras: una hacia el interior del Estado, en donde éste ejercía el monopolio de la violencia y el control de las instituciones públicas, y otra hacia fuera, en donde el Estado aceptaba la cooperación con otros Estados a cambio de que éstos no intervinieran en el ámbito doméstico. No diré aquí que el Estado en todos los casos ha perdido el control sobre sus propias instituciones ni que la comunidad internacional ha dejado de reconocer la jurisdicción propia de cada Estado. Ni es así ni creo lo será en el futuro próximo. Pero sin duda tampoco podemos negar lo que hoy es evidente: la intervención extranjera, por las causas y justificaciones que sean, se ha acrecentado y sirve y es útil no sólo para organizar la vida política internacional sino también la doméstica. No se trata de una excepción como confirmación de un criterio de soberanía, sino de que se ha vuelto una regularidad desde hace ya varios años (quizá el primer

ejemplo de ello fue, como fin de la guerra fría y principio de la validación de la intervención internacional en los países, el caso de Nicaragua en donde los Estados Unidos apoyaron la autonomía de los indios de la Costa Atlántica).

No intento siquiera construir un concepto de soberanía, pero sobra agregar que cualquier concepción no podrá ahora eludir las interconexiones entre lo doméstico y lo global. Como ha escrito Ricardo Pozas (1999: 157), “la presencia de los elementos simbólicos constitutivos de la globalidad en la vida diaria de las sociedades nacionales, ha roto el vínculo existente entre cultura y territorio nacional, que fue definitorio de lo tradicional y de la modernidad”. En cierta forma, Fox se debe a Italia y los Monos Blancos a Fox y a los indios de un rincón de México. Aunque Fox se debe a muchos otros factores y los Monos Blancos no sólo actúan en México.

David Held ha logrado sistematizar y explicar acuciosamente las interconexiones entre la política doméstica y los factores globales (Held 1991, 1995, 1999). Además de la globalización de los asuntos económicos, tecnológicos y financieros ha explorado el estudio del crecimiento de las interconexiones globales políticas, jurídicas y culturales. Especialmente ha insistido en pensar en la soberanía y la democracia de acuerdo a una época en donde el Estado pasa de una jurisdicción delimitada geográficamente y en donde el gobierno se

legítima con respecto a los ciudadanos integrados a esa jurisdicción, a un sistema abierto en donde la legitimidad y el derecho incluyen la sociedad internacional, los ciudadanos de otros países y en donde incluso el gobierno rinde cuentas a las instituciones internacionales. Held, como en general la teoría de la globalización, ha reflexionado también acerca del debilitamiento del Estado como consecuencia de la globalización. Sin embargo, al igual que otros autores (por ejemplo Ohmae 1995) no le ha dado importancia a las ventajas que los Estados adquieren gracias a la globalización. Desde mi punto de vista la integración internacional no sólo pone en riesgo las capacidades monopólicas del Estado sino que, también, le permite usar otras a las que no tenía acceso antes de la integración internacional.

Es cierto que el gobierno central, en la complejidad de las interconexiones locales y globales, pierde capacidades de control de sus instituciones y sus ciudadanos, lo cual es desde el punto de vista de ese gobierno una desventaja. Pero, hay que advertir también las ventajas de la globalidad. El gobierno que pierde capacidades a su vez adquiere apoyos externos para la implementación de sus políticas públicas y en general para el ejercicio de sus funciones. Por eso Fox agradeció a Europa la intervención y ello se volvió evidente con el regreso de los Monos Blancos y la coincidencia de éstos y aquel. Por otra parte, en el apoyo a la ley COCOPA bastaría con apelar a los convenios internacionales firmados por el país: con Europa, por supuesto, pero con

la ONU, esencialmente el Convenio 169 de la OIT. La legitimidad de una ley ahora radica en un derecho internacional y una corriente de opinión igualmente mundial que no contradice al gobierno sino que le sirve y en la cual se apoya.

Agréguese que la aceptación de las relaciones globales ofrece la posibilidad a México de intervenir en los ámbitos que otrora le estaban vedados. La aceptación de las nuevas reglas del juego legitiman que el gobierno de México expanda su acción allende sus fronteras. El ejemplo más notable de ello ha sido el juicio de Miguel Cavallo por sus crímenes cometidos en Argentina. Un ejemplo, por cierto, poco significativo frente a la permanente obra política y educativa que se realiza desde el centro de México con los migrantes mexicanos en los Estados Unidos. La ley de la “doble ciudadanía” evidenció ello y los proyectos para aceptar el voto de los emigrantes en las elecciones así lo confirman.

La interconexión política entre lo doméstico y lo global tiene entonces desventajas como ventajas y es doble: no sólo implica tolerar la influencia externa sino la acción de los “actores domésticos” en el mundo, la intervención en otras sociedades y otros Estados.

Multinacionalidad, globalidad y nacionalismo

He explorado aquí las principales características del Estado multinacional y los vínculos de éste con la sociedad internacional. Pero

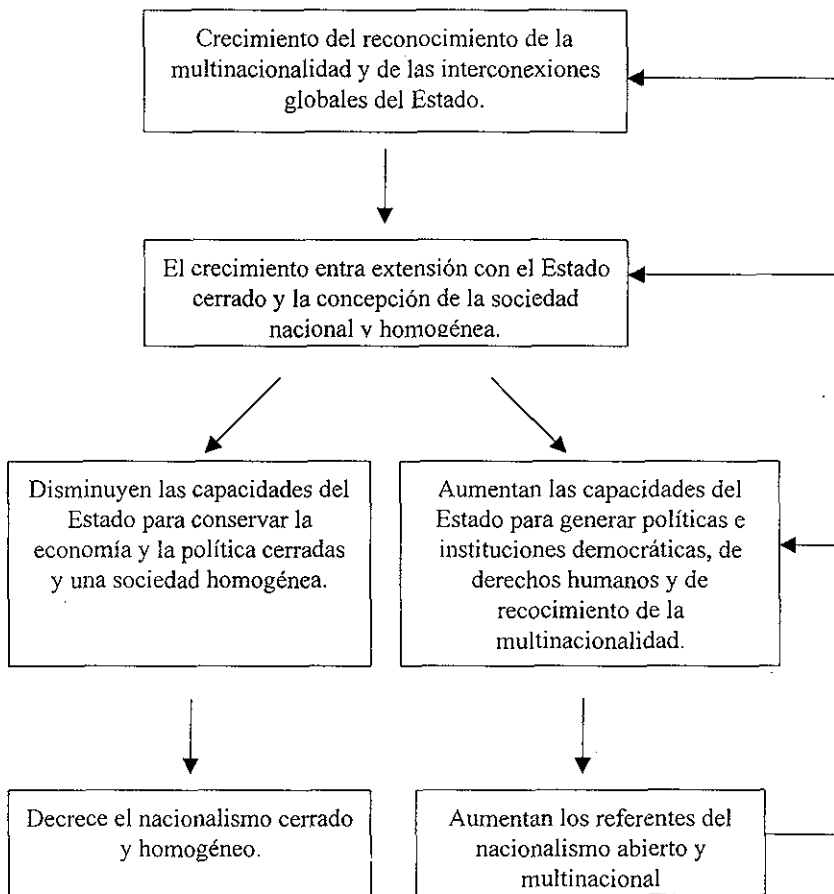
esencialmente me he preguntado cómo estudiar el nacionalismo hoy. Mi respuesta es ésta: el nacionalismo, sus cambios actuales, el declive de algunos de sus aspectos, el ascenso de otros, debe estudiarse con relación a la multinacionalidad y a la globalidad del Estado.

He explicado que la época de la globalidad, la época de intensificación del comercio, la cultura y el derecho internacional –que según nuestras cifras de los convenios internacionales en México comienza en los años setenta y se intensifica a partir de finales de los ochenta–, implica, por una parte, la disminución de las capacidades del Estado y una mayor vulneración de su soberanía porque los gobiernos centrales someten cada vez más sus decisiones y arreglos internos al orden mundial y porque se acrecientan los vínculos de la sociedad con el mundo sin la mediación del Estado: a mayor globalización menor control del gobierno central; y por otra, paradójicamente, ventajas al Estado porque éste puede construir instituciones y políticas –la defensa de la democracia y los derechos humanos o el servicio civil de carrera, por ejemplo– con el apoyo de la sociedad internacional. No todo pone en riesgo al Estado; la globalidad también favorece la estabilidad del Estado, bajo nuevos esquemas y nuevos principios. La globalización contribuye a modificar la estructura de la dominación pero no necesariamente destruye el gobierno. Favorece el paso de un Estado cerrado, circunscrito a un territorio y a una población dentro de éste, a otro con una relación vital con ámbitos internacionales. Con ello está

llegando a su fin la idea del Estado autocontenido que rinde cuentas y se legitima sólo frente a sus propios ciudadanos y, en cambio, gradualmente surge la necesidad del Estado de legitimarse también ante la opinión pública internacional y los organismos mundiales.

He explicado también la condición multinacional del Estado (causa y a su vez la consecuencia de la globalidad), que gradualmente se ha aceptado en el mundo y en particular en México frente a la concepción nacional o culturalmente homogénea del Estado. El “triumfo” actual de la multinacionalidad, la diversidad o el multiculturalismo se está traduciendo en políticas públicas, ideología, instituciones y leyes, de las cuales muchas están en proceso o sólo hemos visto el principio.

Pues bien, si ello es cierto lo que podemos esperar es que el nacionalismo mexicano, especialmente el nacionalismo de Estado, esté cambiando de acuerdo a esa doble tensión entre discapacidades y capacidades del Estado y entre homogeneidad y diversidad cultural. Los referentes del nacionalismo asociados a factores del Estado cerrado y homogéneo: la soberanía, el patriotismo, la lengua española, algunos hechos históricos, están decreciendo en correspondencia con ese Estado; se vitalizan, en cambio, referentes del nacionalismo vinculados con el Estado abierto y multinacional: la democracia, los derechos humanos, la vinculación con el mundo. Los pasos de este argumento se muestran en la siguiente figura.

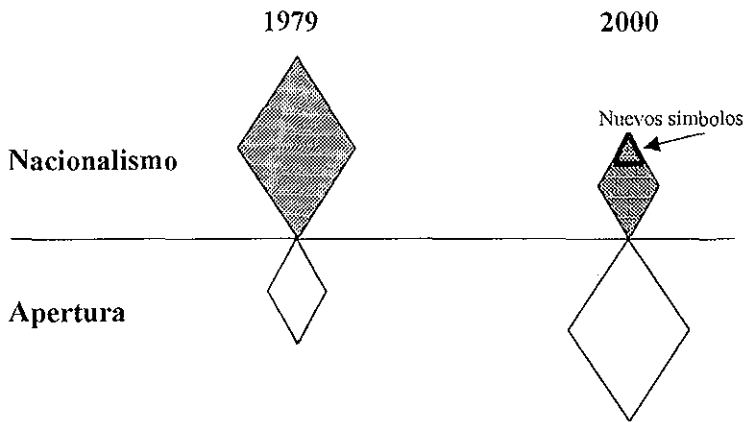


Detrás de este argumento yace el principio de una relación permanente entre Estado y nacionalismo. El nacionalismo, así, se ha transformando junto con la estructura de organización y dominio del Estado. El cambio que orientó la decisión de la apertura económica en

México de mediados de los ochenta estuvo asociada al ascenso de una elite que poseía ideas nuevas orientadas hacia el comercio exterior y el control de la inflación y del gasto público. Una nueva coalición gobernante y nueva relación del gobierno con el mundo exterior. Pero lo que aquí me interesa destacar no es el ascenso de un nuevo grupo al poder sino cómo la globalización obligó al gobierno a modificar la estructura de la dominación, para pasar de un Estado cerrado, circunscrito a un territorio y a una población dentro de éste, a otro con una relación vital con ámbitos internacionales. Con ello llegó a su fin la idea del Estado autocontenido que rendía cuentas y se legitimaba sólo frente a sus propios ciudadanos y en el que éstos se hallaban dentro de unos límites fronterizos. Desde entonces el Estado mexicano tiene que legitimarse ante la opinión pública internacional y sus principales instituciones. Desde entonces, también, comienza a establecer políticas, leyes y acciones de gobierno, entre éstas un nuevo nacionalismo, en correspondencia con los valores de la globalidad y la diversidad cultural. Así se explica por qué el nacionalismo, históricamente cerrado y receloso de las potencias internacionales, sirve a un gobierno que insiste en vincularse con el mundo; por qué el nacionalismo puede convivir con la globalidad, la diversidad y la democracia; y por qué el nacionalismo de Estado puede favorecerse de la globalidad y la democracia. Finalmente, el esquema supone que este nacionalismo favorece la estabilidad y legitimidad del nuevo grupo en el poder, de las políticas de apertura y el reconocimiento de la multiculturalidad y la apertura.

V NACIONALISMO Y APERTURA ECONÓMICA

Desde los años setenta y especialmente desde mediados de los ochenta, México se ha abierto e integrado al mundo por la economía y la cultura, la información y la política, las leyes, la tecnología y las migraciones. Estoy convencido que la globalización abarca todos estos factores. Este capítulo, sin embargo, se enfoca a la apertura económica y su relación con las transformaciones del nacionalismo. Ya en el anterior he mostrado algunos ejemplos políticos y de derechos humanos, en derredor del Acuerdo con la Unión Europea, la OIT y la observación electoral, así como una visión general de los tratados internacionales, donde en los últimos treinta años el país ha firmado el 60 por ciento de todos los que ha convenido a lo largo de su historia. Este simple dato revela la magnitud del cambio. También durante este tiempo, de acuerdo con el análisis estadístico de doce conceptos en los mensajes presidenciales desde entre 1970 y el 2000 que aparece en el siguiente capítulo, el nacionalismo mexicano ha perdido importancia y, a su vez, ha integrado nuevos elementos asociados con la democracia, los derechos humanos, la diversidad cultural y la apertura al mundo. Estos cambios se condensan en esta figura:



Estamos ante una tensión entre la apertura, y especialmente la apertura económica, y el nacionalismo histórico, cerrado y antiimperialista. Con la Revolución Mexicana el antiimperialismo, el proteccionismo económico, la industria “nacional” y la propiedad estatal se constituyeron en símbolos del nacionalismo. Empero, con la intensificación de las interconexiones globales comenzaron a desvanecerse esos símbolos. Paralelamente, el nacionalismo económico, ha cambiado en un sentido doble: en conjunto ha decrecido y, en parte, integrado nuevos referentes. Así, la transformación del nacionalismo está asociada a la evolución de la apertura. Y esta transformación estriba en la pérdida de la influencia del fenómeno y, también, en el desvanecimiento de símbolos surgidos de la Revolución y en la aparición de otros asociados a la modernidad económica y la integración internacional. Un cambio cuantitativo y otro cualitativo.

La figura también señala dos extremos de la integración internacional. 1979 corresponde a la primera negociación entre el gobierno mexicano y el Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT), hoy Organización Mundial de Comercio, para el ingreso del país a ese organismo multilateral¹. 2000 a la entrada en vigor del convenio de cooperación económica y política con la Unión Europea. Dos momentos significativos. En el primero, cuando ya se había tomado la decisión de vincular la economía con el comercio exterior, el nacionalismo poseía aún un peso significativo y sus contenidos se hallaban asociados al Estado cerrado con redes corporativistas; entonces la apertura no se llevó a cabo. Sin embargo, comenzó a desarrollarse un proceso de liberación gradual. Al iniciar el gobierno de Miguel de la Madrid resurgieron las discusiones en torno a la apertura y en 1986 México se adhirió al GATT. Con la administración de Salinas de Gortari se intensificó el proceso y estableció convenios de liberación económica. En 1992 concluyeron las negociaciones del Acuerdo de Complementación Económica con Chile; en 1994 entró en vigor el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá; y en 1995, con Bolivia, Costa Rica, Colombia y Venezuela. Cuatro años después concluyeron las negociaciones con la Unión Europea.

¹ En sentido estricto la primera negociación se llevó a cabo en 1947, cuando surgió el GATT y el gobierno de Miguel Alemán rechazó el ingreso del país al Acuerdo. La negativa fue parte de la tendencia proteccionista ya advertida desde la Conferencia de Chapultepec, en la cual México rechazó la liberalización comercial para el continente americano promovida por los Estados Unidos (Cosío 1945).

Con el proceso económico, también cambiaron las ideas. El Gobierno y algunos partidos políticos y académicos pasaron de la defensa del proteccionismo a una cierta aceptación, no necesariamente acrítica, de la necesidad de diversificar los mercados y abrir la economía con el propósito de transformar la planta industrial y los servicios y aumentar las exportaciones. Esos veinte años constituyen una breve historia de un consentimiento gradual de la integración internacional como un camino para la creación de empleos y el desarrollo. Pero la transformación de las ideas y las decisiones de apertura no fueron procesos simples ni uniformes, como si toda la sociedad avanzase de manera homogénea y el pensamiento político correspondiese tal cual a las políticas públicas. Por el contrario, en correspondencia a esa serie de transformaciones se llevó a cabo en los ámbitos de discusión y decisión públicos un amplio debate en derredor de la conveniencia de unirse a otros países, especialmente a las potencias económicas, y de los riesgos que ello implica para la soberanía, el nacionalismo y los elementos de identidad. Un debate en el que al término de esos años, como se verá aquí, el nacionalismo, en particular el económico, perdió su vitalidad. Dejó de constituir un obstáculo significativo para la creciente apertura. Además, hizo de la apertura misma un nuevo referente que el Gobierno ha llegado incluso a exaltar como un elemento de orgullo frente al mundo.

El 2000 también es el año en que un partido distinto al PRI ocupó la Presidencia de la República, luego de más de setenta años en que ello no ocurría. De manera que está claro que la transformación en el periodo no se limita a la esfera económica y la política no se halla necesariamente subordinada a ésta. El Estado proteccionista, política y económicamente cerrado, basado en un sistema de redes corporativas y culturalmente homogéneo, se agota a partir de la década de los setenta y gradualmente cobra forma una concepción de Estado abierto. El desvanecimiento de uno y otro se halla definido por el avance de los mismos factores que me parecen fundamentales para el nacionalismo: la multinacionalidad, la globalización y la democracia. Sin embargo, no pretendo inferir de aquí una teoría completa de las condiciones necesarias y suficientes de la transición, como tampoco del nacionalismo. Por el contrario, el foco podría establecerse en múltiples aspectos y con ello en múltiples momentos. Jesús Silva Herzog (1943) se refirió a la crisis de la Revolución mexicana desde que a principios de los años cuarenta comenzó a frenarse el sindicalismo y la política de masas contra el imperialismo. Algunos años después Cosío Villegas, cuando iniciaba Miguel Alemán en la Presidencia, el primer civil de la Revolución en ocupar el poder, anunciaba la muerte de la Revolución: “los hombres de la Revolución han agotado su autoridad moral y política” (Cosío 1947). Desde entonces varios sucesos constituyeron nuevos íconos donde diversos autores siguieron marcando el fin de una época: la matanza de Tlatelolco, la reforma política de 1977, la crisis económica de 1982. Más recientemente, muchos otros han considerado las dudosas elecciones de

1988 como otro momento definitorio de la muerte de la Revolución y Carlos Monsiváis ha enfocado varios aspectos sociales, acusadamente la “democratización” de la cultura y el descrédito de la imagen presidencial y del presidencialismo (Monsiváis 1982, 1986, 1995). Cada fase parece entregarnos los elementos para hacer cada vez más compleja la red de variables del cambio.

La relación entre nacionalismo, proteccionismo y antiimperialismo

En este capítulo sigo la transformación del nacionalismo con relación al tránsito del proteccionismo económico a la apertura de los mercados². Parto por supuesto de que el nacionalismo está vinculado con el proteccionismo o, si se prefiere, con la apertura económica. Este eje no me impide entender que el proteccionismo no se circunscribe sólo al ámbito económico; por el contrario, se extiende al político, social e ideológico. De la misma manera, la apertura o la vinculación con el mundo no se restringe a la vida económica³.

² A lo largo de este estudio me refiero a otros momentos y ejemplos significativos.

³ Este argumento lo ha desarrollado David Torres: “una vez establecido el proteccionismo económico como estrategia de desarrollo, es necesario relacionarlo con otros elementos proteccionistas” (Torres 2001: 48). El autor ha argumentado que el proteccionismo, factor central del régimen autoritario surgido de la Revolución mexicana, se estructura después de la segunda guerra mundial en derredor de tres ejes: el laboral, el industrial y la propiedad agraria. David Torres explica además el desarrollo, y el declive, de otras tres esferas donde se protegió al sistema político mexicano: la política, la jurídica y la ideológica.

El nacionalismo mexicano surgió como un rechazo de la sociedad internacional. Su origen y desarrollo están, primero, en la guerra contra España, luego contra los Estados Unidos y Francia. Ello es expresión de un proceso histórico y de que la experiencia o la noción de “nosotros” implica el reconocimiento de los “otros”. Aceptar a alguien dentro de la comunidad política conlleva, a su vez, la aceptación de seres semejantes pero que están fuera, extraños o extranjeros. Están fuera ya por el idioma, ya por la cultura, ya por la historia o porque geográficamente están “del otro lado”.

La exaltación de lo propio y el rechazo o desconfianza de los otros caracteriza el nacionalismo. Es cierto que hay que matizar, sin embargo, el argumento que hace del nacionalismo una dicotomía entre lo propio de lo que no lo es. En el gobierno de Echeverría, el nacionalismo tuvo como uno de sus ingredientes la solidaridad con el tercer mundo. Pero aún reconociendo esos periodos de excepción, lo cierto es que históricamente se puede aceptar esa lucha entre lo doméstico y lo que no lo es. Análogamente hay una industria, un comercio, unas mercancías que simbólicamente o realmente pertenecen a la comunidad y por ello proteger la economía nacional es una consecuencia lógica del nacionalismo. Repudiar la extranjera, también. Especialmente si se ha construido un imaginario que hace suponer que tales o cuales industrias en manos extranjeras debieran “pertenecer a la nación”. Nacionalizar, entonces, implica descolonizar, restituir la soberanía. Proteccionismo y nacionalización son expresiones y propósitos del nacionalismo.

Inversamente lo son, también, rechazar las mercancías del exterior y desconfiar o maldecir la industria y el inversionista extranjero.

Si exaltar lo propio y promover la desconfianza de lo extranjero caracteriza, al menos teóricamente, a casi todos los nacionalismos, para un país como México todo ello adquiere una especificidad. Ser nacionalista, más que desconfiar del extranjero, significa —o significó hasta hace poco— preservar la independencia frente al imperialismo; más que la defensa de la industria asentada en el territorio, la nacionalización de la industria; más que el amparo de los trabajadores, la de las corporaciones sindicales “nacionalistas”; más que el desarrollo del campo, la propiedad colectiva de la tierra; y más que la Constitución, el símbolo de la Carta Magna surgido del movimiento revolucionario.

Ilustrativo de este nacionalismo fueron las ideas políticas y económicas de Vicente Lombardo Toledano, en cuyos innumerables discursos subrayaba la exigencia de ampliar el camino de la Revolución, caracterizado por el acrecentamiento del poder económico del Estado y la nacionalización de los recursos naturales y de las industrias y servicios. Un ejemplo son estas líneas de 1950, aparecidas en *El Popular*:

Durante los últimos años, grandes sectores del pueblo mexicano adquirieron la conciencia clara de que la industrialización del país, o sea, la creación de una industria nacional próspera e independiente, era un requisito básico para la elevación del nivel de vida de los habitantes, el desarrollo de nuestras

instituciones democráticas, el florecimiento de nuestra cultura y la independencia nacional.

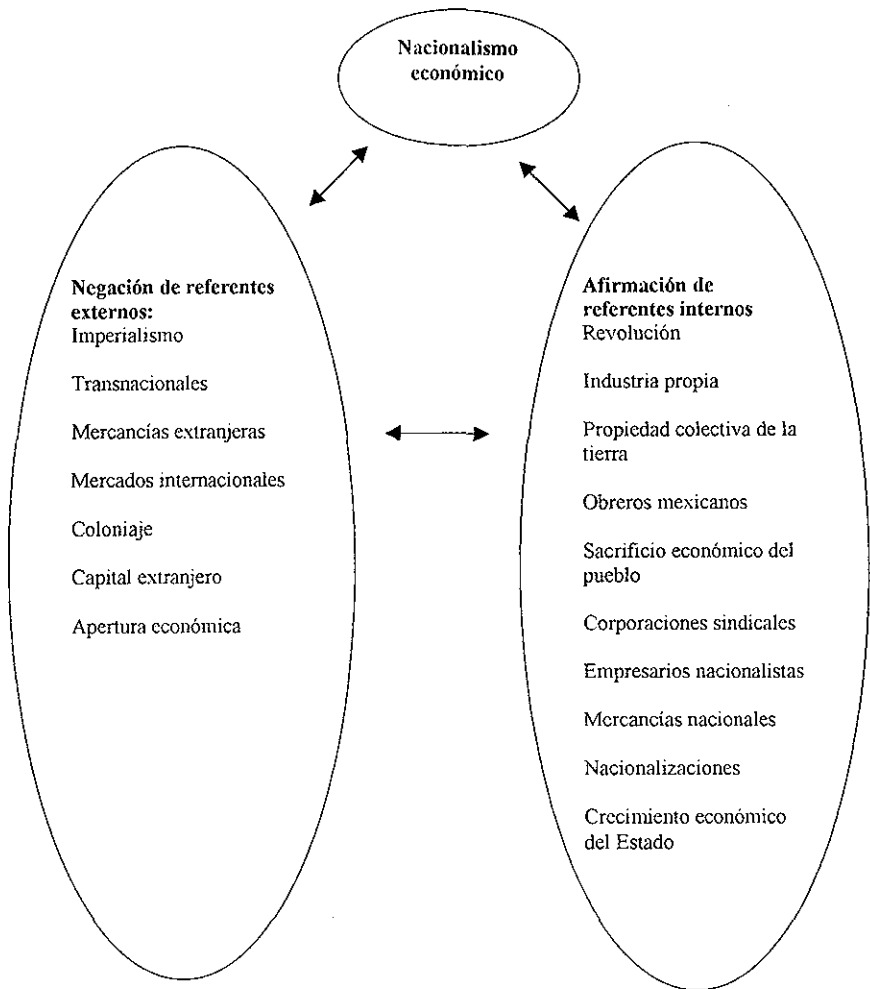
Fueron los círculos progresistas del país los que oportunamente, cuando la Segunda Guerra Mundial aún se encontraba en pleno curso, plantearon y definieron este objetivo inmediato de la Revolución Mexicana. Era evidente que sin el surgimiento de una verdadera industria nacional, apoyada en nuestros considerables recursos naturales y alentada por la capacidad probadas por los mexicanos, el país subsistiría en su condición atrasada de simple productor de materias primas agrícolas y minerales y de tierra propicia a la invasión de los comerciantes e inversionistas del extranjero. Desde entonces, asimismo, se ha entendido en vastas esferas de la vida nacional que la industrialización, tanto como la consumación de la reforma agraria, forman parte esencial del esfuerzo que el país debe realizar para convertirse en una nación libre y soberana de verdad. (*El Popular*, 6 de marzo de 1950)

Estas palabras de Enrique González Pedrero, treinta años después de las de Lombardo, también son ilustrativas:

Uno es el nacionalismo agresivo, expansionista, de los países desarrollados que convendría, para una mayor precisión, llamar por su nombre: Imperialismo. Otro, el defensivo y protector de los países subdesarrollados que, a través de la busca de su esencia como nación, pretenden encontrar su lugar en la Historia Universal. Máscara es aquél, disfraz para encubrir designios no siempre confesables en voz alta. Éste, autenticidad que se busca en el encuentro solidario con los demás. El nacionalismo mexicano no se agota —no debería agotarse— en nuestras fronteras; debe ser cubano, venezolano, colombiano, chileno, argentino. Por nacionalistas somos, pues,

latinoamericanos y, como tales, partes del Tercer Mundo, del mundo. (*Diario de los Debates de la H. Cámara de Diputados*, 21 de enero de 1975).

El nacionalismo económico, entonces, está vinculado, como consecuencia o como causa, a dos procesos: hacia el exterior, casi siempre como una negación, y hacia el interior, como una afirmación. Ahora bien, en el discurso de González Pedrero aparece la especificidad de ese nacionalismo caracterizado por su solidaridad con el tercer mundo, que muchas veces se desdoblaba en los países del “sur” o de América Latina y que ya habíamos señalado caracterizó la época del gobierno de Echeverría. Pero esta especificidad no niega la dicotomía entre los otros (imperialistas) y nosotros (los latinoamericanos mexicanos). En cualquier caso hay una exaltación de lo doméstico y una negación de lo que no lo es. Cada una de estas partes, a su vez, contiene referentes simbólicos, los cuales enumero en el siguiente esquema.



El nacionalismo económico es una ideología del Estado con dos caras: la primera es antiimperialista y fomenta la desconfianza de la economía internacional y la inversión extranjera. Una desaprobación y

censura del otro y los otros. Lo fundamental de este discurso ha sido su utilidad para justificar un aparato económico centralizado, un Estado económicamente fuerte que posea y monopolice los recursos naturales y las industrias y servicios esenciales con el objeto de condicionar las actividades productivas, comerciales y financieras del país. Asimismo, ha promulgado la restricción al comercio exterior y el sometimiento de las empresas extranjeras a las leyes domésticas. El presidente Luis Echeverría, en su informe de Gobierno del primero de septiembre de 1973, lo expresaba en estos términos: “La subordinación de la inversión y la técnica extranjera a las leyes del país al que acuden, constituye la base de un vigoroso nacionalismo económico.”

La segunda cara, en cambio, constituye una apología de la industria nacional, la propiedad del Estado, el sindicalismo y las nacionalizaciones. Es un discurso que se mezcla y confunde con el hecho económico y social, con las políticas públicas y con el enfrentamiento con el mundo, especialmente si el mundo se llama Estado Unidos de América. Incluso algunos autores se han abocado al tema equiparando el nacionalismo con el proteccionismo, la intervención estatal, las propiedades del Estado, las instituciones públicas o el sindicalismo. De hecho ha habido una correspondencia entre nacionalismo y acción transformadora o políticas públicas y en general el empeño por preservar una política o impulsar una acción del Estado. Rafael Segovia ha asemejado el nacionalismo revolucionario con la confrontación con los Estados Unidos, especialmente por el control del petróleo en los años

veinte y treinta (Segovia 1968). Leopoldo Solís, con el desarrollo económico centralizado y el sometimiento de las empresas extranjeras a la legislación nacional (Solís 1969). Jorge Basurto, con el apoyo del Gobierno a las corporaciones sindicales, como la de los trabajadores electricistas (Basurto 1979).

Se trata, hasta aquí, de explicar el nacionalismo como una decisión pública, un hecho económico o político.

Este nacionalismo se desarrolló conforme avanzó el proteccionismo, el corporativismo sindical, las nacionalizaciones y el poder del Estado, especialmente entre los años que van de la década de los treinta a finales de los setenta. El nacionalismo proteccionista se caracterizó por la exaltación de la economía nacional convertida en símbolo de la identidad nacional. En especial las industrias del petróleo, los ferrocarriles, la telefonía, etcétera, que habían pertenecido a multinacionales y fueron adquiridas por el Estado, "nacionalizadas", pasaron a formar parte de los símbolos de la nacionalidad. Pero no sólo las actividades que monopolizó el Estado, sino en general la industria nacional, la "burguesía nacionalista".

El nacionalismo y el GATT

Ante todo, hay que decir que los altos aranceles y la protección económica no fue una política exclusiva de México, sino parte de una

tendencia mundial iniciada tras la primera guerra mundial en Estados Unidos y especialmente en Inglaterra y Europa Central. La decisión de fijar altos impuestos a las mercancías de importación llegó a sus momentos más altos en los años treinta y cuarenta hasta que un conjunto de convenios entre países, principalmente entre Estados Unidos y Europa, estableció acuerdos para disminuir los impuestos. En el contexto de la nueva tendencia contra el proteccionismo, surgió en 1947, con 23 países miembros, el Acuerdo General de Aranceles y Comercio⁴. Es paradójico: mientras el mundo comenzaba a abrirse, México se cerraba todavía más y lo hacía con el orgullo de defender la soberanía y exaltar la nacionalidad. Sin embargo, hacia los años setenta ya no era tan fácil defender los argumentos que habían justificado la larga época proteccionista. Aunque hay que decir que el discurso del nacionalismo económico conservaba su vitalidad. Todavía tuvo un peso determinante en 1979 con motivo de la discusión sobre la apertura económica y la adhesión de México al GATT. El sentimiento nacionalista contra la apertura podría condensarse en esta frase de un editorial de un diario de la Ciudad de México: “ingresar al GATT significa rendir los últimos bastiones de nuestro nacionalismo, que debe entenderse más que como una postura política, una realidad económica”. (*Diario de México*, 6 de marzo de 1979) La frase expresa una emotividad, un sentimiento de pertenencia a una identidad común y el temor al “otro”, a lo no propio, al

⁴ He consultado el sitio electrónico de la Organización Mundial del Comercio, <http://www.wto.org>.

extranjero, al imperialismo capaz de destruir esa comunidad imaginada, como ciertamente había sucedido muchas veces en la historia de México.

La idea de la adhesión de México surgió con motivo de la reunión ministerial del Acuerdo General de Aranceles y Comercio de 1973. Ese año, los representantes de los países miembros e invitados, entre ellos México, se reunieron en Tokio y aprobaron iniciar una ronda de negociaciones comerciales multilaterales con el principio de favorecer a los países en desarrollo en el intercambio con los industrializados. En septiembre de ese año el secretario de Hacienda, José López Portillo, se dirigió al director del Acuerdo General para notificarle la decisión del “gobierno de México de participar en las referidas negociaciones”.⁵ La participación de la representación de México en la ronda de negociaciones fue, en los primeros años, tan solo presencial y se limitó a la observación e intercambio de información. En 1975, López Portillo volvió a escribirle para informarle que el Congreso de la Unión había aprobado una nueva tarifa de impuestos de importación que implicaba una disminución en los aranceles. Esta reforma, según el secretario de Hacienda, debía “ser considerada como una contribución de México al objetivo perseguido por las Negociaciones de una mayor liberalización del comercio internacional y, al mismo tiempo, como una contribución

⁵ Carta de José López Portillo a Oliver Long, 14 de septiembre de 1973. Esta carta y las siguientes son parte de una colección de documentos reunidos por Gustavo Salinas Íñiguez en 1979. La Colección, que sirvió de consulta entre funcionarios públicos de alto nivel, reúne documentos oficiales del gobierno de México, del GATT

suficiente de México dentro de los propósitos perseguidos por los procedimientos de consulta y negociación entre las Partes Contratantes y los Gobiernos que desean acceder al Acuerdo General”.⁶

Era el último año del gobierno de Luis Echeverría y aunque se advertía una tendencia en algún sector de su gabinete para promover la vinculación de la economía con el exterior, la característica del presidente había sido desde 1970 un discurso teñido del nacionalismo de los años treinta, como si con ello se reivindicara el viejo cardenismo o, al menos, se restableciera la confianza perdida ante la sociedad y las tendencias políticas de izquierda, en un contexto de auge guerrillero luego de la matanza de 1968. Casi todas las políticas públicas: educación, industrialización, combate a la pobreza, indigenismo, relaciones exteriores, llevaban un apelativo o adjetivo para invocar el patriotismo. Al revisar los debates de la Cámara de Diputados y de Senadores o el contenido de los mensajes presidenciales de aquellos años, se advierte cómo el nacionalismo cubría la vida política y la prensa diaria. Si se trataba –por citar algunos ejemplos– de simples cambios en el Instituto Politécnico Nacional, se les llamaba “transformadores y nacionalistas”; si de la crisis de energéticos, se aludía a Lázaro Cárdenas y a Adolfo López Mateos, “a quienes debemos la expropiación de la industria petrolera y la nacionalización de la industria eléctrica”; si de nuevas disposiciones legales o simplemente administrativas en el sistema financiero, de

y opiniones públicas diversas sobre el tema, además de un análisis estadístico de la orientación de estas opiniones.

inversiones exteriores o de impuestos a las exportaciones se hacían, o decía que se hacían, “con el patriótico respaldo de toda la Nación”. Para ilustrar mejor, es interesante este pasaje del primero de septiembre de 1974, día del cuarto *Informe* de Luis Echeverría. El presidente hablaba en un tiempo en que el Estado enfrentaba, por un lado, a los grupos clandestinos que reivindicaban el socialismo; por otro, a los empresarios, muy a disgusto con el populismo de Echeverría. Así que para convocar a la unidad, comenzó celebrando los 150 años de la Constitución de 1824, 125 de la guerra con los Estados Unidos y los 104 del restablecimiento de la República.

Si en México –decía– o fuera de México hay intereses que tratan de dividir a los mexicanos, de sembrar la discordia, recordemos que en 1848 perdimos la mitad del territorio que nos legaron nuestros padres indígenas y españoles, después de una injusta guerra con los Estados Unidos de América, y en lo que fue factor fundamental la división del país. No olvidemos que cuando unos malos mexicanos, engañados o traidores, después de la derrota que Juárez y sus hombres les infligieron en la guerra de Reforma, fueron a Europa a buscar príncipe extranjero y lo trajeron para ser derrotado por Juárez, nuevamente encontramos el movimiento conservador de México y la intervención extranjera. Ello fue posible, transitoriamente, por la división del país. Si estos grupos que tratan de provocar la división quieren provocar algún día la intervención en cualquier forma de cualesquiera de las potencias, que sepan que tenemos plena conciencia histórica de lo que en México ha ocurrido; que forma parte de nuestra educación, de nuestra formación cultural, de nuestra tabla de valores morales, políticos y cívicos, esas dos grandes enseñanzas

⁶ Carta de José López Portillo a Oliver Long, 18 de julio de 1975.

históricas a que me he referido, y que por eso la Revolución Mexicana, profundamente nacionalista en lo político y en lo económico, trata los grandes problemas de ahora o del futuro, como en el pasado ha ocurrido, dentro de la unidad de los mexicanos.

¿Cuándo no ha habido problemas, en qué país no los hay o no los habrá? Que todo, en los próximos días y en los próximos sexenios y en los próximos siglos, nos encuentre, compatriotas, unidos en lo esencial.

Aquí fue interrumpido el Presidente, primero por una larga ovación y un largo tiempo de aplausos y, enseguida, por el Himno Nacional, entonado “espontáneamente” por los asistentes al recinto de la Cámara. Luego el presidente retomó el discurso para homenajear a un grupo de veteranos de la Revolución a quienes se dirigió con este saludo: “Están ustedes vivos, militantes, batalladores e inconformes, para orgullo nuestro, con más de 57 años. Merecen, por ello, el bien de la patria.” Y, otra vez, surgieron los aplausos. (*Diario de la Cámara de Diputados*, 1 de septiembre de 1974)

A la catarata de patriotismo siguió una calma natural, en cuyo ambiente el presidente informaría de sus trabajos, anunciaría nuevas decisiones y sería interrumpido, una y otra vez, por un auditorio atiborrado dispuesto a celebrar todo lo que estaba dirigido a exaltar la nacionalidad, la unidad con América Latina y la condena del imperialismo. La muerte del estadista Salvador Allende, por ejemplo. O mejor, un caso constituido en símbolo de la industria artesanal, pero

mexicana, que tocaba más cercanamente al pueblo mexicano. El de dos obreros de plantas fabriles, a los que Echeverría llamaba por su nombre y apellido, quienes “al advertir lo difícil y lento que es el procesamiento manual de las fibras, se dieron a la tarea de inventar una máquina talladora que evita penosas faenas a sus compañeros de clase”. Para sustentar la unidad entre la clase trabajadora y el gobierno, Echeverría anunciaba que había ordenado la fabricación de 100 de esas máquinas. Y volvían los aplausos y se repetían cuando el presidente llamó a “los empresarios nacionalistas, los profesionales, los estudiantes, y en lo general todos aquéllos que deseen realmente contribuir a la independencia nacional, aprendan de estos modestos trabajadores mexicanos”, concluyendo con esta frase: “Sabemos que como ellos hay muchos otros mexicanos que no consideran superiores las creaciones extranjeras sólo por ser extranjeras y que, por el contrario, saben que muchas de ellas, justamente por no corresponder a nuestra realidad, se convierten en un verdadero lastre nacional (*Diario de la Cámara de Diputados*, 1 de septiembre de 1974).”

Luis Echeverría continuó su exposición en el mismo tenor y, al referirse a la entrada en vigor del Reglamento del Registro Nacional de Inversiones Extranjeras, que “significa un valladar”, advirtió que

no podrá defenderse nuestra economía ni nuestra cultura ni nuestra política ni la independencia de la prensa ni de los medios de difusión; no podrá defenderse la educación con espíritu de soberanía de nuestros hijos, si no

cobramos plena conciencia acerca de una política nacionalista en todos los renglones grandes y pequeños, en invertir nuestro ahorro en lugar –como algunos lo hacen– de mandar capitales a los Estados Unidos o a bancos de Suiza. Pobres de ellos, por más dinero que tengan. El Gobierno persistirá en impulsar nuestra vocación científica y nuestra vocación técnica para producir nuestros propios instrumentos de trabajo, en liberarnos - lo más importante de todo - de un complejo de inferioridad y contra el cual todavía, en muchos hogares, hay una actitud de postración frente a valores, muchas veces más aparentes que reales, respecto a todo lo extranjero (*Diario de los Debates de la H. Cámara de Diputados*, 1 de septiembre de 1974).

Sirvan esas líneas para mostrar la orientación ideológica del presidente, que no facilitaba avanzar en las negociaciones con el GATT. Por el contrario, con Echeverría se acentuó el nacionalismo, la propiedad de Estado y el proteccionismo.

Al asumir José López Portillo la Presidencia, la orientación económica comenzó a cambiar y se estableció la idea de que el país ya no podía mantener el proteccionismo y, en cambio, debía orientar la economía hacia el exterior.

Porque estamos organizando –comentó López Portillo en 1979– nuestra economía hacia la exportación estudiamos los posibles beneficios de una eventual adhesión al Acuerdo General de Aranceles Aduaneros y Comercio. Quisimos ver, no sólo las muy conocidas y trilladas desventajas, sino también evaluar las ventajas que dicha adhesión nos reportaría a la luz de dos objetivos fundamentales: obtener, mediante la eliminación o reducción de barreras al

comercio, la apertura de mercados extranjeros e influir y participar en la redefinición de las reglas del comercio internacional.⁷

La disyuntiva era el ritmo de la apertura y si ésta debía hacerse a través de un acuerdo multilateral, como el GATT, o mediante negociaciones bilaterales. En cualquier caso el Gobierno había ya decidido abrir la economía. Una decisión que si bien encontraba un obstáculo en la inercia del nacionalismo económico, se favorecía por la sociedad internacional, dominada por los países y organismos, como el Fondo Monetario Internacional, con los que México adquiriría cada vez más deuda y, con ello, más compromisos.

Aunque el gobierno mexicano había buscado, en 1977, la negociación bilateral mediante un tratado de libre comercio con Estados Unidos —no aceptado por el senado de México—, se prefirió la opción multilateral. Se avanzó entonces en las negociaciones con el GATT que el mismo López Portillo había iniciado seis años antes. El 16 de enero de 1979, el Gobierno comunicó al Acuerdo General el deseo de México de “entablar negociaciones para una eventual adhesión”.⁸ Tres días después el GATT aprobó formar un Grupo de Trabajo para la negociación con México. Éste igualmente constituyó un grupo de trabajo, el cual entregó a los miembros del GATT un boletín sobre el comercio mexicano y

⁷ Palabras de José López Portillo en su *Tercer informe de gobierno*, dado el 1 de septiembre de 1979.

⁸ Así se anota en el preámbulo del *Proyecto de Protocolo de Adhesión de México al Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio*, de noviembre de 1979.

asistió a diversas reuniones a lo largo de ese año⁹. En noviembre de ese año se aprobaron el Protocolo y Proyecto de Adhesión de México al GATT, así como la lista de concesiones arancelarias. En ese momento la Secretaría de Comercio publicó estos documentos y convocó a una discusión pública sobre el tema. La decisión estaba en el Presidente López Portillo, pero la convocatoria suscitó una verdadera polémica en todo el país.

Un documento interno del Ejecutivo que tuvo como propósito sistematizar las opiniones que entonces se expresaron, registró un total de 430. De éstas el 28 por ciento eran a favor del ingreso, el 14 neutras y casi el 60 contrarias a la adhesión de México al GATT.¹⁰ La mayoría de los funcionarios públicos que opinaron, lo hicieron a favor de la adhesión, aunque una parte lo hizo en contra y muchos, al igual que el presidente López Portillo, asumieron una actitud neutral. Tampoco entre los empresarios se manifestó una posición homogénea. Las opiniones de organismos internacionales eran claramente favorables y, en cambio, en el sector obrero, los partidos políticos, los académicos y los economistas se opusieron en su mayoría.

Quienes se manifestaron a favor del ingreso de México al GATT esgrimieron objetivos esencialmente económicos: terminar con la protección de empresas ineficientes, favorecer la circulación de

⁹ Estos documentos se hallan en el expediente reunido por Salinas Íñiguez al que me he referido antes.

mercancías de mejor calidad y bajos precios, evitar a que el excedente de divisas provenientes de las exportaciones petroleras favoreciera la inflación y, sobre todo, estimular la competencia y la modernización industrial. En contraste, quienes se opusieron argumentaron una defensa de la nación y el nacionalismo.

En el Congreso de la Unión, a donde López Portillo anunció en su tercer informe de gobierno la eventual adhesión al GATT, la discusión fue intensa a partir de septiembre de 1979. El Partido Comunista fue la primera fracción en condenar el ingreso de México, para lo cual, el día 6, el diputado Manuel Stephens García subió a la tribuna. Refirió primero “la contradicción histórica” entre el sistema capitalista y el socialista. Sostenía el diputado que el Gobierno debía considerar esta contradicción para normar la política internacional, definida por la independencia, el progreso social y el desarrollo propio. En este punto abrió un paréntesis para subrayar que quienes habían gobernado, salvo Lázaro Cárdenas, habían conducido al país a la dependencia y a la subordinación económica respecto de los monopolios norteamericanos y las instituciones financieras de los Estados Unidos de Norteamérica. En ese momento el diputado comunista subió el tono y se ocupó de la posibilidad de que México ingresara al GATT, como lo había dejado entrever el presidente de la República. La posición de los comunistas podría condensarse en esta metáfora que sirvió a García para manifestar su oposición: “El GATT es una especie de gato, cuyas uñas pretenden

¹⁰ Este análisis se incluye en la colección de Salinas Iñiguez.

atrapar la economía de nuestro país, estrangularla y someter más nuestra economía, repitiendo, a los dictados del imperialismo norteamericano” (*Diario de Debates de la H. Cámara de Diputados*, 6 de septiembre de 1979). La metáfora es interesante. En el siglo XIX, en los años posteriores a la Independencia, los nacionalistas habían representado a México como un águila, símbolo del imperio capaz de extender sus alas sobre Centro América y el Caribe. Al mediar el siglo la imagen de México fue la de un cuerno de la abundancia. Ahora, en cambio, la imagen era la de una pequeña ave, un ratón o algo como una bola de estambre, para ser atrapado por las garras de un gato. El devenir de estas referencias simbólicas revela una percepción del país. En cualquier caso muestra que la idea de nación requiere de un referente, de orgullo o pena, de triunfo o derrota, para unir a los miembros de la nacionalidad, quienes están moralmente obligados a defenderla y mantenerla unida.

Tras la intervención comunista, vino un amplio debate sobre la política exterior y la adhesión al GATT. La fracción del Partido Acción Nacional asumió una posición de reserva, aunque en sesiones posteriores y declaraciones a la prensa algunos de sus diputados se manifestaron en contra. Los del Revolucionario Institucional, siguiendo el principio de que corresponde al Ejecutivo fijar la política exterior, igualmente mantuvieron una posición indefinida hasta no conocer la decisión del presidente. No fue el caso del Partido Popular Socialista, cuya escuela descansaba en el nacionalismo revolucionario que había diseñado Lombardo Toledano. En voz de su diputado Hildebrando Gaytán, el PPS

se opuso al GATT sosteniendo que el imperialismo y las fuerzas aliadas de nuestro país habían actuado permanentemente obstaculizando el desarrollo nacional. “O se imponen en este proceso las fuerzas democráticas haciendo valer los principios nacionalistas o tendremos un estancamiento, desviación muy peligrosa en este camino” (*Diario de Debates de la H. Cámara de Diputados*, 11 de septiembre de 1979).

Fuera de la discusión parlamentaria, otros sectores de la sociedad se manifestaron igualmente, argumentando razones nacionalistas, en contra del GATT. Entre estos los economistas y académicos universitarios Rolando Cordera y Arturo Ruiz. El primero sostuvo que la adhesión al Acuerdo General era contraria al desarrollo nacional y “en realidad sólo promete, no obstante su oropel modernizante, un futuro de creciente subordinación de México al exterior” (Cordera 1979). El segundo, que el GATT “oculta el propósito de alinear al país en función de los intereses franceses, alemanes o norteamericanos” (*Proceso*, 2 de abril de 1979). El Colegio Nacional de Economistas, vinculado al PRI desde su fundación en 1952, expuso, con “el ánimo de contribuir a una opción nacionalista radicalmente democrática”, una posición semejante: el ingreso de México implicaría la “subordinación al expansionismo norteamericano.”¹¹ Las organizaciones laborales igualmente se manifestaron en contra. El Sindicato Mexicano de Electricistas, por

¹¹ Discurso de Armando Labra Manjarrez durante la XIV Asamblea General Ordinaria del Consejo Directivo del Colegio Nacional de Economistas, 10 de octubre de 1979. Incluido en la colección de Salinas Iñiguez.

ejemplo, se refirió al GATT como “un instrumento del imperialismo norteamericano” (*El Día*, 15 de noviembre de 1979).

Si bien ya habían exteriorizado su opinión diversos sectores de la sociedad: empresarios, comerciantes, académicos, agrupaciones profesionales, funcionarios, partidos políticos, etcétera, el debate se intensificó luego de que, a mediados de noviembre, el Gobierno Federal envió a la Cámara de Diputados más información sobre la situación de México con relación al GATT. Con ello la Cámara se constituyó en un gran foro que iba a revelar esa tensión entre nacionalismo y apertura.

El día 21 el priista Humberto Romero Pérez expuso un conjunto de ideas que iban a abrir una amplia discusión. El diputado no se manifestó explícitamente a favor del ingreso al GATT. Su posición más bien fue la de establecer un marco de información política y económica que abriera el camino a la justificación de la adhesión. Era ello políticamente natural puesto que se daba por hecho que el presidente López Portillo iba a decidirse por la adhesión. De modo que sin comprometerse con una opinión impopular, como era la de apoyar la adhesión, exponía un conjunto de teorías que luego le permitirían sumarse a ésta una vez que se publicara la decisión del presidente. Humberto Romero sostuvo una tesis interesante que revelaba la tensión entre nacionalismo y apertura. La adhesión al Acuerdo General, decía, ha propiciado “que viejos mitos económicos vuelvan a citarse” (*Diario de los Debates de la H. Cámara de Diputados*, 21 de noviembre de 1979). Aunque no lo mencionaba

explícitamente, los mitos a los que se refería eran, precisamente, los mitos del nacionalismo: la injerencia externa en la política económica interna, el comprometer la soberanía, entregar el petróleo a los Estados Unidos. Pero sus palabras, en realidad, tenían el sentido de acabar con la ideología que impide la apertura de la economía: el nacionalismo como un impedimento del comercio. Y por ello, el nacionalismo tenía que desaparecer o al menos moderarse para dar paso a la apertura. La disyuntiva –en cierta forma una falsa disyuntiva– era ésta: o nacionalismo o comercio.

Siguieron muchas otras intervenciones de las distintas fracciones parlamentarias. Unas a favor, otras en contra de la adhesión; todas asociadas, de una u otra forma, a la identidad nacional. Las tendencias políticas y económicas coincidían en que la apertura comercial constituía un problema nacionalista. El Partido Socialista de los Trabajadores, a través del diputado Jorge Amador Amador, lo decía explícitamente. Lo importante del tema no era la adhesión, sino la nación:

México es una nación. En México vivimos millones de hombres y mujeres sobre millones de kilómetros cuadrados, rodeados de aguas y de cielo. En México gozamos de un espacio y de un tiempo histórico. Contamos con tradiciones de lucha, contamos con riquezas culturales y naturales. Estamos plenos y vivimos de aspiraciones y necesidades. En México soñamos con una patria nueva y este sueño comenzó con la nación misma.

Nuestros héroes, desde el siglo pasado, soñaron con un país libre y justo; el pueblo de México en la revolución diseñó el camino para conseguir un país libre y justo; en las grandes movilizaciones populares de los años treinta se consolidaron las bases para avanzar en la conquista de un país libre y justo, pero he aquí que después de 40 años de extravío, hemos llegado a la situación en que todavía no hay justicia ni suficiente libertad, y nosotros y el Estado Mexicano y la Nación entera tenemos que plantearnos seriamente este problema, reencontrar el camino de la Revolución o confirmar el extravío, y una decisión como la del ingreso al GATT es una decisión que tiene trascendencia, es una gran decisión que afecta la gran decisión (*Diario de los Debates de la H. Cámara de Diputados*, 21 de noviembre de 1979).

La discusión siguió durante algunos meses; argumentos a favor, en contra, sustentados en principios económicos o estrictamente ideológicos. Y finalmente llegó la decisión del Ejecutivo. El Presidente López Portillo consideró, otra vez, la protección al desarrollo económico y de la mediana y pequeña empresa, que “es la más nacionalista”, y decidió, lejos de la apertura como casi todos auguraban, el no ingreso de México al GATT. Pudo ser, simplemente, una decisión económica. Pero el presidente hizo de su anuncio una manifestación pública. Una exaltación de la identidad y el nacionalismo mexicano. El 18 de marzo, en el marco del aniversario de la expropiación petrolera, la fiesta del nacionalismo económico, López Portillo aprovechó la oportunidad para publicar su decisión de aplazar el ingreso y, con ello, recordar a la sociedad algunos

rasgos esenciales de la identidad nacional.¹² Su decisión, sobre todo, era una manifestación para traer a la memoria la revolución de 1910 y los pasajes más álgidos de la exaltación de la nación. Como Lázaro Cárdenas, en 1938, el Presidente López Portillo invocaba a la soberanía y las clases trabajadoras. Su decisión era un homenaje al símbolo del nacionalismo mexicano del siglo veinte: Lázaro Cárdenas.

El Gobierno decidió la no adhesión. ¿Cuánto pesó, entre muchos otros factores, el argumento nacionalista? Sería aventurado determinarlo. Sin duda también fue significativo el excedente petrolero de esos años, el incremento de sus precios y exportaciones, lo cual dio una imagen de abundancia sin necesidad de ingresar al Acuerdo General ni entrar en tensión con el nacionalismo.

En cualquier caso, la eventual adhesión de México al GATT reveló la necesidad, y la decisión del Gobierno, de orientar la economía hacia el exterior y terminar con el proteccionismo. La economía tenía que abrirse y las negociaciones con el GATT iban a reiniciar. El espejismo del petróleo terminó en 1982 y el nuevo gobierno de Miguel de la Madrid volvió a las negociaciones. En 1986, en condiciones menos ventajosas, México ingresó al GATT. Y no sobra recordar que hacia 1994 el ex presidente Salinas, con el apoyo de buena parte de la opinión pública y del presidente de Estados Unidos, se constituyó en uno de los principales

¹² Discurso de López Portillo pronunciado en la ciudad de Guadalajara el 18 de marzo de 1980.

candidatos a la Dirección de ese organismo, cuya estructura, entonces, se transformó para formar la Organización Mundial de Comercio.

Algo semejante ocurrió con el ingreso de México al Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos y Canadá. En los años setenta, arguyendo la defensa de la soberanía, la nacionalidad y los peligros del imperialismo, se rechazó la posibilidad del TLC. En 1990, en cambio, reinició la discusión del tema y cuatro años después México aceptó. Los argumentos contra la apertura de 1979 en cierta forma se repitieron en 1986 y 1994 y sería ocioso reproducirlos aquí.

Mi propósito no es contar la historia de la apertura comercial, sino subrayar cómo en unos cuantos años cambió la perspectiva del país frente al exterior y sobre todo cómo declinó, en correspondencia, el nacionalismo.

La apertura ¿símbolo de la identidad nacional?

Al triunfar la apertura, sin embargo, no dejó de existir el nacionalismo mexicano. Éste, en realidad, se constituye de muy diversos elementos: la historia, la raza, el territorio, la soberanía, que no necesariamente pierden fuerza por el declive del proteccionismo y la apertura al mundo. Por el contrario, en los últimos años del siglo XX y al iniciar el XXI, ha sido paradójico que el nacionalismo que aparece en las acciones de gobierno comenzó a utilizar la apertura al mundo, especialmente la liberación del comercio, como un componente de orgullo de México. La integración al

mundo se transforma en símbolo y puede ser tan funcional para el nacionalismo como lo fue el proteccionismo. El nacionalismo siempre es un abuso de la historia.

En mayo de 1995, cuando México inició las negociaciones para suscribir con la Unión Europea el Acuerdo de Cooperación con el que se iba y liberar el comercio, la tensión entre nacionalismo y apertura comercial había perdido su radicalismo. Este cambio fue producto de dos causas: el declive del nacionalismo surgido de la Revolución y, en contraste, la creciente valoración del comercio internacional. Ya nadie iba a involucrarse en la Bandera, ni a invocar a Cárdenas ni a los héroes del XIX, para oponerse a Europa.

Las negociaciones demostraron cuánto habían cambiado las ideas y cuánto el nacionalismo. El 24 de noviembre de 1999, cuando concluyeron en Bruselas las negociaciones del Acuerdo y que incluyó, como he explicado antes, compromisos políticos y la posibilidad de que la Unión Europea opine sobre la vida doméstica de México, especialmente sobre democracia y derechos humanos y de las minorías, el presidente Zedillo convocó a una conferencia de prensa. Se refirió al Acuerdo como “una muy buena noticia para México” y, lo que otrora hubiese sido impensable, hizo de ese acuerdo un elemento de orgullo y exaltación de la nación:

VI DOCE REFERENTES EN LA HISTORIA ACTUAL

A partir de los años ochenta hay un cambio doble en el nacionalismo de Estado en México: decrece en su capacidad de convocatoria y modifica algunos de sus contenidos. El nacionalismo es hoy, al inicio del siglo XXI, más moderado que a mediados del siglo pasado y posee menos importancia en el discurso político, aunque no puedo sostener que ha desaparecido o está próxima su eliminación. Y junto a su mayor o menor decrecimiento, lo significativo es que se están vitalizando referentes nacionalistas asociados a la democracia, la diversidad y la apertura del país al mundo. Referentes que tradicionalmente no se han considerado parte del nacionalismo mexicano pero que, por razones históricas y por la necesidad del Estado de justificar un conjunto de políticas asociadas a la globalidad y al reconocimiento de los derechos humanos y de los pueblos indios, se han incorporado gradualmente en los últimos años como símbolos de la acción nacionalista.

Como he argumentado, sostengo que el nacionalismo –entendido como discurso para recrear el orgullo de la población hacia la identidad compartida y hacia determinados proyectos propuestos en nombre de una nación– está relacionado con los intereses creados de las elites en el poder o que aspiran al poder. De manera que la explicación de los cambios de los contenidos del nacionalismo, en cualquier época y en cualquier cultura, debe considerar los cambios de quienes ocupan el poder. He argumentado también, que el nacionalismo no debe

confundirse con las instituciones o las políticas públicas, por más que esté asociado –como en el caso del nacionalismo de Estado en México– a instituciones y políticas consideradas, por una parte de la comunidad, necesarias o convenientes para la “nación” o la “soberanía”. Específicamente sobre el nacionalismo mexicano en los años recientes, he argüido que los cambios deben explicarse, además, examinando la globalidad, la democracia y el multiculturalismo. Estas tres características del Estado contemporáneo y la consideración de las elites y las instituciones configuran un conjunto de factores que son determinantes en las transformaciones recientes del fenómeno.

El desarrollo de cada uno de estos factores tiene como contraparte el declive de otros. La aparición en el Gobierno de una elite con ideas orientadas hacia el comercio exterior y hacia el control de la inflación y del gasto público implica el desplazamiento de líderes que otrora defendieron la economía cerrada; la globalidad, a su vez, conlleva el debilitamiento del Estado autocontenido y soberano; el avance de la democracia y el multiculturalismo, el resquebrajamiento del corporativismo y de la homogeneidad cultural. La transformación del nacionalismo corresponde al ascenso y declive de cada uno de estos factores. Así, los referentes del nacionalismo asociados al “viejo” Estado surgido de la Revolución se hallan en declive, mientras que los referentes en ascenso están asociados con la democracia, la apertura y la diversidad cultural.

Este capítulo busca ofrecer algunas pruebas de tales explicaciones. Para ello he desagregado el nacionalismo en conceptos factibles de ser identificados en el discurso presidencial de las últimas décadas. Los he analizado, como ya dije, bajo la tesis de que los cambios del nacionalismo, y por tanto esos conceptos, están asociados al avance de la globalidad, la democracia y la apertura al mundo. El análisis consistió en encontrar la frecuencia con la que doce referentes del nacionalismo aparecieron en los mensajes políticos de los presidentes de México de 1970 al 2000 (Luis Echeverría, 1970-76; José López Portillo, 1976-82; Miguel de la Madrid 1982-1988; Carlos Salinas, 1988-94; y Ernesto Zedillo 1994-2000) dados ante el Congreso con motivo de la ceremonia de toma de posesión de la Presidencia y de los informes de actividades del Gobierno¹. Se trata, así, de siete mensajes de cada uno de los presidentes, el primero al asumir el poder y seis más correspondientes a cada uno de los informes de los seis años de gobierno.

Las gráficas uno y dos muestran esos doce conceptos: Independencia, Hidalgo, Morelos, Reforma, Juárez, Revolución, Cárdenas, Cardenismo, soberanía, democracia, nación y patria o patriotismo. Los ocho primeros, en la gráfica uno, son referentes históricos. De éstos, como puede advertirse, cuatro corresponden a procesos sociales y cuatro a personalidades. Los otros cuatro, en la

¹ Agradezco a Ivón Angulo sus cálculos matemáticos y sus ideas para la presentación de los resultados. A Mario Ramírez Rancaño sus criterios históricos y la asistencia de Ivo Nájera y Sergio Vázquez.

gráfica dos, tienen un carácter cívico. En cada columna, tanto en la gráfica uno como en la dos, aparece el número de veces que cada presidente utilizó cualquiera de estos conceptos en sus siete mensajes.

Aunque originalmente consideré el término “México”, lo descarté porque aparece más veces como un sustantivo neutro y menos con un sentido ideológico que denote una acción nacionalista. Se podrá argumentar, sin embargo, que aquí no hay neutralidad. Ya la expresión México conlleva un sentido político, una forma de designar algo que podría nombrarse de otra manera. También había considerado la importancia de incluir conceptos relacionados con lo indígena y lo extranjero. Dos ámbitos esenciales del nacionalismo mexicano desde finales del siglo XVIII. Durante la lectura de los mensajes, sin embargo, fue evidente que estos temas poseen una significación esencialmente cualitativa y no cuantitativa. Era imposible un seguimiento estadístico. Los otros doce conceptos sí permiten esta posibilidad. La estadística es un nivel de análisis, aquí muy útil para encontrar una tendencia a lo largo del tiempo mediante una observación más o menos sistemática, que sólo tiene sentido en el marco del análisis cualitativo y de la construcción de hipótesis; es otra manera –no exhaustiva ni excluyente– de mostrar nuestro argumento.

El análisis partió del supuesto de que la frecuencia con la que aparecían los conceptos, en el conjunto de los siete discursos de cada sexenio, estaba asociado al pensamiento y los intereses políticos del

presidente en turno. Se supuso, además, que esos doce conceptos si bien no agotan ni la acción ni el discurso nacionalista sí son indicativos de éste.

La elección de los doce conceptos se llevó a cabo de la siguiente manera: personalmente hice una lista de conceptos que juzgue eran indicadores del nacionalismo y pedí a un colega historiador hiciera lo mismo. Mi primer listado, como el de mi colega, estaban acotados por tres criterios. El primero, ceñirse a la definición de nacionalismo de este estudio, por lo que habría que considerar sólo referentes que suponíamos son parte del discurso gubernamental. Así quedaron fuera, por ejemplo, “Virgen de Guadalupe”, “selección mexicana de fútbol”, etcétera, que siendo expresiones del nacionalismo de la sociedad civil difícilmente aparecen en el nacionalismo oficial del Ejecutivo. El segundo criterio consideraba los referentes que suponíamos más importantes, esto es que hipotéticamente deberían aparecer con mayor frecuencia en los discursos del gobierno y en particular en los mensajes presidenciales. El tercero fue incluir referentes cívicos e históricos, a los que teóricamente —como he explicado en el capítulo dos— está relacionado el nacionalismo. Pasamos luego a comparar las listas y a descartar los términos en los que no había coincidencias. El resultado fueron quince conceptos, de los cuales como dije antes excluí tres.

Cada conjunto de siete discursos se consultó en la versión digitalizada, en disco compacto, del Diario de Debates de la Cámara de

Diputados (DDCD)², salvo los de Ernesto Zedillo que se tomaron de la página electrónica de la Presidencia (www.presidencia.gob.mx). Cada uno de los discursos se leyó con el propósito específico de encontrar la frecuencia con la que se repetían los conceptos. No se contabilizaron cuando alguno de ellos aparecía en la misma frase ni, en el caso de los conceptos históricos, cuando se utilizaban para nombrar instituciones, proyectos, fábricas, presas u obras públicas, sino sólo cuando se referían al personaje o a la época histórica. Incluí, además, los sinónimos de los conceptos o las referencias al periodo histórico aunque éste no se hiciera explícito. La lectura la realicé personalmente. Para conocer el grado de error le pedí a dos asistentes que leyeran uno de los discursos escogido al azar. La diferencia de mi lectura y la de ellos fue, en conjunto, de cuatro por ciento. Una vez concluido el análisis, era importante una prueba de asociación estadística para saber si realmente hay una relación entre los conceptos y cada uno de los presidentes. Esta prueba se expone como apéndice de este capítulo.

Hay que mencionar algunas características de los Informes. Como es sabido, en México por ley el jefe del Ejecutivo debe entregar un informe de la administración y las finanzas públicas al Congreso de la Unión el primero de septiembre de cada año (entre 1989 y 1993 se entregó el primero de noviembre). El presidente no está obligado a leer el Informe frente a los diputados y senadores, sin embargo ha sido

² Comité de Biblioteca de la LV Legislatura. 1994. *Diario de los Debates de la H. Cámara de Diputados 1914-1994*, México, 3 discos.

tradicional que ese día asista al Congreso y lea un mensaje político dirigido a la “nación” y al Congreso. El mensaje la mayoría de las veces ha sido un resumen del Informe (que entrega por separado), una interpretación de éste y una argumentación a favor de las principales políticas públicas. La presencia del presidente en el Congreso, la lectura, la ceremonia para recibir y despedir al presidente convirtieron una obligación administrativa en una ceremonia política sin duda muy importante, más incluso que las festividades de la Independencia o la Revolución. Sin duda esto ha cambiado ya en los primeros años del siglo XXI, pero ciertamente el “Día del Informe” aún conserva una gran importancia política. La ceremonia inaugura el “mes de la patria”, se reúnen las Cámaras de Diputados y Senadores, asisten al recinto legislativo invitados especiales del clero, los intelectuales, los empresarios, el ejército y de organizaciones sindicales, campesinas y populares. Todo además se magnifica por la transmisión en vivo por la radio y la televisión y el reporte de los diarios al día siguiente, siempre a ocho columnas y en primera plana.

Así, en realidad, en la ceremonia del Informe no hay ningún Informe sino, más bien, un mensaje político que da el presidente y en torno al cual se reúne la “nación”. Un mensaje donde se condensan proyectos económicos y sociales y una visión de la historia y del presente de México y el mundo. De hecho, el documento que el Presidente lee cada vez expresa menos el contenido del Informe. Ya desde los “Informes” de Echeverría y López Portillo se entregaban al Congreso

Anexos con datos estadísticos de varios volúmenes. A partir de la administración de Salinas se hizo explícito esta diferencia entre el Informe mismo y el mensaje. Desde entonces está estipulado legalmente que el Ejecutivo Federal asistirá al Congreso, el 1 de septiembre, para dar un mensaje político con motivo de la entrega del Informe de Gobierno. La ceremonia en su conjunto es hoy menos solemne, menos alagatoria hacia la figura presidencial y, desde el final de la administración de Miguel de la Madrid, se convirtió en un foro privilegiado para manifestar el descontento, mediante interpelaciones de los partidos al presidente.

Los mensajes de las ceremonias de toma de posesión, el primero de diciembre de cada seis años, poseen un carácter festivo semejante, con la particularidad de la exaltación emotiva que suscita una nueva administración. Todo esto hace de los mensajes del Informe de Gobierno y de posesión una fuente privilegiada para entender el nacionalismo mexicano. Tanto o más que una noticia de la administración o un programa de gobierno constituyen una acción nacionalista, una exaltación de los elementos de la nacionalidad y una oportunidad para crear apego y sentido de solidaridad. Por ello, en cierta forma estos mensajes son una mentira política, es decir una manera ideologizada de presentar y explicar el país. Pero sobre todo es una mentira que busca legitimar el Gobierno y unificar criterios.

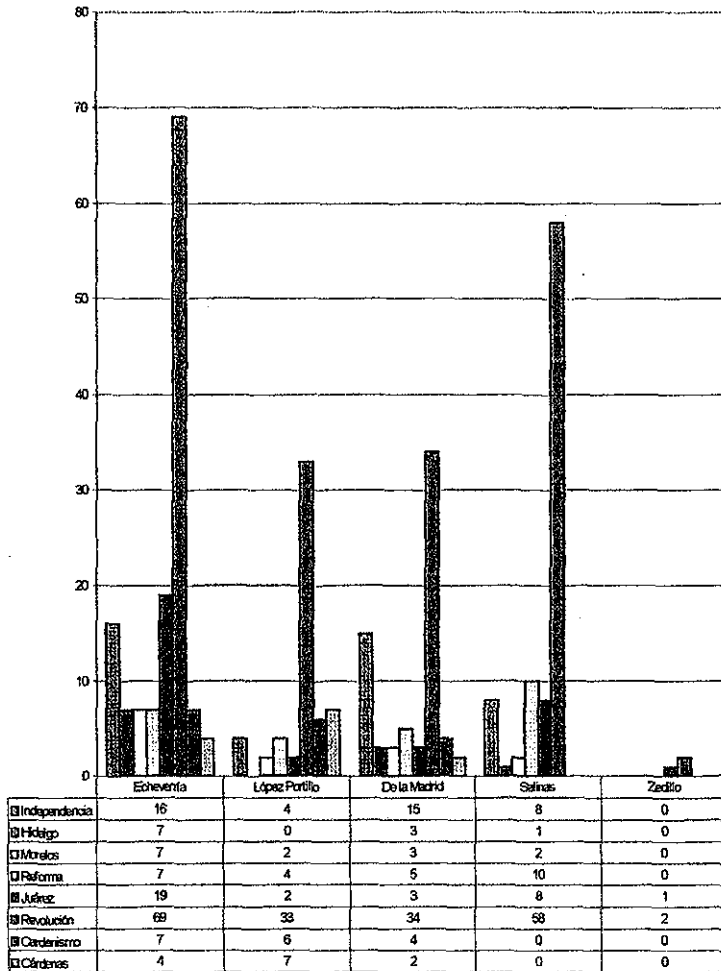
Hay que agregar otros dos elementos. El presidente tiene libertad de elegir el formato, el contenido y la extensión del mensaje, con lo cual

estos factores se constituyen en indicadores del nacionalismo. Zedillo, por ejemplo, redujo el tiempo de su mensaje y en ello se expresaba no sólo racionalidad administrativa sino, también, una menor valoración de la acción nacionalista. Por otra parte, la regularidad con la que se han presentado estos mensajes ofrece la posibilidad de seguirlos en el tiempo, compararlos y conocer tendencias y cambios del nacionalismo de Estado. Sobra decir que existen otras fuentes para conocer el fenómeno: las conmemoraciones históricas, los contenidos de otros discursos oficiales, los libros de la educación pública, los nombres de las escuelas, las iniciativas de ley, la discusión en las cámaras de diputados y senadores, etcétera.

Hacia un nacionalismo sin historia

La transformación del nacionalismo mexicano en la historia reciente ha consistido principalmente en el desuso de los referentes históricos. Desde Luis Echeverría hasta Ernesto Zedillo cada vez fue menor, hasta casi desaparecer, la utilización de fechas, procesos sociales y figuras míticas o heroicas. Y esto no es poco significativo si consideramos que una nación o una idea de nación tiene una de sus fuentes más importantes en la historia. Como se muestra en la gráfica uno, es evidente que la frecuencia de los referentes históricos casi desaparece en los discursos de Zedillo, mientras que en los cuatro sexenios precedentes se habían conservado de manera más o menos homogénea. Además, hay que advertir que mientras algunos poseen mayor permanencia en el tiempo, otros caen rápidamente.

Gráfica 1
Referentes históricos del nacionalismo por sexenio



De todos los conceptos, sólo dos: “Revolución” y “Juárez”, están presentes en todos los sexenios. No obstante, las referencias a la Revolución muestran una clara tendencia hacia el decrecimiento: pasan de 69 con Echeverría, a 33 con López Portillo, 34 con De la Madrid, 58 con Salinas y 2 con Zedillo. La tendencia decreciente, como puede advertirse, no se conserva con Salinas, lo cual es apenas explicable si consideramos que en términos generales éste guarda muchas semejanzas con de la Madrid y Zedillo. Las referencias al proceso armado de 1910 en Salinas casi coinciden, incluso, con las que aparecen en Echeverría.

Que Luis Echeverría refriese múltiples veces a ese proceso se explica porque su gobierno fue, o intento ser, una restauración de la Revolución. El antiimperialismo, la solidaridad con el Tercer Mundo, la adquisición estatal de múltiples empresas, el apoyo a las organizaciones obreras oficialistas coincidía con lo que para Echeverría era, siguiendo la tradición desde Lázaro Cárdenas, el nacionalismo revolucionario. No es que los gobiernos anteriores no se hubiesen declarado revolucionarios, sino que Echeverría intentó, “apresurar la marcha” de la Revolución. Ya desde su discurso de toma de posesión sostuvo que la Revolución había “liquidado antiguas desigualdades estructurales”, pero argumentaba que el programa revolucionario seguiría “en pie de lucha, como impulso ascendente del pueblo y su obra creadora mientras los más humildes todavía no habían alcanzado niveles decorosos de existencia” (DDCD 1-12-1970). El argumento: la Revolución ha avanzado, la Revolución tiene que avanzar más, iba a constituirse en el eje de su nacionalismo y le

servía, además, para exaltar la nacionalidad y el Estado en diversos ámbitos temáticos. En la educación:

La nación, por sus maestros, encontró el camino de la libertad. Don Miguel Hidalgo enseñó a los humildes, en aulas precursoras, cómo ganarse el pan y la independencia. Los educadores liberales fueron gestores indiscutibles del triunfo de la Reforma. Durante la Revolución armada, el maestro fue promotor e intérprete de la lucha del pueblo. Nada de lo que México ha logrado hasta el presente puede explicarse sin la obra educativa realizada por sus Gobiernos.

En la economía y el trabajo:

La Revolución Mexicana no llegará a la plena realización de sus propósitos económicos sin un previsor, coordinado e interesante programa de sus recursos energéticos. Ya dio pasos firmes con la expropiación petrolera y la nacionalización de la industria eléctrica. (DDCD 01-09-1971)

La justicia en las relaciones laborales; el cabal respeto a la asociación profesional y al derecho de huelga, el pago de los salarios mínimos y del reparto de utilidades, así como un escrupuloso acatamiento a las leyes del trabajo, son compromisos esenciales del régimen de la Revolución. (DDCD 01-09-1972)

Trabajadores son tanto los obreros como los empleados públicos y los integrantes del Ejército y la Armada; lo son también los campesinos y los miembros de las sociedades cooperativas, los técnicos y los intelectuales, los

maestros y los profesionales. Todos formamos las mayorías laborantes de México: la fuerza y la conciencia de la Revolución. (DDCD 01-09-1975)

En la vivienda:

El régimen de la Revolución ha postulado el derecho que tiene cada mexicano a una morada digna. El Contribuyente de 1917 estableció la obligación de las empresas de proporcionar viviendas decoradas e higiénicas a sus trabajadores. Empero, sólo otorgó esta prestación a quienes laboran fuera de las poblaciones o, dentro de ellas, en empresas que ocuparan un número de asalariados mayor de 100. Así mismo, previó que los patrones podían percibir las rentas respectivas. [...] A sólo cuatro meses de creación, el INFONAVIT se encuentra en pleno desempeño de sus tareas. [...] Se ha encontrado una fórmula de crecimiento económico que amplía automáticamente la redistribución de los beneficios de la riqueza. El Instituto tendrá, cabo pocos años, una enorme capacidad de servicio. Sus disponibilidades económicas serán acumulativas y le permitirán abarcar todas las regiones de la República. Se trata, sin duda, de una muy destacada institución creada por la Revolución Mexicana. (DDCD 01-09-72)

En la política exterior:

En nuestra gestión internacional siempre hemos tenido presente el interés de las mayorías nacionales. Tratos políticos y económicos que sólo beneficiaran a los sectores privilegiados de nuestra sociedad, serían contrarios a la política de un régimen cuya ideología y legitimidad se basa en una revolución popular. En todos los contactos con el exterior hemos mantenido con firmeza nuestra

decisión de actuar como pueblo libre. [...] México no titubea, conoce bien su camino: justicia social en el ejercicio de la libertad. (DDCD 01-09-1974)

Y por su puesto en la administración pública, el ejército, la investigación y el desarrollo tecnológico, el combate de la insurgencia armada, etcétera. Ejemplos en los que ya sobraría reiterar. Sólo anoto este otro que precedía las elecciones de 1976 –en las que únicamente el PRI iba a presentar candidato a la presidencia–, para subrayar que el nacionalismo revolucionario explicaba, incluso, los procesos electorales:

Estamos seguros de que las grandes mayorías nacionales persiguiendo sus propios intereses que son los de México, actuarán unificadamente en la próxima contienda electoral, conducidas por el ideario de la Revolución Mexicana. [...] Reafirmamos nuestra fe en el futuro de México y en la potencialidad creadora de nuestro sistema político, económico y social. Por este camino, nuestro pueblo, con las banderas de la Revolución Mexicana y de la Constitución de 1917, seguirá ¡arriba y adelante! (DDCD 01-09-1975)

Como se observa Luis Echeverría –y López Portillo también, especialmente en su último mensaje de 1982 donde anunció la nacionalización de la Banca– todavía utilizó el nacionalismo en continuidad con la tradición y la historia oficial, en particular la historia revolucionaria. De aquí se explica que este tema sea el más mencionado en su sexenio y de hecho en cualquier otro. Pero ¿cómo entender que tras dos años en que el número de referencias al concepto cae

significativamente, con Salinas, en cambio, vuelve a subir a los niveles de Echeverría?

En los mensajes de Carlos Salinas de Gortari la frecuencia del tema es muy alta, pero por motivos muy distintos. No se trataba de acelerar la marcha de la Revolución tal y como ésta se había concebido, sino de “modernizarla por la vía nacionalista y popular” (DDCD 01-11-1991). Salinas refería la gesta histórica revolucionaria para cambiar la visión del pasado y particularmente de la Revolución, en donde ésta perdía su sentido tradicional y adquiriría otro para justificar los cambios económicos y políticos emprendidos desde de la Madrid y profundizados por Salinas y Zedillo. Un ejemplo de esta concepción aparecía en el mensaje del primer informe de Salinas:

Ante la transformación de la comunidad de naciones, México ha escogido el camino de la modernización nacionalista y popular. Esa es la mejor defensa de la soberanía y el medio más rápido para elevar el bienestar del pueblo mexicano. El México de hoy tiene con qué hacerlo. Una revolución social nos dio origen; nos dio también principios y una sólida configuración institucional que nos ha permitido enfrentar con éxito los más difíciles momentos. Ese es nuestro principal recurso político. [...] Nada más ajeno a los ideales de la Revolución Mexicana que el inmovilismo ante lo mucho que debemos hacer. La modernización es el medio para que, en los hechos, se cumpla su mandato: cambiamos porque queremos hacer realidad la Revolución. No hay nada más revolucionario que hacer más fuerte y respetado a México en el mundo; hacer más democrática la convivencia política; sostener un crecimiento con estabilidad de precios; dar una base permanente a la oportunidad de empleo y

a la posibilidad de una mejor calidad de vida para todos los mexicanos. Soberanía y justicia; democracia y libertad: ésta es la revolución sin mitos, la que el pueblo reconoce como suya. Por eso la apoya; por eso la hará avanzar. [...]

El desencanto de algunos compatriotas provenía de considerar que la ausencia de cambio era un alejamiento del postulado básico de la Revolución Mexicana: soberanía, democracia, justicia y cuidado a las formas tradicionales de vida. México demuestra que puede cambiar y asegurar ese postulado fundador, que la modernización es la manera de hacer que la Revolución perdure. Hacemos política con objetivos, los objetivos de la historia de México. (DDCD 01-11-1989)

Si la historia se interpreta, la interpretación de la Revolución en Salinas era aquella que invocaba a la nacionalidad y al pasado –como se había hecho siempre– pero ahora para justificar la modernización, entendida como privatización de las empresas del Estado, control de la inflación, apertura al mundo, competencia económica: “la modernización –decía Salinas de Gortari– es, y así se expresa en los hechos, nacionalista” (DDCD 01-11-1991). Para Salinas, el Estado propietario no era causa de justicia social, sino de empobrecimiento. Y la justicia social era el centro del nacionalismo, puesto que implicaba la forma de fortalecer a la “nación”. Por tanto, el “verdadero” nacionalismo era cumplir con el reclamo de justicia y para ello el Estado debía liberarse de la carga de las empresas públicas y concentrar sus recursos en ese reclamo.

El nacionalismo expresado en la Constitución no está asociado a un Estado crecientemente propietario, si no a un Estado crecientemente justo. [...]

La desincorporación de empresas públicas no estratégicas responde hoy a un principio de fidelidad con el carácter social y nacionalista del Estado. Desincorporar empresas no es renunciar a regular y conducir el desarrollo nacional, porque no es condición única de la rectoría del Estado la propiedad de las empresas, sino fundamentalmente el ejercicio de la autoridad en beneficio del pueblo.

Compatriotas, nacionalismo y justicia, ésa es la síntesis de la modernización en México, así tiene que ser, porque modernización sin propósito nacionalista se desorienta y desaparece, y sin bienestar popular se contradice y se frustra, esta modernización tiene significado y repercusión directa en la vida cotidiana de los mexicanos. [...]

Requerimos para ello un Estado concentrado en lo básico, promotor de la infraestructura social y con respuestas a las demandas más sentidas de la población. Este, y no otro, es el sentido de la reforma del Estado; la justicia. Y es para tener la fortaleza que demanda su fin superior: la soberanía. No hay otra manera de reformar al Estado que perfeccionar sus instituciones y sujetar su acción a la ley, apoyarse en la sociedad, abandonar su carácter excesivamente propietario y excluyente. Era inaceptable un Estado con tantas propiedades frente a un pueblo con tantas necesidades. El Estado tan propietario debilitaba la salud de la economía, la atención política, el ánimo de la gente, la defensa efectiva del país en el exterior. [...] La defensa moderna de la soberanía requiere un Estado que, simultáneamente, se vincule a los centros de desarrollo en el mundo y extienda la justicia entre sus ciudadanos. Para lograrlo, debe ser un Estado promotor del crecimiento y que exprese mejor a

la sociedad, lo cual implica, a su vez, una reforma política y una reforma económica de igual magnitud e intensidad. (DDCD 01-11-1989).

Puede uno discrepar de la concepción salinista, pero el argumento tiene lógica: el nacionalismo radica en la justicia social, no en la suma de propiedades del Estado. Carlos Salinas cambiaba la concepción del nacionalismo, no para negarlo sino para adaptarlo al nuevo programa de política económica y social –como lo habían hecho siempre otras coaliciones de gobierno. El nuevo contexto argumentativo permitía, además, utilizar el referente de la revolución bajo una concepción distinta. No discutiré aquí el fracaso de la justicia social. Lo importante es destacar la ruptura con una tradición que concebía el nacionalismo como sinónimo de propiedad estatal y aislamiento internacional.

Debemos rechazar las deformaciones que ven en el nacionalismo una propuesta sacramental, congelada, compuestas por políticas públicas de ayer, que hoy ya son inoperantes. También rechazamos el nacionalismo negativo como aquél que fue símbolo de estados excluyentes y opresores en la Europa de los años treinta, o como el que hoy sirve de bandera a regionalismos que dividen y desintegran. La opción no es entre manifestaciones agotadas del nacionalismo o en el abandono y la entrega. Nacionalista es lo que fortalece a la nación, y no es la añoranza de fórmulas y rasgos de otros tiempos que, en el contexto del mundo actual, lejos de robustecerla la debilitan, la hacen más vulnerable, menos viable 01-11-91

Se podrá, entonces, recusar el uso salinista de la historia y de la modernización, pero no sustentar que hubiere abandonado el nacionalismo o los símbolos de la Revolución para exaltar la identidad y justificar las políticas económicas de su gobierno. Lo hizo, aunque con propósitos radicalmente distintos a los de Luis Echeverría. Ambas administraciones, como hemos visto a partir del referente a la Revolución, representan dos contrastes del uso ideológico de la historia y en general de los elementos de identidad. Uno y otro son la antítesis del mismo fenómeno nacionalista. La diferencia, hay que decirlo, no se advierte si sólo atendiésemos la frecuencia estadística, puesto que como se ha advertido entre Echeverría y Salinas el concepto revolución casi aparece el mismo número de veces.

La interpretación liberal de la Revolución es coincidente, en cierta forma, con el liberalismo decimonónico mexicano. El “Liberalismo Social” que puso de moda Salinas era en realidad una idea de Ignacio Ramírez (1890, 1988). Esto en cierta forma explica las referencias de Salinas a la Reforma en un número de diez, más que en cualquier otro sexenio, y de ocho a Benito Juárez, con lo que aquí también se rompe la tendencia decreciente desde las 19 referencias aparecidas en Echeverría. Y aquí, como en la reinterpretación de la Revolución, hay una reelaboración de la historia en función de un nuevo nacionalismo.

Los otros conceptos son más coherentes en su tendencia decreciente. Dos: Cardenismo y Cárdenas, muestran una caída incluso más pronunciada si consideramos que en López Portillo tienen incluso más referencias que todos los otros conceptos salvo el de Revolución y, en cambio, desaparecen con Salinas y Zedillo. En cierta forma ello es consecuencia de la confrontación en la que entró el Gobierno con Cuahutémoc Cárdenas a partir de 1988 y con el líder histórico del sindicato de los trabajadores petroleros, lo cual dio paso a la transformación de PEMEX y de la industria petrolera. Pero se explica también, por el distanciamiento hacia la figura de Lázaro Cárdenas y todo lo que éste representa. Una figura que reivindicaron Echeverría y López Portillo, que casi desapareció con de la Madrid y se volvió en una suerte de anti-memoria colectiva en los dos últimos sexenios. Todo esto nos confirma que los hechos y las políticas de hoy transforman la visión del pasado, el uso nacionalista de éste o, incluso, su abandono. Un nacionalismo sin historia, como el que comenzó ha imperar en el sexenio de Zedillo. Si Salinas cambió la historia, Zedillo acabó por casi excluirla en sus mensajes. El proyecto político y económico de éste fue semejante al de aquel; empero, mientras Salinas hubo de justificar su proyecto mediante una reelaboración del nacionalismo histórico, para Zedillo ello ya no fue indispensable. Los contenidos de sus discursos estaban casi vacíos de historia para nutrirse esencialmente de referentes cívicos.

Los contenidos cívicos

Distanciarse de la historia como un conjunto de referentes del nacionalismo no necesariamente implica abandonar el nacionalismo. Éste se nutre también de muchos otros elementos, reales o aparentes, asociados a una comunidad. Se puede argumentar, incluso, que la gradual desaparición de los referentes históricos se compensa con referentes cívicos. En la gráfica dos se observa como éstos tienden a incrementarse gradualmente salvo con Zedillo donde la tendencia general se rompe.

Si analizamos estos indicadores sin considerar a Zedillo, observamos este ascenso: “soberanía” pasa de una frecuencia de 59 con Echeverría a 106 con Salinas; “democracia”, de 72 a 90; “nación”, de 131 a 184; y “patria”, de 45 a 56. Es notable, además, que nación siempre aparece con una frecuencia muy superior al resto de los conceptos, casi duplicando a los otros dos que le siguen: democracia y soberanía. Pero el caso de Zedillo rompe estas dos características. El conjunto de referencias es menor, como había ocurrido en los referentes históricos, y lo más notable es que el concepto de nación deja de ser el más citado y, en cambio, lo es el de democracia. Éste incluso tiene aquí más referencias que en cualquiera de los otros presidentes. La democracia ya era desde muchos años antes, incluso antes de Echeverría, un concepto importante del nacionalismo. Pero en los últimos años ha adquirido una significación que supera a muchos otros referentes. La identidad nacional, si hoy se quiere sustentar, pasa necesariamente por la idea de la democracia, aun con las diversas acepciones del concepto. Decía Salinas:

Nuestras realizaciones se han plasmado en un nuevo acervo común; es un patrimonio compartido por todos en el que se encadenan ideales y logros; es el patrimonio de democracia y justicia de los mexicanos, es también el patrimonio de una voluntad inquebrantable, la decisión que fraguó y logró la Independencia, el tesón que forjó una República liberal, la pasión que cristalizó una Revolución de perdurables compromisos sociales. (DDCD 01-09-1989).

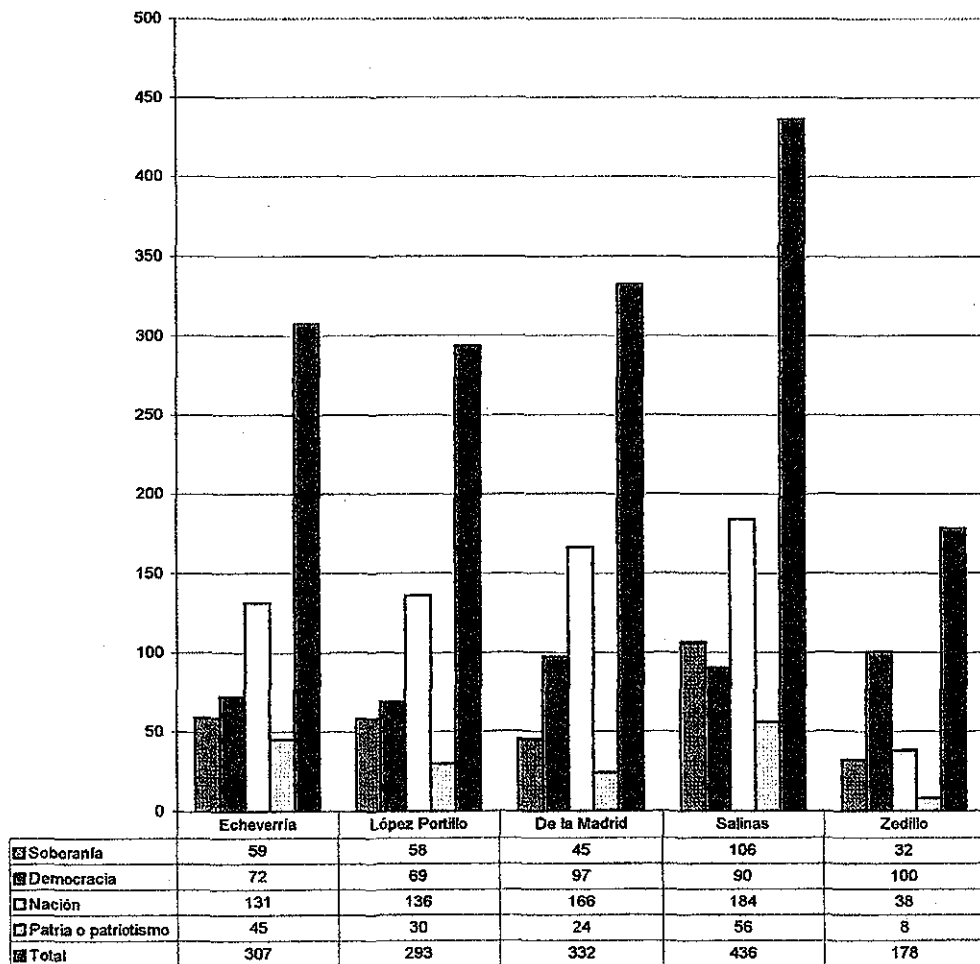
Como se advierte, la idea de la democracia como eje del nacionalismo todavía aparece vinculada al pasado. Pero gradualmente se vacía de historia en el sexenio de Ernesto Zedillo.

Los mexicanos de hoy hemos luchado por la apertura, por la tolerancia, por la libre participación, porque se sujete el interés personal o de grupo al interés supremo de la Nación. Los mexicanos hemos luchado por la democracia porque éste es el sistema que nos permite afrontar retos y resolver problemas sin atropellar los derechos de las personas y sin excluir a nadie. La democracia nos ofrece una solución inclusive cuando no nos ponemos de acuerdo: la voluntad de la mayoría y el respeto a las minorías. (DDCD 01-09-1998)

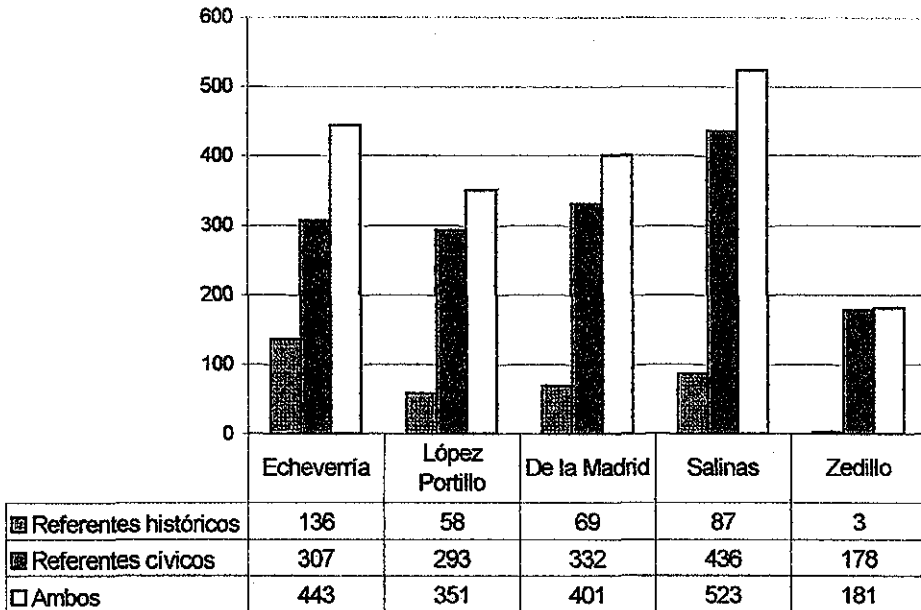
Así, en el paso del siglo XX al tercer milenio, los mexicanos por fin veremos a la nuestra como una nación indiscutiblemente democrática. (DDCD 01-09-1999)

Con Zedillo la democracia se constituye en un referente del nacionalismo pero no tanto como herencia sino como una forma de organizar el presente, de garantizar el reconocimiento de la sociedad internacional y dignificar la identidad nacional.

Gráfica 2
Referentes cívicos del nacionalismo por sexenio (1970-2000)



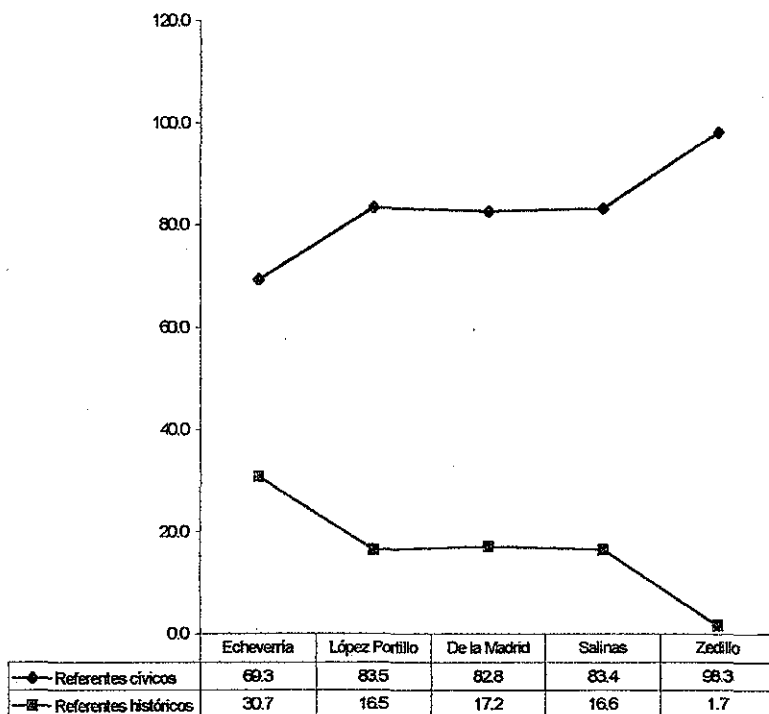
Gráfica 3
Referentes del nacionalismo por sexenio
(1970-2000)



Un panorama general se muestra en la gráfica tres que representa la suma de los referentes históricos, de los cívicos y la de ambos. Según se muestra en estos resultados, los contenidos históricos del nacionalismo han decrecido y, en cambio, han aumentado los de carácter cívico. Es cierto que desde Echeverría éstos han tenido mayor peso que los históricos, empero la diferencia cada vez crece más. Mientras en

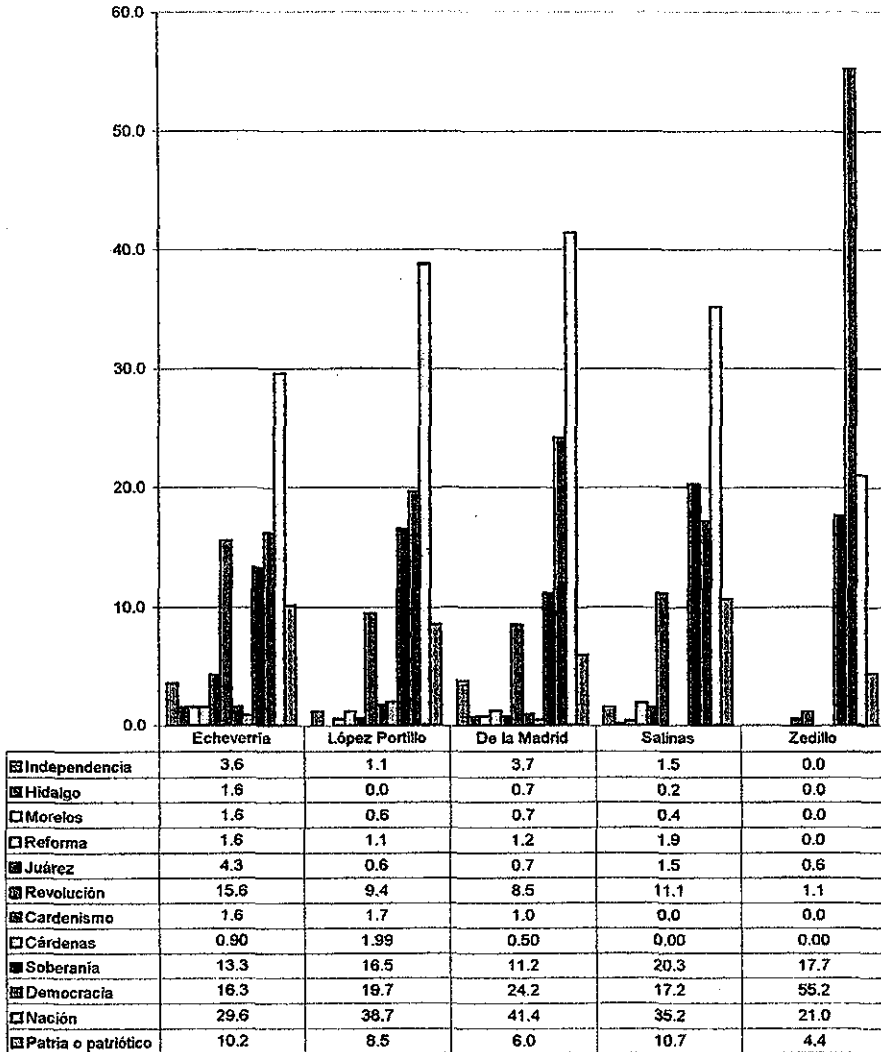
Echeverría el conjunto de referentes cívicos representa 2.2 veces el de los históricos, en Salinas la diferencia es de 5 y en Zedillo llega a 60. Para decirlo en otros términos: en Zedillo, los referentes cívicos constituyen el 98 por ciento del total de los indicadores, mientras que en Salinas, de la Madrid y López Portillo alrededor del 83 por ciento y en Echeverría el 69, como se muestra en la gráfica cuatro. Gradualmente ganan significación estos conceptos, mientras la pierden los otros.

Gráfica 4
Referentes del nacionalismo por sexenio, por grupos cívicos e
históricos, según porcentaje (1970-2000)

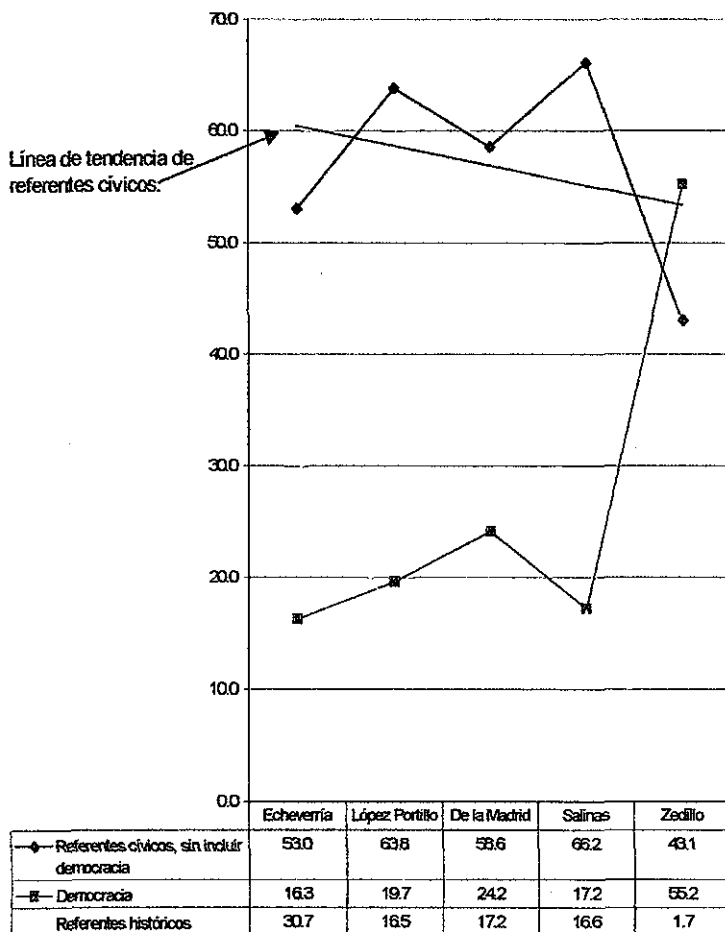


Hay que insistir en que no son todos los referentes cívicos los que proporcionalmente adquieren importancia, sino fundamentalmente la democracia, como se muestra en la gráfica cinco. Ésta expresa la proporción de cada concepto con respecto al total de referencias de cada presidente. La democracia en Echeverría representa el 16 por ciento, casi la mitad de nación y apenas tres puntos porcentuales más que soberanía. En López Portillo la proporción de la democracia sube a 19 por ciento y ocurre lo mismo con nación y soberanía. Con de la Madrid la democracia sigue creciendo (24 por ciento) al igual que la proporción de nación (41). En Salinas, en cambio, la proporción de democracia y nación decrecen, lo cual puede explicarse por el peso relativo de los conceptos históricos, particularmente el de revolución, y por las referencias a la soberanía (que al igual que revolución es utilizado por Salinas frecuentemente para resignificar el concepto). Esto, sin embargo, ya no ocurre con Zedillo y mientras los otros referentes decrecen la democracia representa el 55 por ciento.

Gráfica 5
Referentes del nacionalismo por sexenio y porcentaje (1970-2000)



Gráfica 6
Referentes del nacionalismo por sexenio, por grupos cívicos, históricos y democracia, según porcentaje (1970-2000)



Cabe finalmente preguntar cómo evoluciona el nacionalismo, según estos indicadores, si aislamos el concepto de la democracia. Como hemos observado, los referentes históricos cada vez son menos significativos entre el conjunto de indicadores y al parecer el lugar que dejan se compensa con los referentes cívicos. Empero, en la gráfica seis –que como la gráfica cinco expresa la proporción de cada concepto con respecto al total de referencias de cada presidente– que también, al separar la democracia, que es un concepto cada vez más significativo cualitativa y cuantitativamente, es observable que salvo éste todos los conceptos decrecen. El rubro de referentes cívicos sin democracia decrece diez puntos entre Echeverría y Zedillo. Con el primero, está en 53 por ciento, con López Portillo en 63, con de la Madrid en 58, con Salinas en 66 y con Zedillo baja hasta 43 por ciento. Estos altibajos muestran un proceso ambiguo, aunque con tendencia decreciente. La línea de tendencia muestra en promedio una baja de apenas 7 puntos, de 60 a 53 por ciento, en los cinco sexenios. Hay que aclarar que la proporción que aparece en Salinas, como ya he explicado, en cierta forma es resultado de su insistencia en modificar estos conceptos de acuerdo a una nueva óptica del nacionalismo, como ocurrió con el concepto de revolución. La tendencia, en cambio está más definida en los rubros de historia y democracia. Éste pasa de 16 a 55 por ciento en los cinco sexenios.

Lo que en conjunto estas gráficas muestran es un cambio en los contenidos del nacionalismo. En resumen, se puede decir que en el nacionalismo de Estado, de acuerdo a los discursos centrales del ejecutivo federal, los temas históricos han decrecido hasta casi desaparecer. Especialmente han disminuido los correspondientes a la gesta

revolucionaria y los hechos posteriores. Los símbolos decimonónicos, aunque igualmente disminuidos, conservar algún grado de permanencia. Los temas cívicos, en cambio, conservan su significación y especialmente la democracia, como referente del nacionalismo, adquirió un grado ascendente notable. Lo más destacado es que este ascenso del nacionalismo democrático y el descenso del nacionalismo revolucionario revelan, más que una estadística, un cambio cualitativo: un nuevo nacionalismo, en ciernes seguramente, en donde los valores fundamentales están asociados a la modernización de finales del siglo XX. Este nacionalismo corresponde con la apertura al mundo, apertura económica y también política, tolerancia y reconocimiento de las minorías culturales.

Orgullo e identidad compartida

¿Cuáles pueden ser las respuestas en la sociedad de un nacionalismo democrático y de vocación internacional, un nacionalismo sin Revolución? Dado que me he centrado en el nacionalismo como un fenómeno de los líderes políticos, algunos colegas me han sugerido ocuparme de cómo se recrea el nacionalismo entre la población. La sugerencia es interesante puesto que el discurso o la acción nacionalista de la Presidencia, por ejemplo, tiene por objeto recrear el sentido de identidad compartida y el orgullo hacia la comunidad política de México en nombre de la cual habla el presidente. El tema es distinto fenómeno nacionalista tal como lo hemos abordado aquí e implicaría escribir otro u otros libros. Empero, no quiero sustraerme por completo al tema de la identidad “nacional”. Hay que abordarlo así sea de manera tangencial,

especialmente ahora cuando ha cambiado el nacionalismo de estado que es una de las frentes de esa identidad. La pregunta es cómo cambia ésta en la época del nacionalismo actual. La encuesta mundial de valores, que organiza la Universidad de Michigan desde 1981, ofrece algunos datos interesantes³.

Según esta encuesta, algunos elementos esenciales de la cohesión social y la identidad se han incrementado en México desde 1981. A la pregunta “que tan orgulloso está usted de ser mexicano” –como se muestra en el cuadro uno– en año 2000 el 79 por ciento respondió “estoy muy orgulloso”, mientras que en 1997 había dado esta respuesta el 72 por ciento; en 1990 sólo el 55 y en 1981 el 65 por ciento. Inversamente, la respuesta “poco orgulloso” pasó de 11 puntos porcentuales en 1981 a 4 en el 2000.

Cuadro 1
¿Qué tan orgulloso está usted de ser mexicano? (Porcentajes)

	1981	1990	1996/7	2000
Muy orgulloso	65	55	72	79
Algo orgulloso	22	32	19	15
Poco orgulloso	11	9	5	4
Nada orgulloso	1	1	1	1

³ Esta encuesta se lleva a cabo en 65 países simultáneamente. Hasta ahora se ha realizado en cuatro ocasiones: 1981, 1990, 1997 y 2000. El Grupo Reforma se encargó de su última realización en México. Una parte de la edición del 2000 se publicó en el periódico del mismo grupo del 9 al 14 de mayo de ese año. Agradezco a su Departamento de Información y Análisis haberme proporcionado los resultados de las cuatro encuestas, inéditas en su mayor parte.

No sabe	1	3	3	1
---------	---	---	---	---

Fuente: Encuesta Mundial de Valores.

Las fuentes de ese orgullo creciente pueden ser muy diversas y entre éstas, podemos suponer, se encuentra el nuevo nacionalismo de estado que tiene entre sus referentes la democracia, la diversidad y la vinculación con el mundo. Por otra parte, hay que aceptar que el debilitamiento del nacionalismo histórico no ha implicado la pérdida del orgullo. Tampoco, la pérdida de algunos elementos de identidad compartida. Como se aprecia en los cuadros dos y tres, ciertos elementos de homogeneidad cultural y símbolos comunes parecen estar aumentando. Entre éstos, el primero que llama la atención es la idea de pertenencia a México como un todo, que pasó del 18 al 34 por ciento de 1981 al año 2000 (cuadro dos). En aquel año la mayoría de la gente consideraba pertenecer, antes que nada, a la localidad o ciudad donde vive (57 por ciento) y como segunda opción más importante decía pertenecer a la región del país donde vive. Dos décadas después estas opciones, que revelan una identidad local o regional, decrecieron a la mitad y a la tercera parte respectivamente. En cambio, la identificación con México como un todo casi se duplicó. Nótese también que el sentido de pertenencia al mundo como un todo fue la opción de mayor crecimiento, puesto que casi se cuadruplicó al pasar de apenas 4 puntos porcentuales a 15, para representar ya la tercera opción más importante. Esto refleja el proceso creciente de interconexión global de la sociedad mexicana (que he mostrado en el capítulo cuarto). Pero lo que ya no es tan fácil explicar es la creciente respuesta de pertenencia a México, que

no sólo ha aumentado sino que, además, representa la respuesta mayoritaria. No es fácil explicarlo si sólo nos limitáremos a la simple hipótesis —desde mi punto de vista insuficiente— de que la globalidad y el fin del nacionalismo revolucionario están acabando con la identidad de México como un todo. Desde mi punto de vista, este crecimiento, como el orgullo hacia el país, requiere aceptar que la globalidad puede convivir con el nacionalismo y que éste asume hoy referentes de la democracia, la diversidad y la apertura al mundo.

Cuadro 2

**¿A cuál de estos grupos geográficos diría usted que pertenece antes que nada?
¿Y cuál sería el siguiente? (Porcentajes)**

	1980		1990		1996/7		2000	
	Primero	Segundo	Primero	Segundo	Primero	Segundo	Primero	Segundo
Localidad o ciudad donde vive	57	17	37	17	36	21	33	21
Región del país donde vive	18	37	15	29	20	26	10	23
México como un todo	18	27	27	26	24	24	34	28
América Latina	3	14	8	10	5	13	3	7
El mundo como un todo	4	5	9	9	13	10	15	13
No sabe	0	0	4	9	2	6	5	8

Fuente: Encuesta Mundial de Valores.

Otros datos confirman la homogeneidad cultural en México. Al igual que en 1990, en el año 2000 el 71 por ciento dijo ser mexicano, antes que latino, mestizo, español o indígena (cuadro tres) y además casi



la totalidad de la población (96 por ciento) habla comúnmente en sus lugares español (cuadro cuarto), un dato que coincide con el censo de población cuya edición del año 2000 (que se puede consultar en www.inegi.gob.mx) rebela que el 7 por ciento de las personas de cinco años y más habla una lengua indígena y de esta población el 85 por ciento hablan también español.

Cuadro 3

¿Cuál de los siguientes grupos étnicos lo describe mejor a usted?

	1990	1996/7	2000
Sobre todo, soy latino	13	7	8
Sobre todo, soy mestizo	11	13	7
Sobre todo, soy español	1	2	4
Sobre todo, soy indígena	4	8	10
Primero soy mexicano y luego miembro de algún grupo étnico	70	68	71
No sabe/ No contestó	1	2	0

Fuente: Encuesta Mundial de Valores.

Cuadro 4

¿Qué idioma habla normalmente en su casa?

	1996/7	2000
Español	97	96
Francés	1	0
Lengua indígena	1	2
Otro	0	2
No contestó	1	0

Fuente: Encuesta Mundial de Valores.

Hay que resaltar, finalmente, otro dato tanto o más importante. El año 2000 el 10 por ciento de la población (cuadro tres) se auto adscribió como indígena, cuando diez años antes sólo daba esta respuesta el 4 por ciento. De manera que existen tres factores notables que definen los principales rostros de identidad. El primero, una tendencia decreciente de la identificación a una zona geográfica dentro de México. Contrariamente, el segundo, una creciente identificación con México como un todo, con la sociedad mundial y con las culturas indígenas. Y paradójicamente, el tercero, la homogeneidad cultural “mexicana” se conserva. Esto es paradójico porque muchas teorías supondrían que la uniformidad se pierde en la medida en que aumenta la globalidad y el reconocimiento del ser indígena. De manera que debemos reconocer que existe una convivencia entre apertura al mundo, etnicidad y “mexicanidad”. Yo prefiero, sin embargo, interpretarlo como una tensión creciente entre este último factor —que no ha perdido su vigor después de todo— y un sentido de etnicidad y globalidad en ascenso.

El creciente sentimiento de orgullo hacia el país es otro factor que merece una última reflexión ¿De qué puede estar orgullosa la población? La respuesta es múltiple, pero creo que ese orgullo se favorece por los tres cambios fundamentales del país: la globalidad, la democracia y el avance en el reconocimiento del multiculturalismo. Y aquí lo más significativo es que el orgullo por México es finalmente el objetivo del nacionalismo de Estado. Esto se explica, precisamente —como he mostrado en este capítulo— porque el nacionalismo casi ha dejado de

exaltar la historia –en particular la Revolución– para constituirse en un nacionalismo de referentes democráticos, multiculturales y de vocación global. Un nacionalismo radicalmente distinto pero que, al parecer, tiene igual capacidad para recrear la identidad compartida.

Apéndice metodológico

Pruebas de asociación estadística⁴

Se realizaron las pruebas de asociación para: referentes históricos, democracia, soberanía y nación. Debido al pequeño número de veces que se hace referencia en Ernesto Zedillo a revolución y patria o patriótico, no se pudieron realizar las pruebas en este caso.

Referentes históricos

PRESIDENTE	REFERENTES HISTÓRICOS				
	Independencia	Reforma	Juárez	Revolución	Cardenismo
Echeverría	16 15.6	7 13.4	19 11.6	69 70.4	11 10.9
López P.	4 7.4	6 6.4	2 5.5	33 33.5	13 5.2
De la Madrid	15 8.8	11 7.6	3 6.6	34 39.8	6 6.2
Salinas	8 11.1	13 9.6	8 8.3	58 50.2	0 7.8

⁴ Agradezco a Ivón Angulo su apoyo para la realización de estas pruebas.

En el cuadro anterior se muestran las frecuencias observadas y las *frecuencias esperadas* (con cursivas).

Si suponemos que se realizó un muestreo aleatorio simple y que por lo tanto estos resultados son de una muestra, entonces podemos realizar la prueba de las siguientes hipótesis.

H_0 : El referente de Nacionalismo y el presidente no están relacionados

H_1 : La distribución del número de veces que se realizan referencias históricas se encuentra relacionado con el presidente que da el informe y el número de informe.

Para probar las hipótesis anteriores se utilizará el Coeficiente de

$$C = \sqrt{\frac{\chi^2}{N + \chi^2}}$$

Contingencia:

donde:

$$\chi^2 = \sum_{i=1}^r \sum_{j=1}^k (O_{ij} - E_{ij})^2$$

y $(k-1)(r-1)$ son los grados de libertad (gl).

Entonces:

$$(k-1)(r-1) = (5-1)(4-1) = 4*3 = 12 \quad gl=12$$

$$\chi^2 = 422.60$$

Por lo tanto:

$$C = \sqrt{\frac{422.60}{336 + 422.60}}$$

$$C = 0.310338818$$

Entonces:

$\chi^2 = 422.60$ con $gl = 12$ tiene una probabilidad de ocurrencia conforme a H_0 de menos de 0.001. Por lo tanto se rechaza H_0 con un nivel de significancia del 0.001. Es decir, existe una relación estadísticamente significativa entre los referentes (número de veces que se encuentran en el discurso) de nacionalismo en cada periodo y el presidente que da el discurso.

Referencia a SOBERANÍA

PRESIDENTE	SOBERANÍA						
	Posesión	I	II	III	IV	V	VI
Echeverría	4 3.5	9 10.3	6 7.9	3 5.5	9 10.8	14 10.6	14 10.3
López P.	4 3.5	4 10.2	6 7.8	5 5.4	15 10.6	12 10.4	12 10.2

De la Madrid	2 2.7	6 7.9	5 6.0	10 4.2	11 8.2	7 8.1	4 7.9
Safinas	6 6.3	28 18.6	19 14.2	7 9.9	14 19.4	15 19.0	17 18.6

Al igual que en los casos anteriores, las hipótesis que se prueban son las siguientes:

H_0 : La distribución del número de veces que se mencionó algo relacionado con soberanía es resultado del azar, es decir no existe relación entre el número de referencias a soberanía en cada uno de los informes y los presidentes que se están analizando; y

H_1 : La distribución de frecuencias de las referencias a soberanía que los presidentes mencionan se encuentra relacionada con el número de informe que dan.

Nuevamente, el estadístico de prueba que se utiliza para probar las hipótesis anteriores es el Coeficiente de Correlación, el cual al tomar en cuenta las frecuencias observadas y las esperadas da los siguientes resultados:

$$\chi^2 = 337.15 \text{ con } gl= 18 \text{ y } C=0.74642.$$

De donde se concluye que χ^2 , y por lo tanto C, tienen una probabilidad de ocurrencia conforme H_0 menor de 0.001. Por lo tanto, como $(p < 0.001) < (\alpha = 0.05)$, entonces se rechaza H_0 con un nivel de significancia del 0.001

y confianza del 95%. Por lo tanto se concluye que existe relación estadísticamente significativa entre el número de veces que se hace referencia a la soberanía por los distintos presidentes y el número de informe de que se trate.

Referencia a DEMOCRACIA

PRESIDENTE	DEMOCRACIA						
	Posesión	I	II	III	IV	V	VI
Echeverría	4 5.0	9 11.1	10 11.4	5 8.9	5 10.6	9 12.1	30 12.8
López P.	4 4.8	17 10.6	15 11.0	13 8.5	7 10.2	7 11.6	6 12.3
De la Madrid	7 6.8	15 15.0	15 15.4	15 12.0	20 14.3	17 16.3	8 17.2
Salinas	6 6.3	13 13.9	20 14.3	12 11.1	12 13.2	13 15.1	14 16.0
Zedillo	9 7.0	12 15.4	8 15.9	8 12.4	19 14.7	26 16.8	18 17.8

De igual manera que en el caso de los Referentes Históricos, si suponemos que los datos que se muestran son resultado de una selección aleatoria, entonces se pueden realizar la prueba de las siguientes hipótesis.

H_0 : No existe relación entre los mensajes de los diferentes presidentes y la referencia a Democracia.

H_1 : El número de veces que los presidentes hacen referencia a Democracia se encuentra relacionada con el número de mensaje que dan.

Para probar las hipótesis anteriores, nuevamente puede utilizar el

$$C = \sqrt{\frac{\chi^2}{N + \chi^2}}$$

Coefficiente

de Contingencia:

$$\chi^2 = \sum_{i=1}^r \sum_{j=1}^k (O_{ij} - E_{ij})^2$$

donde:

y $(k-1)(r-1)$ son los grados de libertad (gl).

Entonces:

$$(k-1)(r-1) = (7-1)(5-1) = 6*4 = 24 \quad \text{gl}=24$$

$$\chi^2 = 879.18$$

Por lo tanto:

$$C = \sqrt{\frac{879.18}{428 + 879.18}}$$

$$C = 0.8201$$

Entonces:

$\chi^2 = 879.18$ con $\text{gl}=24$ tiene una probabilidad de ocurrencia conforme a H_0 de menos de 0.001. Como $p < \alpha = 0.05$, entonces, se rechaza H_0 con un nivel de significancia del 0.001.

Es decir, existe una relación estadísticamente significativa entre los referentes (número de veces que se encuentran en el discurso) de democracia en los informes de cada periodo y el presidente en turno.

Referencia a NACIÓN

PRESIDENTE	NACIÓN						
	Posesión	I	II	III	IV	V	VI
Echeverría	11 <i>13.4</i>	18 <i>20.2</i>	17 <i>18.6</i>	13 <i>14.6</i>	16 <i>20.8</i>	23 <i>21.2</i>	33 <i>22.2</i>
López P.	15 <i>13.9</i>	16 <i>21.0</i>	20 <i>19.3</i>	15 <i>15.2</i>	20 <i>21.6</i>	20 <i>22.0</i>	30 <i>23.0</i>
De la Madrid	16 <i>17.0</i>	25 <i>25.6</i>	25 <i>23.6</i>	33 <i>18.5</i>	28 <i>26.4</i>	23 <i>26.9</i>	16 <i>28.1</i>
Salinas	18 <i>18.8</i>	35 <i>28.4</i>	27 <i>26.1</i>	8 <i>20.5</i>	35 <i>29.2</i>	35 <i>29.8</i>	26 <i>31.2</i>
Zedillo	7 <i>3.9</i>	7 <i>5.9</i>	4 <i>5.4</i>	4 <i>4.2</i>	5 <i>6.0</i>	5 <i>6.1</i>	6 <i>6.4</i>

Al igual que en los casos anteriores, las hipótesis que se prueban son las siguientes:

H_0 : No existe relación entre el número de referencias a nación en cada uno de los mensajes y el presidente que da el informe; y

H_1 : La distribución de frecuencias de las referencias a nación que los presidentes mencionan se encuentra relacionada con el número de informe que dan.

Nuevamente, el estadístico de prueba que se utiliza para probar las hipótesis anteriores es el Coeficiente de Correlación, el cual al tomar en

cuenta las frecuencias observadas y las esperadas da los siguientes resultados:

$$\chi^2 = 923.30 \text{ con gl} = 24 \text{ y } C = 0.7649.$$

De donde se concluye que χ^2 , y por lo tanto C , tienen una probabilidad de ocurrencia conforme H_0 menor de 0.001. Por lo tanto, como $(p < 0.001) < (\alpha = 0.05)$, entonces, se rechaza H_0 con un nivel de significancia del 0.001 y confianza del 95%. Por lo tanto se concluye que existe relación estadísticamente significativa entre el número de veces que se hace referencia a nación por los distintos presidentes y el número de mensaje.

VII LA PERSISTENCIA DEL NACIONALISMO EN LA DEMOCRACIA

Ya se trate de un derecho de las minorías o de un recurso del Estado, el nacionalismo persiste en las democracias actuales.

Como se ha comentado (capítulos tres y cuatro), el nacionalismo se había concebido hasta los años ochenta del siglo XX como una expresión del Estado, y especialmente del Estado autoritario. Con el debilitamiento de éste y la emergencia del reconocimiento de la multinacionalidad, creyóse que el nacionalismo llegaría a su fin. Sin embargo, pronto hubo de aceptarse la permanencia del fenómeno dado que comenzó a asociarse a las naciones (culturas) y no sólo al Estado. Por otra parte, en todo el mundo era evidente el florecimiento de nacionalismos étnicos y de minorías culturales, de manera que se reconoció que estábamos ante el resurgimiento de un asunto político que había atravesado siglos y culturas. Pero en cierta forma se trataba del resurgimiento de otra modalidad del nacionalismo: el nacionalismo de las minorías, distinto al nacionalismo de Estado del cual habían recusado autores tan diversos como Kohn (1944), Paz (1950), Rocker (1942) o Fukuyama (1989).

El nacionalismo étnico se asoció con tres fenómenos interconectados: el avance de la democracia a partir de mediados de los setenta, la intensificación de las interconexiones globales y el debilitamiento de los Estados. Se entendía como parte de la sociedad democrática y abierta capaz de reconocer a las minorías nacionales. Por

ello en algunos ámbitos de Europa y el norte de América, el estudio del nacionalismo se ha limitado a las minorías que luchan en varias partes del mundo por su autonomía. Este reduccionismo no es menos impreciso que aquel que limitó el concepto al autoritarismo. Por otra parte, del nacionalismo de Estado se ha hablado poco en los últimos años y en ocasiones se ha seguido pensando que llegaría a su fin con el avance de la democracia, la globalización y la menor intervención del Estado en la economía y la sociedad. Por eso –como apunté en el capítulo segundo– sobre el nacionalismo mexicano se ha escrito que está en crisis o ha llegado a su término. Pero quizá pronto aceptaremos que nos hemos vuelto a equivocar. El nacionalismo de Estado –no obstante los cambios de sus contenidos y su menor peso en la vida política– es un fenómeno que ha persistido aun en las sociedades democráticas y quizá será otra vez impulsado si aceptamos –al menos como afirmación provisional– que luego de los atentados del 11 de septiembre del 2001, que derribaron las Torres Gemelas y la economía mundial, asistiremos al “regreso del Estado”: una época caracterizada por un freno en la tendencia de la globalización y la multinacionalidad, un nuevo ciclo de intervención de los gobiernos centrales y un resurgimiento de la homogeneidad cultural al interior de los países¹. Sea como fuere, el tema aquí no está

¹ La tesis del regreso del Estado se la debemos a Ricardo Pozas, en una sesión del Seminario de Investigación en el Instituto de Investigaciones Sociales, siete días después del atentado. Ya antes del 11 de septiembre subsistía la idea de que la globalización encontraría un límite: no desintegrar a los Estados. El libro de Dani Rodrik *Has Globalization gone too far?* (1997) partía de que la mayor demanda a la economía internacional es que la integración económica mundial no provoque una desintegración en las sociedades “nacionales”. Se reconocía ya que la globalización

circunscrito al retorno del Estado, sino al proceso de debilitamiento del mismo.

El nacionalismo étnico o de las minorías se ha logrado explicar gracias a que comenzaron a separarse los conceptos de Estado y de nación, asumiéndose que muchos de los nacionalismos de la segunda mitad del siglo XX eran nacionalismos de naciones sin Estado o que luchaban contra el Estado. El planteamiento embona bien con el desarrollo de la democracia y los derechos humanos y colectivos. La pregunta ahora es cómo explicar la persistencia del nacionalismo de Estado en las sociedades democráticas: por qué incluso las democracias, como antes el totalitarismo, necesitan del nacionalismo y, particularmente, del nacionalismo de Estado.

Democracia y comunidad

En *La Esfera Pública de la Sociedad Civil* (1997), Víctor Pérez-Díaz se pregunta sobre las posibilidades de la construcción de una identidad europea basada en la ciudadanía, el respeto de los derechos humanos, la democracia y la justicia. Amén de estos elementos de la democracia moderna, el tema central radica en una identidad común capaz de

estaba desintegrando la cohesión al interior de los países. El autor suponía desde entonces que la desintegración se da esencialmente por un distanciamiento entre quienes han desarrollado habilidades para beneficiarse del comercio internacional y quienes carecen de éstas y desarrollaba tres tipos de tensiones: la que se da entre el comercio y las relaciones laborales; el comercio y los acuerdos y normas domésticas; y el comercio y el sistema de seguridad social. Concluía diciendo que el principal reto

subsumir las culturas particulares y a su vez resignificarlas, de manera que un catalán, o de cualquier otra región, se identifique con Europa tanto o más que con Cataluña. Pérez-Díaz argumenta que el principal obstáculo para erigir la identidad europea –no obstante la existencia de las instituciones de la Unión: el Parlamento Europeo, el Consejo de la Unión, la Comisión Europea, el Tribunal de Justicia, el Banco Central, el Comité de las Regiones, etcétera– es que los pueblos de cada uno de los quince Estados se hallan más interesados en problemas internos que en los del conjunto de Europa. Frente ese problema sostiene que la comunidad (o nación, entendida como elementos materiales, institucionales o subjetivos que vinculan a un grupo de personas) y el sentido de pertenencia son fundamentales para cualquier sociedad democrática. Dicho de otra forma, el desarrollo de la esfera pública –en un sentido “generalista” que vincula a las instituciones de gobierno con las que no lo son– depende de un sentimiento de pertenencia a la comunidad: “una sociedad civil es un haz de instituciones con un soporte comunitario preciso”. Argumenta además que ese sentimiento de pertenencia arraiga en las “experiencias compartidas (pasadas y presentes) por las gentes, de mutua necesidad y obligación recíproca, que surgen en el contexto de múltiples actividades en común e interacciones de carácter económico, social, político y cultural” (Pérez-Díaz 1997: 68).

del siglo XXI era lograr un equilibrio entre el mercado y la sociedad, lo cual implicaba frenar las tendencias globales y desintegradoras.

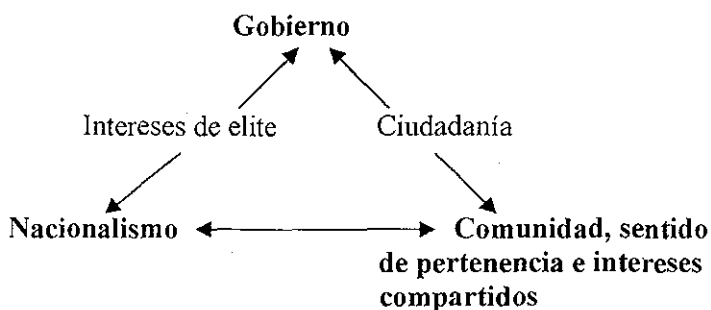
La idea de la comunidad como sustento de la democracia está muy extendida y es aceptada desde distintas perspectivas por diversos autores. Charles Taylor lo ha dicho en estos términos:

La creación de sociedades por las que estamos luchando –libres, democráticas, con cierto grado de igualdad compartida– requiere de una fuerte identificación por parte de sus ciudadanos. Siempre se ha advertido en la tradición cívica humanista que las sociedades libres, confiando como deben en el apoyo espontáneo de sus miembros, necesitan de un fuerte sentido de solidaridad que Montesquieu llamó *vertu*” (Taylor 1997: 119).

La tesis se ha desarrollado por diversos autores pero no es nueva. Ha sido parte de la larga discusión sobre las conexiones entre sociedad y política. Estaba ya en Tocqueville como en el pensamiento Moore o Lipset y ha sido reiterada en los últimos años para encontrar las conexiones entre democracia y sociedad. En *El hombre político* (1960) éste buscó, mediante un sustento empírico, demostrar la relación entre desarrollo económico y democracia. Y Moore, en *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia* (1973), la relación entre ésta y una burguesía fuerte.

Entre estos dos elementos: instituciones democráticas de gobierno y comunidad como condición última de la organización de la vida pública, hay que advertir la significación del nacionalismo como acción ideológica para favorecer el sentido de pertenencia a la comunidad y legitimar las instituciones. Hay que reconocer, además, que la comunidad

se halla mediada por la ciudadanía, por obligaciones y derechos que favorecen las experiencias compartidas y la tradición cívica². El nacionalismo, a su vez, se encuentra mediado por los intereses de los líderes políticos (como he insistido en los capítulos anteriores, específicamente en el tercero). Estos elementos se sintetizan en el siguiente esquema.



La democracia supone la libertad individual y las preferencias individuales. Esto significa que sólo gracias al sustento comunitario y el sentimiento de pertenencia a ésta un individuo puede estar interesado en acatar la legalidad y beneficiarse de ésta. En un sistema autoritario el gobierno puede imponer la unidad, pero en la democracia requiere de la participación espontánea de las personas, de ahí la importancia de las experiencias compartidas por las gentes, la necesidad mutua y la

² El concepto de ciudadanía hoy es uno de los más complejos a causa de que ya no se puede concebir sólo como derechos y obligaciones iguales en derredor del “nucleo duro” de garantías individuales, sino también en consideración de la especificidad cultural de las personas. Para una lectura de los diversos enfoques analíticos del concepto véase Meyenberg (1999).

obligación recíproca. En este sentido Heater (1990) ha explicado que ciudadanía implica responsabilidad, compromiso e interés en el bienestar social. Afirma que un ser humano requiere de la comunidad y ésta es una necesidad básica y universal que implica un proceso recíproco de integración entre el individuo y otros de la misma especie, raza o grupo y, en consecuencia, una diferenciación de otros grupos. La comunidad no es una condición exclusiva de la democracia, pero en la democracia es esencial.

Cuando Przeworski se preguntaba ¿cuáles son, al final, las condiciones de la democracia?, contravenía a los liberales respondiendo que el Estado. Democracia, decía, “es un sistema de derechos y responsabilidades, pero las condiciones para ello no son automáticamente generadas por la mera existencia de instituciones democráticas: la existencia de un Estado viable es necesaria para hacer ello posible.” (Przeworski 1995: 12). Provocaba también a los defensores de los derechos de las minorías, que se han opuesto a un Estado fuerte y centralizado. Pero la pregunta aún tiene otra respuesta. La condición última de la democracia más que en el Estado radica la comunidad. Por ello, Walzer sostiene que el bien primero que distribuimos es el de la pertenencia en alguna comunidad humana. “La no pertenencia es la no patria” (Walzer 1993: 44). Claro, como he explicado, casi toda la comunidad o nación busca constituirse en Estado y éste a su vez impulsa la comunidad, por lo que en realidad las condiciones de la democracia son varias: el desarrollo económico, la existencia histórica de una

burguesía, un cierto nivel educativo de la población, etcétera. El acento en la comunidad o nación no es para excluir estos otros factores sino para entender por qué el nacionalismo sigue siendo necesario en un Estado democrático y, por tanto, abierto y capaz de implementar una política del reconocimiento de las minorías.

La sociedad democrática, precisamente por su vinculación con el mundo y la desagregación dada por los derechos de autodeterminación de las minorías y el reconocimiento de la especificidad cultural de las personas, requiere de una forma de integración. De un factor común que haga posible la convivencia de lo diferente. Lo que Rawls (1971) llamó “overlapping consensus”: un acuerdo, entre los miembros de una sociedad, de los derechos y las libertades básicas con el propósito de conservar la unidad de las democracias modernas, lo cual supone que la integración social puede conservarse mediante un consenso, no de todos los valores de cada uno de los ciudadanos y grupos, sino de principios básicos de justicia y libertad que constituyen un marco político institucional.

Hay que decir que no sólo la democracia se beneficia de la comunidad. Ésta, a su vez, se beneficia de la democracia. El sentido último de la democracia es organizar el gobierno y conservar la unidad política de la comunidad. Esto ha sido entendido así no sólo mediante el pensamiento de los clásicos, sino también por el ejercicio de la política y el poder al menos desde las revoluciones de los Estados Unidos y Francia

en el siglo XVIII. La comunidad o nación se favorece porque, como ha sugerido Derek Heater (1990), la democracia es una realidad y una concepción envolvente que da igualdad a los que son distintos y los incluye. Envuelve otras identidades dadas por la religión, género, raza, etc.

Democracia y nacionalismo

El problema de la Europa actual, como el de muchas otras sociedades contemporáneas democráticas y globales, en cierta forma es el problema que a finales del siglo XVIII y principios del XIX hubo de enfrentar el nacionalismo: construir unidad y símbolos compartidos en sociedades divididas en nacionalidades. Las elites buscaron, frente a la multinacionalidad interior, construir unidad; y frente al cosmopolitismo imperial, el cristianismo y el Latín, diferenciar lo propio de lo ajeno. Pero en otro sentido el problema hoy es radicalmente distinto. A diferencia de los regímenes que buscaban la centralización y uniformización de los siglos XVIII, XIX y XX, la democracia actual se basa en la libertad y las preferencias individuales, reconoce los derechos de las minorías nacionales integradas a amplios Estados y se halla cada vez más vinculada con el resto del mundo. La democracia requiere, como otrora, de la comunidad pero ésta no puede imponerse como entonces, sino construirse mediante formas radicalmente distintas.

Una de esas formas es el ejercicio desde el poder o de quienes aspiran al poder de un discurso para favorecer, y en cierta manera

inventar, esa comunidad, esas experiencias compartidas, esos símbolos comunes. En el proceso de la construcción de esa identidad, real o aparente, el nacionalismo tiene una importancia innegable. Siempre lo ha tenido y en este sentido la democracia no es muy distinta al absolutismo o al autoritarismo: requiere un discurso y una práctica simbólica para que sus ciudadanos desarrollen su pertenencia a la comunidad, participen en las instituciones y confíen en éstas. Las instituciones de la Unión Europea necesitan de la exaltación de Europa como un todo, como una comunidad. Un nacionalismo al servicio de las instituciones de la Unión que necesariamente convivirá, conforme crezca, en tensión con los nacionalismos locales, tanto de los gobiernos centrales de los quince Estados como de las culturas y regiones integradas a éstos.

En este capítulo he querido sugerir, aunque no es el tema de nuestro estudio, la conexión entre democracia y comunidad y, al final, responder esta pregunta: ¿por qué la democracia requiere del nacionalismo? La esencia de la respuesta radica en el sentido de pertenencia y solidaridad de los individuos, para lo cual es fundamental el nacionalismo como instrumento de las elites para justificar la democracia como forma de gobierno y como forma legítima y única de identidad compartida. No pretendo mostrar este argumento ni como excluyente de otras variables que sin duda sustentan la democracia, ni como una verdad absoluta. Es un eje de trabajo en el que la democracia requiere de la comunidad, la comunidad de la democracia y en donde una y otra interactúan con nacionalismo.

¿Un nacionalismo liberal? Ghia Nodia ha insistido en que “la idea del nacionalismo es imposible sin la idea de la democracia, y que la democracia nunca existe sin nacionalismo” (Nodia 1992:4). Y Francis Fukuyama, luego de “El fin de la historia” (1989) donde proclamaba la muerte del nacionalismo, hubo de corregir e incluso reclamó a los defensores de la democracia liberal diciendo que muchos “no entienden las formas en que un nacionalismo moderado puede contribuir al éxito de la democracia” (Fukuyama 1992: 25-26)³. Una década más tarde no podemos decir que el nacionalismo, en cualquiera de sus modalidades: de Estado o de las minorías, ha dejado de sustentar las sociedades democráticas.

El nuevo nacionalismo mexicano

¿Cuáles son los contenidos del nacionalismo en la democracia?, ¿en qué consiste la exaltación de la comunidad y la sociedad civil democrática? ¿y, más aún, cuales son los contenidos del nacionalismo en la democracia en los tiempos de la globalidad y la multinacionalidad? El caso de México nos ha mostrado (capítulo seis) cómo han cambiado los contenidos del nacionalismo como expresión de una sociedad en donde ha declinado el proteccionismo y avanzado la apertura económica y la vida democrática. Hemos visto transitar un nacionalismo con conceptos de un Estado proteccionista en diversas esferas a un nacionalismo donde se exalta la democracia y la apertura.

Mientras en aquel nacionalismo predominó una lógica de dominio que atenuaba las diferencias, en la sociedad que hemos visto gradualmente aparecer desde los años ochenta ha comenzado a surgir un nacionalismo asociado a una lógica de dominio basada en la democracia, el federalismo, los derechos humanos, la apertura política y económica al mundo, el reconocimiento de las minorías y las identidades regionales. Si el Estado cerrado convertía lo extranjero en lo antipatriótico, al tiempo que se desplegaba ante una población dentro de un territorio y unas fronteras delimitadas, lo que debemos esperar es un nacionalismo con una vocación universal, transnacional y tolerante de las minorías y una sociedad vinculada con el mundo sin la mediación del Estado. Más que exaltar al Estado, este nacionalismo se legitima reconociendo al ciudadano y la diversidad, porque el acento está en la sociedad civil, en la construcción de una comunidad democrática y en el sentido de pertenencia a ésta. Hipotéticamente, este nacionalismo debe ser moderado y contribuir a una nueva relación del Estado y la mayoría social con los pueblos indígenas.

El siguiente esquema condensa las características del nacionalismo surgido en el autoritarismo proteccionista después de la Revolución mexicana, por una parte, y el que corresponde al México actual, por otra. En cualquier caso se trata del nacionalismo de Estado. En el centro, la

³ Un debate dedicado al nacionalismo liberal apareció en 1997 en la revista *Constellations*. Véase Tamir (1997), Shapiro (1997) y Rosenfeld (1997).

columna “Referentes” incluye los contenidos de cada nacionalismo, la “materia prima”: el territorio, la población, la etnicidad, la historia, la globalidad. El objetivo es advertir cómo siendo los mismos referentes cambia la forma en que se utilizan. De manera que el esquema condensa el tránsito del nacionalismo de Estado. Hay aquí un cierto relativismo que debe entenderse en el contexto de los argumentos y ejemplos de los capítulos previos. El punto de partida implica aceptar que cambió o está cambiando la organización social y con ello los usos de los contenidos y referentes del nacionalismo.

Dinámica reciente del nacionalismo en México

<i>Nacionalismo en el Estado autoritario proteccionista</i>	<i>Referentes</i>	<i>Nacionalismo en el Estado abierto</i>
Exaltación de un territorio delimitado.	Territorio	Exaltación del territorio y también del espacio extranjero.
Consideración de la población circunscrita a las fronteras.	Población	Consideración de la población circunscrita a las fronteras (vinculada por su cuenta con el mundo) y que reside en el extranjero.
Lógica de dominio acallando las identidades étnicas, específicas y locales.	Etnicidad	Lógica de dominio que da voz a las minorías y a las identidades regionales.
Negación de lo extranjero.	Globalidad	Vocación universal del Estado y de las minorías.
Subraya la historia, especialmente la que surge de la Revolución	Historia	Se centra en el presente y el futuro, desdeña la historia de la Revolución y conserva algunos referentes del siglo XIX.
Exaltación del Estado.	Estado	Exaltación del Estado como del ciudadano y la democracia.

El esquema es un resumen de ideas que he intentado desarrollar antes con algunos datos. Aquí se condensan esas ideas no sólo para contrastarlas con el “viejo nacionalismo” sino también para mostrar en qué consiste o debería consistir el nacionalismo en el México actual. En

ambos casos los recursos que utiliza el nacionalismo sirven al Estado en su lógica para construir una comunidad. El cambio radica en que el nacionalismo está favoreciendo una comunidad política que se identifica con el Estado, como todo nacionalismo, pero a través de las características propias de la democracia en la época actual. Características dadas por la globalidad y la multinacionalidad. Quizá muchos de los elementos de este nacionalismo democrático no se hayan visto sino de manera tenue. Pero creo que lo podemos asumir, al menos, como una posibilidad.

En el ámbito del territorio, es decir de la utilización de éste como recurso, ya no sólo se exalta el espacio propio, sino también los ámbitos extraterritoriales significativos: las fronteras, las ciudades del extranjero donde residen otros ciudadanos mexicanos (o simbólicamente mexicanos) y espacios significativos mundialmente, como Nueva York, el muro de Berlín o el mundo mismo. A diferencia de los nacionalismos totalitarios de mediados de siglo, el nacionalismo actual tiene una vocación universal.

La etnicidad como referente o uso simbólico también a mi juicio expresa, y a su vez alimenta, un nacionalismo democrático. La modernización de la vida política, económica y social en México está favoreciendo la tolerancia hacia la diversidad, el pluralismo y las reivindicaciones en favor de los derechos indígenas. En la actualidad, la democracia y los derechos de las minorías están constituyendo, cada vez

más, fundamentos esenciales de los símbolos que favorecen al Estado y a la comunidad. De modo que respetando a las minorías el Estado acrecentará, paradójicamente, su hegemonía y legitimidad. Aunado a ello, hay que considerar que aún siendo la población en general un referente del nacionalismo como antaño, el uso de ésta como símbolo cada vez considerará más el hecho de que se trata de una sociedad que cuenta con una mayor capacidad para vincularse por su cuenta con el mundo. Ello se manifiesta en el uso de los símbolos asociados a los derechos humanos, a la libertad de expresión, pensamiento y asociación: a la libertad de constituir una identidad singular frente a la lógica universal del Estado.

La historia revela una frontera no definida, como en cualquiera de los otros referentes, entre el viejo y el actual nacionalismo. Lo más significativo es que los símbolos del pasado, especialmente los relacionados con la Revolución Mexicana, han perdido importancia. Claro está que no todo el pasado se ha convertido en una suerte de anti-memoria innombrable. Como otras sociedades, el Estado requiere conservar un origen mítico común. Éste fue en el corporativismo la Revolución. Pero esto ya no es así. Quizá pronto volveremos a ver como ese origen se desplaza hacia el siglo XIX liberal. Me parece, en cambio, que frente al declive del pasado la idea del futuro ha recobrado significación, especialmente cuando se piensa en un futuro más democrático y desarrollado.

Hacia el exterior del territorio, la globalidad, ya no funciona el nacionalismo sólo como una defensa de la independencia y la soberanía. No es suficiente tampoco el rechazo de lo extranjero. El nacionalismo, particularmente el oficial, está perdiendo su tensión frente a lo no propio, frente a lo extranjero –un resorte esencial del viejo nacionalismo– y en cambio, a fin de legitimarse internacionalmente cada vez más acepta lo que antes parecía ajeno.

Así, todo parece minar el nacionalismo proteccionista, revolucionario y antiimperialista y, en cambio, favorecer los contenidos democráticos del nacionalismo, aunque esos contenidos muchas veces estén poco respaldados por la realidad. El nacionalismo construye un imaginario a partir de los elementos reales de identidad pero no hay que olvidar que su propósito es un interés de la elite en turno. Es ocioso discutir si la ideología y las acciones nacionalistas corresponden plena o escasamente a la verdad. Lo importante es que sirve a los líderes para devolver a la sociedad una visión de la realidad, acaso una visión que no violenta demasiado los valores de la sociedad. Y esto es así aun en las democracias. Las democracias necesitan del nacionalismo tanto o más que los regímenes autoritarios. Los contenidos y los objetivos del mismo son distintos pero no por ello pierden sus características esenciales: construir una comunidad y legitimar una forma de gobierno de acuerdo a un interés creado por una parte de la población. Siempre es una parte de ésta. Incluso en la democracia el nacionalismo nunca en un recurso de las

mayorías sociales, sino de la autoridad instituida y de quienes aspiran a constituirse en esa autoridad.

VIII CONCLUSIONES

El Estado de nuestra época podría pensarse todavía siguiendo dos proposiciones heredadas de Rousseau. La primera enuncia que el fin de la asociación política es la conservación y prosperidad de sus miembros, de manera que la decadencia de éstos es signo del mal gobierno y posibilidad de la disolución del Estado. La segunda, que aun en el mejor gobierno el cuerpo político, como el cuerpo humano, comienza a morir desde su nacimiento: lleva en sí los gérmenes de su destrucción, lo cual es inevitable en todos los Estados, incluso en los mejor constituidos como alguna vez lo fueron Esparta y Roma que, sin embargo, perecieron. Como corolario Rousseau aconsejaba no presumir la eternidad del Estado puesto que amén de falso ello no está en los límites de la inteligencia del hombre (Rousseau 1762: 45, 48).

La primera proposición sirve para advertir parte de las causas del debilitamiento de los Estados contemporáneos: la mayor parte de éstos, habiendo fracasado en la promesa de prosperidad, justicia social e igualdad, se han debilitado ante sus propias comunidades y ante la sociedad internacional. Es cierto que las causas del debilitamiento es múltiple, pero sin duda uno de ellos es el fracaso de la promesa original con la cual se constituyeron los Estados. Si hoy nos preguntáramos por qué el Estado es tan vulnerable a los nacionalismos étnicos habría que asumir que ante el fracaso del Estado las minorías han asumido frente a sus propios miembros las promesas de prosperidad, libertad y justicia.

Este problema lo ha desarrollado recientemente David Brown. “Desde finales de los años 60, las disparidades entre las promesas de las elites del Estado y su realización comenzaron a engendrar disolución, de manera que las elites han sido vistas crecientemente como fuente de inseguridad y fracaso. En estas circunstancias los individuos empezaron a buscar alternativas en comunidades imaginadas capaces de ofrecer seguridades en forma de justicia social” (Brown 1998: 8-9).

El segundo principio: todo Estado tiende a su disolución, no tiene objeción. El consejo de Rousseau, en cambio, parece impracticable. Los líderes del Estado jamás asumen la condición finita de éste, porque entre otras razones implicaría reconocer sus propios límites. Antes bien las elites imaginan la comunidad política como eterna y recrean esa imagen entre la mayoría de los miembros (como lo ha explicado, entre otros, Anderson 1993: 283-286). Su tarea consiste en conservar viva la promesa de la nación y del Estado. “La nación es eterna y algún día llegará la prosperidad”. Nunca las elites dejan de exaltar la nación, nunca abandonan el nacionalismo.

El nacionalismo, precisamente, es una acción para fomentar la integración entre los miembros de la nación, para prolongar la vida de ésta –a pesar del fracaso de su propósito más esencial resumido desde hace 250 años por Rousseau–, para conservar el ideal del interés común de la justicia y la prosperidad. Mientras exista el Estado, o la aspiración al mismo, las elites por naturaleza no pueden sino contradecir el consejo

rousseauano. No hay elites sin nacionalismo. Lo que acaso cambia son los alcances del mismo, sus objetivos, medios y contenidos.

Así es como a lo largo de estas páginas he entendido el nacionalismo: un discurso o una acción de los líderes políticos que consiste en utilizar los elementos de identidad de una nación con el propósito de exaltar la nación misma y, al final, legitimar un proyecto político. He sostenido la existencia de dos modalidades fundamentales: el nacionalismo de Estado y el nacionalismo de las minorías. En cualquier caso, e independientemente de su época, en el discurso nacionalista aparecen, como una constante, la mayor parte de los siguientes elementos: 1) una comunidad política a la que se llama nación, o con algún sinónimo, y corresponde a un territorio delimitado, 2) un enemigo de la nación externo, 3) un enemigo interno, 4) un llamado a la unidad de los miembros de la comunidad política, 5) una referencia a la historia y a un futuro ideal como sustento de legitimidad, 6) la identificación de uno o varios conflictos cuya solución debe asumirse en nombre de la nación y 7) una defensa de la independencia de la nación con respecto al resto del mundo.

El fenómeno es universal, trátase de las comunidades o naciones sin Estado o de los Estados consolidados apoyados en una identidad nacional compartida. Lo encontramos en las democracias como en los totalitarismos, en los regímenes que reconocen los derechos individuales y comunitarios como en los fundamentalistas más extremos, en las

pequeñas naciones étnicas que luchan por su autonomía como en los grandes Estados que dominan el orden mundial.

Me he preguntado específicamente sobre el carácter del nacionalismo de Estado en el México actual. Mi respuesta, en términos esenciales, ha sido ésta: hoy el nacionalismo, que no es el petróleo, ni el ejido, ni el territorio, ni la historia, ni la tradición indígena, ni la cultura popular, sino el uso de esos factores para fomentar intereses políticos de la elites estatales o que aspiran a alguna forma de poder, ha de explicarse considerando los procesos de globalización y el avance de la democracia y del reconocimiento de las minorías culturales, es decir de la multinacionalidad del Estado. Mi propósito no ha sido probar el desarrollo de estos tres factores. Para dar cuenta de ellos me limité a algunos ejemplos de las interconexiones entre la vida doméstica y la sociedad internacional, a seguir la cifra de los tratados y convenios internacionales aprobados en la Cámara de Senadores de México, a recordar la “ciudadanización” del Instituto Federal Electoral y la aceptación de la observación internacional en las elecciones y, en fin, al recuento de la aceptación del convenio 169 de la OIT, en 1991, y la reforma al artículo cuarto de la constitución, en 1992.

Estos tres factores: democracia, globalización y multinacionalidad, se hallan interconectados. Es absurdo pretender que uno precede al otro. Más bien se entrelazan para conformar un marco social y teórico útil para explicar el nacionalismo actual. Esos factores a su vez me han permitido

establecer la temporalidad del tema. El antiguo régimen política y económicamente cerrado, basado en un sistema proteccionista y en el ideal de la cultura nacional homogénea, se agota a partir de la década de los ochenta y gradualmente cobra forma una concepción de Estado abierto. Los signos de uno y otro proceso habían aparecido una década antes. De ahí que para entender el cambio el estudio haya abarcado desde los años setenta hasta el año 2000, cuando por primera vez en más de setenta años el PRI perdió las elecciones para la Presidencia. Claro está que el cambio de partido en el poder no es más que un signo de procesos económicos, políticos y sociales que venían desarrollándose previamente. Además, algunos sucesos del nuevo siglo, propios del gobierno panista –como el desuso de la historia y la aparición de referencias a la Virgen de Guadalupe en los discursos del Ejecutivo– y de la sociedad mundial –como los atentados en Estados Unidos del 11 de septiembre del 2001 y la guerra contra Kabul– no han dejado de influir en el nacionalismo. De modo que los treinta años de 1970 al 2000 permiten delimitar un contexto con el que se relaciona el nacionalismo, pero es obvio que el periodo constituye no más que un tiempo de referencia en un largo continuo. El antiguo régimen se ha traslapado con “el nuevo”. Ni aquel ha desaparecido por completo ni éste ha madurado. Uno y otro se mezclan en los procesos sociales y culturales y en cada una de las grandes y pequeñas instituciones.

No se puede decir que al régimen autoritario corresponde exactamente un nacionalismo autoritario, mientras que al México actual

un nacionalismo democrático. Esto es insostenible no sólo porque las fronteras entre uno y otro son imprecisas, sino porque en realidad muchos de los elementos del nacionalismo democrático y abierto ya se hallaban en el nacionalismo de hace 25 o treinta años. Nada cambia bruscamente sino de manera gradual y los signos de ayer se traslapan con el presente y viceversa. Por otra parte, no hay ningún elemento contundente para asegurar que no volveremos a otra época en que regrese el Estado cerrado y autoritario con una mucho mayor capacidad de intervención en la vida social y económica.

Los elementos del nacionalismo mexicano que han perdido fuerza a partir del cambio de los años ochenta son principalmente la historia, la soberanía y el recelo de las potencias extranjeras. Han perdido fuerza, pero no han desaparecido como referentes del nacionalismo. Además, en muchos sentidos se han interpretado de manera distinta. Se ha resignificado la memoria histórica, con todos sus héroes y gestas, para adaptarla al presente, a la democracia, la globalidad y la multiculturalidad. Los elementos del nacionalismo asociados a estos factores gradualmente han adquirido mayor peso en el discurso y las acciones nacionalistas.

Algunos referentes son contrastantes y significativos del cambio. La Revolución, con todos los factores que incluye hasta el cardenismo, gradualmente ha quedado casi eliminado como contenido del nacionalismo de Estado. Ese decaimiento es notable sobre todo porque

hace 30 años constituía el centro del nacionalismo en México. El uso simbólico de la democracia y la vocación internacional del país, a diferencia del desuso de la Revolución, se han constituido crecientemente en el centro del discurso y las acciones nacionalistas del gobierno. Pero la utilización de estos conceptos apenas enuncia el complejo proceso de la historia reciente del nacionalismo mexicano, caracterizado por el declive de un conjunto más amplio de contenidos y el ascenso de otro.

Para sustentar estos argumentos recurrí a distintos ejemplos y a un análisis estadístico de doce conceptos en los que desagregué el fenómeno. No es que éstos representaran todo el nacionalismo sino que a través de ellos busqué un apoyo empírico. La frecuencia con la que apareció el concepto democracia en los mensajes de toma de posesión y de los informes de gobierno fue mucho mayor en los sexenios de Salinas y Zedillo (1988-2000) que en los de Echeverría y López Portillo (1970-1982). Otros conceptos cívicos (nación, patria y soberanía) conservaron en términos generales la misma frecuencia a lo largo de treinta años (1970-2000), aunque con una cierta tendencia a disminuir. Los históricos, en cambio, mostraron a lo largo de todo el periodo una clara tendencia decreciente.

En conclusión, el nacionalismo de Estado en México no está muerto ni próximo a desaparecer, como han creído algunos autores. No lo está como aquí se ha mostrado y por la sencilla razón de que la elites, para serlo, requieren presentar a la nación o al Estado como cuerpo

político perdurable y viable como ámbito de realización de la justicia y la prosperidad. Lo que sí ha llegado a su fin es una organización política sustentada en redes corporativas así como una concepción de Estado cerrado, autocontenido, en donde los líderes y las instituciones se legitiman ante sus propios ciudadanos y donde éstos asumen compromisos y beneficios sólo en relación a su gobierno. Con el término de este modelo está agotándose un tipo de nacionalismo, que durante mucho tiempo llamamos nacionalismo revolucionario. Acepto que este nacionalismo ha perdido importancia tanto cuantitativa como cualitativamente, pero no puedo decir que ha desaparecido por completo. Gradualmente –en parte como una continuación del nacionalismo revolucionario y decimonónico– ha ido apareciendo un tipo de nacionalismo asociado al Estado actual, a una concepción del Estado abierto en donde se reconoce la multinacionalidad y se acepta que los ciudadanos se vinculen con el mundo y donde el Estado se legitima –incluso rinden cuentas– en diversos ámbitos de la comunidad internacional: el parlamento europeo, el Fondo Monetario Internacional, la prensa, el gobierno de los Estados Unidos, organizaciones no gubernamentales, los tribunales internacionales, etcétera. La comunidad internacional a su vez interviene cada vez más en la vida doméstica. En este contexto el nacionalismo ha cambiado y desde mi punto de vista seguirá adaptándose a las elites actuales en el poder, o al revés: la elites no abandonarán el nacionalismo porque así conviene a sus intereses.

Todo esto nos permite confirmar que el nacionalismo no debe confundirse con instituciones, con la cultura, con los símbolos que utiliza o los proyectos políticos, como a veces se piensa. Aunque está vinculado a todo ello, debe comprenderse como un recurso de las elites que aspiran al poder o detentan el mismo. Es cierto que la acción nacionalista no está desvinculada de los elementos de identidad –muchos de los cuales surgen histórica y naturalmente entre la población. De la pecera de la identidad, las elites escogen algunos elementos, los transforman y los devuelven a la sociedad en nombre de la nación. El nacionalismo es un discurso de los líderes políticos que para ser creíble no debe violentar el imaginario colectivo. Es una reelaboración de elementos de identidad, en donde ésta se transforma por el nacionalismo y éste, a su vez, se alimenta de aquella: la historia, las tradiciones, la fe, el amor al lugar de nacimiento, la raza, la esperanza de un futuro mejor.

Toda la argumentación acerca del nacionalismo en esta investigación ha partido del supuesto, como he insistido, de que el fenómeno se explica en la historia reciente en consideración de una concepción de Estado democrático, multinacional y global. Más aún he supuesto implícitamente que estos factores crecerán y serán cada vez más significativos para la sociedad y específicamente para el nacionalismo. Pero cabe preguntarnos cuál es el límite de estos factores. ¿Puede la globalidad y la desagregación social en pequeñas naciones llegar al extremo de acabar con el Estado? Es posible y, siendo así, ¿cabe suponer

la desaparición del nacionalismo de Estado? En mi consideración estaríamos asistiendo a un proceso semejante a la Europea actual, donde las instituciones de la Unión requieren construir una comunidad europea frente a las identidades de los pueblos de los quince Estados. Así, veríamos la exaltación de una comunidad mundial, acorde con las instituciones globales pero necesariamente en tensión con las múltiples identidades locales.

El extremo de esta elucubración al menos sirve para imaginar una suerte de nacionalismo global como necesidad de unificar la diversidad y crear una solidaridad humana, una identidad mundial. Sin embargo, el supuesto de la desaparición de los Estados es impredecible y, desde mi punto de vista, improbable. Pero el exceso sirve, al menos, para colocarnos en el extremo opuesto: la globalidad y la multiculturalidad tienen un límite, el límite de no destruir las comunidades políticas. Llegando este punto creo que comenzamos a ver un cambio de tendencia en la integración internacional y reconocimiento de las minorías y con ello el regreso del Estado gradualmente fortalecido.

La hipótesis del regreso del Estado no es una exageración después de los atentados del 11 de septiembre en los Estados Unidos. Es cierto que los grupos fundamentalistas actúan globalmente y sus consecuencias son mundiales. Es cierto, también, que no se trata de la lucha entre Estados sino de una guerra que supera las fronteras geográficas y yace en

los linderos de las culturas. La globalidad, pues, se está volviendo contra el Estado.

Como respuesta, en los Estados Unidos y en muchos otros países hemos visto que los gobiernos están interviniendo en la economía como no se veía desde los años sesenta. Se ha comenzado a frenar el tránsito de personas y mercancías a través de las fronteras y a limitar la libertad a cambio de mayor seguridad. Quizá lo más significativo es que la tendencia mundial a favor de los derechos de autodeterminación de las minorías y sus luchas a favor de esos derechos ha comenzado a revertirse por primera vez en muchos años. El contexto mundial que favoreció los movimientos separatistas en Rusia, España, Yugoslavia o la India ya no existe, entre otras razones porque muchos de esos movimientos están asociados con el islamismo y real o simbólicamente con el terrorismo. Y no es que éste no existiera antes, sino que hoy ha amenazado la estabilidad de los Estados Unidos y en general del Estado, sillar, a pesar de todo, de la sociedad internacional. Hasta el 11 de septiembre todavía algunas organizaciones civiles defensoras de los derechos humanos llegaron a justificar los atentados de ETA o del movimiento nacionalista checheno. Ya sabíamos que muchas organizaciones no gubernamentales más que derechos humanos defienden una agenda política. Pero aun descontando esto, hoy el reconocimiento de las minorías ha llegado a un límite ya porque algunas ciertamente practican el terrorismo, ya porque la lucha contra el terrorismo requiere de gobiernos centrales fuertes, es decir centralizados.

La posibilidad del regreso del Estado, el freno a la globalidad y la multinacionalidad implican para el nacionalismo un freno a los movimientos nacionalistas étnicos y secesionistas y un fortalecimiento del nacionalismo de Estado ¿En qué términos? ¿Cuáles serían los contenidos del resurgimiento del nacionalismo de Estado en el siglo XXI? La pregunta no es objeto de este estudio. Es un problema nuevo o, mejor, la aparición de un tema que supusimos agotado sobre el que creo comenzarán a enfocarse muchos de los estudios en los próximos años.

IX BIBLIOGRAFÍA

Aguayo Quezada, Sergio. 1998. *El panteón de los mitos. Estados Unidos y el nacionalismo mexicano*, México: Grijalbo, El Colegio de México.

Alamán, Lucas. 1850. *Historia de México*, México, Imprenta de Mariano Lara, 5 volúmenes.

Anderson, Benedict. 1993. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.

Arditti, Benjamín. 2000. "Soberanía Light y ámbitos políticos supranacionales", *Perfiles Latinoamericanos*, 9, 17: 49-68.

Balcárcel, Citlali. 2001. *Identidad y mundialización en la Costa Atlántica de Nicaragua*. (innédito)

Bartra, Roger. 1987. *La jaula de la melancolía*, México.

Bartra, Roger. 1989. "La crisis del nacionalismo en México", *Revista mexicana de sociología*, 51, 3: 191-220.

Bartra, Roger. 1999. *La sangre y la tinta. Ensayos sobre la condición postmexicana*. México, Océano.

Basurto, Jorge. *El nacionalismo revolucionario y la unificación de los electricistas*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989

Béjar, Raúl. 1968. *El mito del mexicano*, México, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

Béjar, Raúl. 1979. *El mexicano. Aspectos culturales y psicosociales*, México Universidad Nacional Autónoma de México.

Beitz, Charles. 1991. "Sovereignty and Morality in International Affairs", en en Held, D. Editor, *Political Theory Today*. Stanford, California, Stanford University Press. 236-254.

Berlin, Isaiah. 1993. "El retorno del bastón, sobre la ascensión del nacionalismo", en *Teorías del nacionalismo*, Barcelona, Paidós. 425-450

Bobbio, Norberto. 1997. *Diccionario de política*, México, Siglo Veintiuno.

Bodin, Jean. 1576 (cito la edición de M.J. Tooley de 1964). *Six books of the commonwealth*, Oxford: Basil Blackwell.

Bokser, Judit y Salas-Portugal, Alejandra. 1999. "Globalización, identidades colectivas y ciudadanía", *Política y cultura*, 12: 25-52.

Bokser, Judit y Cisneros, Isidro. 2000. "Derechos humanos", *Léxico de la política*, México, Fondo de Cultura Económica, 165-168.

Borja, Rodrigo. 1997. *Enciclopedia de la política*, México, Fondo de Cultura Económica.

Botero, G. 1589 (cito la edición y traducción al Español de Luciana de Stefano de 1962) *La razón de Estado*, Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Brading, David. 1973. *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, SEP.

Braudel, F. 1969. "Écrits sur L'Histoire", París: Flammarion.

Breuilly, John. 1990. *Nacionalismo y Estado*, Barcelona, Pomares.

Brown, David. 1998. "Why is the nation-state so vulnerable to ethnic nationalism?", *Nations and Nationalism*, 4, 3: 1-15.

Bustamante, Carlos María de. 1843. *Cuadro histórico de la revolución mexicana*, México, Imprenta de Mariano Lara, 5 volúmenes.

Cansino, César. "Estado", en *Léxico de la política, Léxico de la política*, México, Fondo de Cultura Económica. 222-227.

Caplan, Richard y Feffer, John, editores. 1996. *Europe's New Nationalism. States and Minorities in Conflict*, Nueva York, Oxford University Press.

Carmona Amorós, Salvador. 1992. "El estado, rector de la economía", en Basurto Jorge y Cuevas Aurelio, coordinadores, *El fin del proyecto nacionalista revolucionario*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 43-51.

Confederación de Nacionalidades Indígenas de Ecuador. *Declaración Política de los Pueblos Indígenas de Ecuador*, Ecuador, diciembre 15-18 de 1993.

Cordera, Rolando. 1979. *Nexos*, núm. 15.

Cosío Villegas, Daniel. 1945. "La Conferencia de Chapultepec", *Cuadernos Americanos*, mayo-junio.

Cosío Villegas, Daniel. 1947. "La crisis de México", *Cuadernos Americanos*, VI, marzo-abril.

Diario de las Discusiones y Actas de las Cortes, Imprenta Real, Cádiz, 1811-1813.

Díaz Polanco, Héctor. 1988. *La cuestión etnico-nacional*, México, Fontanara.

Dietz, G. 1999. "Ethnogenesis, Cultural Hybridization and Regionalism in Contemporary Mexico", ponencia presentada en el congreso Nationalism, Identity and Minority Rights, Bristol.

Duncan Peter. 1990. "The USSR", *Contemporary Minority Nationalism*, London, Routledge, 152-165.

Figueroa Valenzuela, Alejandro. 1993. "La identidad nacional y los indios", *Sociológica*, 8, 21: 209-225.

Figueroa Valenzuela, Alejandro. 1994. *Por la tierra y por los santos identidad y persistencia cultural entre yaquis y mayos*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Dubet, F. 1989. "De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto", *Estudios sociológicos*, VII, 21: 519-545.

Florescano, Enrique. 1997. *Etnia, Estado y nación*, México, Aguilar.

Florescano, Enrique. 2001. "Un conflicto de hoy y del futuro: las relaciones entre las etnias, el estado y la nación en México", en Labastida, Julio y Carmon, Antonio (coordinadores) *Globalización, identidad y democracia*, México, siglo XXI, 394-405

Fukuyama, Francis. 1989. "The End of the History?", *The National Interest*, 16: 3-18.

Fukuyama, Francis. 1992. "Comments on Nationalism & Democracy", *Journal of Democracy*, 3, 4: 23-28.

Gamio, Manuel. 1972. *Arqueología e indigenismo*, México, Secretaría de Educación Pública.

Gamio, Manuel. 1966. *Consideraciones sobre el problema indígena*, México, Instituto Indigenista Interamericano.

Gamio, Manuel. 1916 (1982). *Forjando patria*, Porrúa, México.

García Castro, María. 1993. "Identidad nacional y nacionalismo en México", *Sociológica* 8, 21: 31-41.

Gellner, Ernest (1983). 1991. *Naciones y nacionalismo*, México, Alianza Editorial.

Gellner, Ernest. 1997. *Nationalism*, Nueva York, New York University Press.

Giménez, Gilberto. 2000. "Identidades étnicas. Estado de la cuestión", en Reina, Leticia (coordinadora). *Los retos de la etnicidad en los Estados-nación*, México, CIESAS, 45-70

Glazer, Nathan. *We Are All Multiculturalists Now*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1997

Gómez Izquierdo, José Jorge. 1991. *El movimiento antichino en México, 1871-1934. Problemas del racismo y del nacionalismo durante la revolución mexicana*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Gonzales, Osmar y Makowski, "La redefinición de los Estados Nacionales de América Latina en tiempos de la globalización", *Agendas de investigación y docencia en ciencia política*, México, Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública, 134-147.

Gould, Carol. 1988. *Rethinking Democracy. Freedom and social cooperation in Politics, Economy, and Society*. Estados Unidos de América, Cambridge University Press.

Guibernau, Montserrat. 1998. "El futuro del nacionalismo de las naciones sin Estado", *Revista Mexicana de Sociología*, LX, 1, 1998. 115-131.

Gutiérrez, Natividad. 1998. "Arquetipos y estereotipos en la construcción nacional", *Revista Mexicana de Sociología*, LX, 1, 81-89.

Gutiérrez, Natividad. 1999. *Nationalist myths and ethnic identities: indigenous intellectuals and the Mexican state*, University of Nebraska Press, Lincoln, Nebraska.

Gutiérrez, Natividad. 2000. "El resurgimiento de la etnicidad y la condición multicultural en el Estado-nación de la era global", en Reina Leticia (coordinadora), *Los retos de la etnicidad en los Estados-nación del siglo XXI*, México, Instituto Nacional Indigenista, CIESAS, Miguel Ángel Porrúa, 93-99.

Heater, Derek. 1990. *Citizenship. The civic ideal in world history. Politics and education*, Logman.

Held, David. (1991). "Democracy, the Nation-State and the Global System", en Held, D. Editor, *Political Theory Today*. Stanford, California, Stanford University Press. 197-235.

Held, David; McGrew, Anthony; Goldblatt, David; Perraton, Jonathan. (1999). *Global Transformations*, Stanford, California, Stanford University Press.

Hobsbawm, E. 1991. *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Editorial Crítica (edición revisada y ampliada).

Holmes, Stephen. 1993. "Tocqueville and democracy", en Copp, David, Hampton, Jean y Roemer, John, editores, *The Idea of Democracy*, Nueva York, Cambridge University Press.

Huntington, Samuel P. 1991. *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, University of Oklahoma Press.

Huntington, Samuel. 1996. *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Simon Schuster, New York.

Iturriaga, José. 1951. *La estructura social y cultural de México*, México : Fondo de Cultura Económica.

Jaffrelot, Christophe. 1993. "Los modelos explicativos del origen de las naciones y del nacionalismo", en *Teorías del nacionalismo*, Barcelona, Paidós. 203-254.

Janowsky, Oscar. 1945. *Nationalities and National Minorities*, New York, Macmillan.

Kohl, Philip L. 1998. "Nationalism and Archeology: on the constructions of Nations and the and the Reconstructions of the Remote Past", *Annual Revue of Anthropology*, vol. 27: 223-246.

Kohn, Hans. 1949 (1944). *Historia del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.

Kymlicka, Will. 1995. *Multicultural Citizenship*, Oxford University Press, Nueva York.

Kymlicka, Will. 1996. "Three Forms of Group-Differentiated Citizenship in Canada", en *Democracy and Difference*, edición de Seyla Benhabib, New Jersey, Princeton University Press. 153-170.

Kymlicka, Will. 1998. *Finding Our Way. Rethinking Etnocultural Relations in Canada*, Ontario, Oxford University Press.

Kymlicka, Will. 1999. "Nacionalismo minoritario dentro de las democracias liberales", en García, Soledad y Lukes, Steven (compiladores), *Ciudadanía: justicia social, identidad y participación*, Madrid, Siglo Veintiuno.

Lerner, Natán. 1991. *Minorías y grupos en el derecho internacional. Derechos y discriminación*, México, Comisión Nacional de Derechos Humanos.

Lipset, Martin. (1960) 1963. *El hombre político*. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Lomnitz Adler, Claudio. 1995. *Las salidas del laberinto: cultura e ideología en el espacio nacional mexicano*, México, Planeta.

Lomnitz Adler, Claudio. 1999. *Modernidad indiana: nueve ensayos sobre nación y mediación en México*, México, Planeta.

Martínez Assad, Carlos. 1990. *Los rebeldes vencidos: Cedillo contra el Estado cardenista*, México, Fondo de Cultura Económica.

Marx, Carlos y Engels, Federico. 1848. *El manifiesto del Partido Comunista*, en *Obras escogidas*. Moscú, Progreso.

Maza, Francisco de la. 1953. *El guadalupanismo mexicano*, México, Porrúa.

Meyenberg, Yolanda. 1998. "Representación y construcción de un gobierno representativo", *Revista Mexicana de Sociología*, LX, 2: 219-238.

Meyenberg, Yolanda. 1999. "Ciudadanía: cuatro recortes analíticos para aproximarse al concepto", *Perfiles Latinoamericanos*, 8, 15: 9-26.

Meyer, Lorenzo. 1968. *México y Estados Unidos en el conflicto petrolero*, El Colegio de México, México.

Meyer, Lorenzo y Morales, Isidro. 1990. *Petróleo y nación (1900-1987)*, México, Fondo de Cultura Económica.

Meyer, Lorenzo. 1992. *La segunda muerte de la Revolución mexicana*, México, Cal y Arena.

Meyer, Lorenzo. 1998a. "El secretario y los extranjeros", *Reforma*, 26 de febrero.

Meyer, Lorenzo, 1998b. "Las tensiones con el país vecino", *Reforma*, 6 de agosto.

Michaels, Albert Louis, "El nacionalismo conservador mexicano desde la Revolución hasta 1940", *Historia Mexicana*, v.16, núm. 2.

Mier, Servando Teresa de. 1874. "Sermón de Guadalupe", en *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México*, México, Imprenta de José María Sandoval, 5-132.

Mier, Servando Teresa de. 1946. *Apología de Don Servando Teresa de Mier y relación de lo que le sucedió en Europa, escritas por el mismo en la Inquisición de México*, Nuevo León, Gobierno del Estado de Nuevo León. 2 Tomos

Minahan, James. 1996. *Nations Without States*, Greenwood Press, Estados Unidos de América, 1996.

Miscevic, Nenad. 2000. "The (Im)morality of Nationalism", en Miscevic, editor, *Nationalism and Ethnic Conflict*. 1-22.

Modood, Tariq y Werbner, Pnina, editores, *The Politics of Multiculturalism in the New Europe : Racism, Identity and Community*, Zed Books Publication, Londres, Inglaterra, 1997

Monsiváis, Carlos. 1982. "Las tribulaciones del nuevo nacionalismo", *Nexos*, 50: 15-19.

Monsiváis, Carlos. 1986. "¡Gool. Somos el desmadre!", *Cuadernos Políticos*, 47: 57-73.

Monsiváis, Carlos. 1987. "Muerte y resurrección del nacionalismo mexicano", *Nexos*, 109: 13-28.

Monsiváis, Carlos. 1995. "Ya no un semidiós, sino un funcionario", *Universidad México*, 534,535: 15-21.

Montes Bernárdez, Ricardo. 1993. *Falsificaciones arqueológicas en España*, Málaga, España, Algazara.

Moore, Barrington. 1973. *Los orígenes de la dictadura y la democracia*, Barcelona, Península.

- Moreno Villa, José. 1952. *Cornucopia de México*, México, Porrúa.
- Nodia, Ghia. 1992. "Nationalism and Democracy", *Journal of Democracy*, volumen 3, número 4, octubre: 3-21.
- Ohmae, Kenichi. 1995. *The End of the Nation State*, Nueva York, Free Press Paperbacks.
- Ommen, T.K. 1997. *Citizenship, Nationality and Ethnicity*, cambridge, Reino Unido, Polity Press.
- Organización Internacional del Trabajo. *Convenio Sobre Pueblos Indígenas y Tribales*, aprobado en Ginebra en 1989. (Convenio 169)
- Our Creative Diversity. Report of the World Commission on Culture and Development*, UNESCO, París, Francia, 1995.
- Paz, Octavio, 1950. *El laberinto de la soledad*, México, cultural.
- Paz, Octavio, 1966. *Puertas al campo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Paz, Octavio, 1970. *Posdata*, México, siglo XXI.
- Pérez Díaz, Víctor. 1997. *La esfera pública de la sociedad civil*, Barcelona, Taurus.
- Pérez Montfort, Ricardo. 1994. *Estampas de nacionalismo popular mexicano. Ensayos sobre cultura popular y nacionalismo*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Pérez Montfort, Ricardo. 1999. "Un nacionalismo sin nación aparente", *Política y Cultura*, 12: 177-193.
- Portilla, Jorge. 1966. *Fenomenología del relajo*, México, Era.

- Pozas, Ricardo. 1997. "La observación electoral: una modalidad de la militancia ciudadana", *Revista Mexicana de Sociología*, LIX, 2: 23-40.
- Pozas, Ricardo, 1999. "La modernidad desbordada", *Revista Mexicana de Sociología*, LXI, 1: 149-175.
- Pozas, Ricardo. 2000. "Globalidad", en *Léxico de la política, Léxico de la política*, México, Fondo de Cultura Económica. 278-282.
- Przeworski, Adam y otros. 1995. *Sustainable Democracy*, Cambridge University Press, 1995.
- Ramírez, Ignacio. 1890. *Economía política*, México, Universidad Nacional Autónoma de México. (Facsímil, 1989)
- Ramírez, Ignacio. 1988. *Textos jurídicos, debate en el congreso constituyente 1856-1857*, México, Centro de investigación científica Jorge L Tamayo.
- Ramírez Ruiz, Santiago. 1959. *El mexicano. Psicología de sus motivaciones*, México, Pax.
- Ramos, Samuel 1934. *El perfil del hombre y la cultura en Mexico*, Imprenta mundial, México.
- Renan, Ernest. (1882) 1987. *¿Qué es una nación?*, Madrid, Alianza Editorial.
- Reyes, Alfonso. 1952. *La X en la frente*, México, Porrúa.
- Reyes Heroles, Jesús. *Nacionalismo económico revolucionario y la política que hacemos*, México, 1973.
- Reyes Nevares, Salvador. 1952. *El amor y la amistad en el mexicano*, México, Porrúa.

Rocker, Rudolf. (1942) 1977. *Nacionalismo y cultura*, Buenos Aires, Reconstruir.

Rodríguez Sala, María Luisa. 1965. *El estereotipo del mexicano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Rodrik, Dani. 1997. *Has Globalization gone too far*, Washington, D.C, Institute for International Economics.

Rosenfeld, Michel. 1997. "A Pluralism Look at Liberalism, Nationalism and Democracy", *Constellations*, vol. 3, núm. 3: 326-339.

Sepúlveda, Isidro, 1998. "Fundamentos ideológicos del nacionalismo español", en *Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas*, Málaga, Algazara, 149-178.

Segovia Canosa, Rafael, "El nacionalismo mexicano los programas políticos revolucionarios, 1929-1964", *Foro Internacional*, vol., 8, núm. 32, abril-junio, 1968, pp. 349-359.

Seymour, Michel. 2000. "On redefining the Nation", en Miscevic, editor, *Nationalism and Ethnic Conflict*. 25-55.

Shapiro, Ian. 1997. "Group Aspirations and Democratic Politics", *Constellations*, vol. 3, núm. 3: 315-325.

Silva Herzog, Jesús. 1943. "La Revolución mexicana en crisis", *Cuadernos Americanos*, V, 5: 32-55.

Silva Herzog, Jesús. 1981. *La expropiación del petróleo 1936-1938*, México, Fondo de Cultura Económica

Smith, Anthony. 1995. *Nations and Nationalism in a Global Era*, Cornwall, Polity Press.

Smith, Anthony. 1998. "Conmemorando a los muertos, inspirando a los vivos", *Revista Mexicana de Sociología*, LX:1.

Smith, Anthony. 2000. *The Nation in History. Historiographical Debates about Ethnicity and Nationalism*, Hanover, University Press of New England.

Smith, Anthony. 1983 *Theories of Nationalism*, New York, Holmes & Meier Publishers.

Solis, Leopoldo, "La política mexicana y el nacionalismo mexicano", *Foro Internacional*, vol. 9, núm. 33, enero-marzo, 1969.

Southall, Aidan. 1966. "Stateless Society", *International Encyclopedia of the Social Sciences*, Estados Unidos de América, Macmillan/Free Press. Vol. 15: 157-167.

Stavenhagen, Rodolfo. 1996. *Ethnic conflicts and the Nation-State*, Nueva York, Macmillan.

Stavenhagen, Rodolfo. 2000. *La cuestión étnica*, México, El Colegio de México.

Stephens, John. "Capitalist development and democracy: empirical research on the social origins of democracy", en Copp, David, Hampton, Jean y Roemer, John, editores, *The Idea of Democracy*, Nueva York, Cambridge University Press.

Tamir, Yael. 1997. "The land of the Fearful and the Free", *Constellations*, vol. 3, núm. 3: 296-314.

Taylor, Charles. 1993. "La política del reconocimiento", en Charles Taylor, *et. al.*, *El multiculturalismo y la política del reconocimiento*, México, fondo de Cultura Económica

Taylor, Charles. 1997. "Why democracy Needs Patriotism?", *For Love of Country. Debating the Limits of Patriotism*, Joshua Cohen, editor, Boston, Beacon Press, 119-121.

Taylor, Charles. 1996. "Identidad y reconocimiento", *Revista Internacional de Filosofía Política*, mayo de 1996.

Tierney, Stephen (editor). 2000. *Accommodating National Identity. New Approaches in International and Domestic Law*, Gran Bretaña, Kluwer Law.

Turner, Frederick, 1968. *The dynamic of Mexican nationalism*, Chapel Hill, University of North Carolina.

Torres Mejía, David. 2000. "Sistema político", en *Léxico de la política*, México, Fondo de Cultura Económica, 682-686.

Torres Mejía, David. 2001. *Proteccionismo político en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Touraine, A. 1995. "¿Qué es una sociedad multicultural?", *Falsos y verdaderos problemas*, *Claves*, núm. 56, p. 16.

Uranga, Emilio. (1952) *Análisis del ser del mexicano*, México, Porrúa.

Valenzuela Arce, José Manuel. *Impecable y diamantina. La deconstrucción del discurso nacional*, Tijuana, Baja California Norte, El Colegio de la Frontera Norte, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 1999.

Vasconcelos, José, 1925. *La raza cósmica*, a Vasconcelos, México, 1968 Oasis, 87-132.

Vasilachis de Gialdino, Irene. 1997. *Discurso político y prensa escrita: la construcción de representaciones sociales: un análisis sociológico, jurídico y lingüístico*, Barcelona: Gedisa.

Vázquez, Josefina Zoraida. 1967. *México education and national integration*, Londres, Institute of Contemporary History.

Villegas, Abelardo. 1960. *La filosofía de lo mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica.

Villoro, Luis. 1998. *Estado plural, pluralidad de culturas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Vizcaíno, Fernando. 1993. *Biografía política de Octavio Paz*, Málaga, Alkazara.

Vizcaíno, Fernando. 1998. “El nacionalismo y la nueva relación del Estado y la sociedad con los pueblos indígenas”, *Revista Mexicana de Sociología*, LX, 1: 169-185.

Vizcaíno, Fernando. 2000. “Estado Multinacional”, en *Léxico de la política*, México, Fondo de Cultura Económica, 228-231.

Vizcaíno, Fernando. 2001. “Nación y nacionalismo en la Cortes de Cádiz”, México, *Sociológica*. (En prensa).

Vizcaíno, Fernando. 2001. “Los cambios recientes del nacionalismo en México”, en *La identidad nacional*, editores: Raúl Béjar y Héctor Rosales, México, siglo XXI. (En prensa)

Waldman, Gilda. 1999. “El debate contemporáneo entre liberalismo y multiculturalismo”, en *Agendas de investigación y docencia en ciencia política, México*, Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública, 75-85.

Waldman, Gilda. 2000. “Identidad”, *Léxico de la política*, México, Fondo de Cultura Económica, 317-322.

Walzer, Michael, 1993. *Las esferas de la justicia*, México, Fondo de Cultura Económica

Walzer, Michael. 1997. *On Toleration*, Yale Univ Press, Nueva York, 1997.

Wionczek, Miguel S. *El nacionalismo mexicano y la inversión extranjera*, México, Siglo Veintiuno, 1977.

Zea, Leopoldo. 1952. *Conciencia y posibilidad del mexicano*, México, Porrúa.

Archivos

Archivo Histórico de la Presidencia, 1994-2000, en la página electrónica de la Presidencia de México. www.presidencia.gob.mx

Colección de Documentos sobre las Negociaciones de México con el GATT Reunidos por Gustavo Salinas Íñiguez, 1979, 1980.

Diario de Debates del Parlamento Europeo, 1996-2000. Versión electrónica, WWW.europarl.eu.int.

Diario de los Debates de la H. Cámara de Diputados, 1916-1994. Versión electrónica en 3 discos compactos.

Diario oficial de la Federación.

Tratados ratificados y convenios ejecutivos celebrados por México, 1823-1999, México, Senado de la República.